



Sergio Álvarez La lectora

66

Sergio Álvarez Guarín

Co 868.6

159L

LA LECTORA

Agosto 16/2001 JMF

634368



AHIF9008

La lectora

Autor: Sergio Álvarez Guarín
Diseño de la cubierta: Enric Jardí
Ilustración de la cubierta: Víctor H. Velásquez
Composición: Víctor Igual, S.L.

Edición especial de RBA Libros, S.A. para Diana Colombiana

© 2000: Sergio Álvarez Guarín
© 2001, RBA Libros, S.A.
Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona

Primera edición: abril 2001

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor.

ISBN: 84-7901-714-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 21.648-2001
Impreso por Novagràfik

*La herida que siempre llevo en el alma
no cicatriza,
inevitable me marca la pena
que es infinita,
quisiera volar muy lejos, muy lejos,
sin rumbo fijo,
buscar un lugar del mundo sin odio,
vivir tranquilo,
eliminar las tristezas, las mentiras
y las traiciones,
no importa que nunca encuentre el corazón
lo que ha buscado de verdad,
no importa el tiempo que ya es muy corto
en las ansias largas de vivir,
cualquier minuto de placer
será sentido en realidad
si lleno el alma, si lleno el alma
de eternidad.
si lleno el alma, si lleno el alma
de eternidad.*

Sin medir distancias,
GUSTAVO GUTIÉRREZ CABELLO - DIOMEDES DÍAZ.

Me secuestraron para ponerme a leer una novela. Era un viernes por la tarde. Estaba toda desprogramada porque había discutido con Juan Diego, mi novio, y después de darle un bofetón por haberme puesto los cuernos con una amiga de la universidad, me fui a caminar por la Séptima. Cuando llegué al parque Nacional estaba muerta de sed, me dolía la espalda y los pies me palpitaban como si tuviera el corazón en los zapatos. Decidí entrar por uno de los senderos del parque y sentarme sobre el prado, junto a los eucaliptos. Animada por el aroma penetrante de los árboles, saqué la marihuana que le había robado esa mañana al bobo de mi cuñado y me puse a desmenuzarla para armar un baretico. Apretaba duro la yerba con los dedos y sellaba el cigarro con una buena dosis de saliva cuando vi aparecer la camioneta. Era un trasto nuevo pero aparatoso, de colores metálicos, vidrios oscuros y ruedas como de tractor. ¡Qué maricada!, a la fija, estos policías me vieron sola y les dieron ganas de fastidiar, pensé mientras ocultaba el bareto entre la hierba. Pero qué va, no eran policías. Una de las puertas se abrió y bajó del carro un muchachito de pelo largo, bigote incipiente y ropas llamativas de las que usan los aprendices de mafioso. El tipo afir-

mó los pies sobre el andén, inspeccionó el parque y caminó hacia mí. Tuve un mal presentimiento y quise echar a correr, pero no alcancé ni a levantarme. El tipo se movió muy rápido, plantó su mirada enferma frente a la mía y abrió una boca repleta de dientes partidos.

—¿Usted sabe leer? —preguntó.

Me dio una rabia espantosa. ¿Y a este pendejo qué le pasa?, primero me pega un susto el verraco y después le parece fácil ponerse a preguntar bobadas.

—¿A usted qué le importa?

—¿Sabe o no sabe?

—Pues no. No sé leer, ¿cómo le parece?

—No le creo. Usted tiene cara de saber leer —dijo el man con mucha seguridad mientras cogía mi bolso y vaciaba el contenido sobre el césped.

—¡Mire! Sí sabe, o, ¿para qué carga esto? —dijo mostrándome un libro de Kundera que también le había robado a mi cuñado.

—¡Tan güevón!, pues claro que sé leer —le respondí rapándole el libro.

Pero al hombre mi altanería e impaciencia lo tuvieron sin cuidado. Apenas escuchó la nueva respuesta soltó los botones de su chaqueta y sacó una ametralladora.

—Súbase a la toyota y no intente gritar ni correr porque hace días estoy muerto de ganas de estrenar esta tartamuda.

Ahí se me acabó la rabia. Una cosa es alegarle a la mamá, a los profesores de la universidad o a un bobo que hace preguntas absurdas, y otra muy distinta enfrentarse a un arma que reluce con la luz del atardecer y que parece ansiosa por dispararse.

El trayecto hasta la camioneta se me hizo cortiquitico. En mi vida había visto tan cerca un carro, ni siquiera una vez que me atravesé al paso de un taxi viejo y me atropelló. Junto a la camioneta el tipo se pegó más a mi espalda, con la mano que tenía libre abrió la puerta y, metiéndome la ametralladora entre las piernas, me alzó y empujó hacia el interior del coche. Ahí la embarró, le faltó tacto. Estaba muerta del miedo pero me dio mucha rabia que el man me ultrajara.

—¿Qué está pensando este güevón, que me puede tratar como a una cualquiera?

El tipo quedó sorprendido. Estaba tan seguro de tenerme bajo su dominio que no supo qué hacer. En esa fracción de segundo me di cuenta de que el güevón era vulnerable, que no era tan temible como aparentaba. Intenté soltarme, pero el man recuperó el control y como yo tenía medio cuerpo dentro del carro, sólo necesitó otro empujón para hacerme caer sobre la silla. A pesar de la desventaja, volví a rebelarme y el muchachito no tuvo más remedio que echarse encima de mí. Empezamos un forcejeo tremendo y por un momento parecimos más una pareja de amantes que un par de seres humanos luchando por hacerse daño. Sin embargo, como en todas las peleas entre un hombre y una mujer, el güevón llevaba las de ganar. Era muy fuerte. Puso una de sus rodillas sobre mi pecho y me apachurró contra el asiento. Apenas me tuvo bien asegurada, alzó la ametralladora con la intención de golpearme.

Me sentí perdida, desamparada, respiré el sudor rancio del tipo, descubrí sus ojos desorbitados por alguna droga y entendí que si quería sobrevivir debía cambiar de estrategia. En un arranque de lucidez, dejé de moverme. Me quedé quieta, relaja-

da, como si estuviera escuchando música o haciendo yoga. El tipo notó el cambio y, confundido, buscó mis ojos para ver qué ocurría. Al mirarme, no tropezó con una mujer desvanecida, sino con la mirada inquieta y temerosa de una niña. Creo que ahí se le bajó la traba que llevaba. Dejó de verme como una mercancía y logró verme como una mujer, como la hembra flaquita pero de carnes firmes y tetas duras que siempre he sido.

—Usted es una verraquita, mi amor, pero casi se hace matar —dijo bajando el arma.

Decidí llevarle la idea, si el man usaba palabras yo iba a hacer lo mismo, al menos en ese terreno estábamos más parejos.

—¿Por qué me hace esto, loco?, ¿qué le he hecho yo?

—Ahora no le puedo contestar, pero si colabora no le va a pasar nada.

—¿Para dónde me lleva?

—¿Va a seguir quieta? —preguntó mientras aflojaba un poco más la presión que ejercía sobre mí.

No le contesté, pero seguí inmóvil.

En ese momento, el man hizo algo que me desconcertó: soltó el arma y me dio la espalda mientras agarraba una cuerda que tenía sobre el asiento trasero. Pensé en empujarlo y huir. Sin embargo, no había suficiente espacio. Esas malditas camionetas se ven muy grandes y espaciosas por fuera, pero son pura ilusión, entre la silla y el tablero apenas cabe una persona. Así que me tocó contenerme. No iba a empezar de nuevo un forcejeo sin estar segura de poder ganarlo.

—Vámonos que estamos dando mucha papaya —dijo como si estuviera hablando con su mujer y no con la víctima de un secuestro.

Sentí mucha rabia, impotencia y deseos de ponerme a llorar. Pero el man me había amarrado, me llevaba para donde le daba la gana y no quería darle el gusto de ver mis lágrimas. Ya había llorado mucho ese día y no tenía ganas de seguir en lo mismo. El tipo arrancó, cruzó como un bólido el Parque Nacional y, haciendo chirriar las llantas de la pobre camioneta, tomó la curva de la Carrera Quinta, se metió en la Avenida Circunvalar y empezó a adelantar carros y más carros. Eso sí, conducía muy bien, tanto que me recordó a Alex Galván, un novio que había tenido hacía poco y que no era mafioso pero conducía un carro muy parecido.

En parte por el recuerdo y en parte porque la velocidad me hizo sentir un poco excitada, dejé de mirar la Circunvalar y me fijé en mi raptor. Podía ser más joven que yo. Tenía la misma piel amarilla y llena de acné de los consumidores de basuco. El cuerpo era delgado, con formas todavía frágiles y esos rasgos de juventud le daban, todavía, un cierto aire de inocencia. Ahora que lo escribo parece extraño, pero en ese momento sentí como solidaridad hacia aquel man, hacia la rebeldía que adivinaba debajo de su piel, me pareció alguien conocido, cercano.

—Y usted sabe manejar así de bien, ¿y no sabe leer?

—Ya lo ve, usted sabe unas cosas y yo otras.

—De verdad, ¿no sabe leer?

—Pues no sé.

—¿Y para dónde me lleva?

—Necesitamos a alguien que nos lea un libro.

—¿No podría buscarse a otra?, yo he tenido un mal día y no estoy de ánimo para tertulias literarias.

—No tengo tiempo de ponerme a escoger. La suerte le tocó a usted —dijo, y dejó asomar una sonrisa.

—Vaya suerte —repliqué y creo que mi boca también intentó reír.

Una frenada violenta, seguida del inevitable sacudón interrumpió la charla. Nos habíamos detenido en un borde del camino, justo donde la Circunvalar da origen a la carretera a Choachí.

—¿Qué pasa?

—Tengo que venderla.

—¿Vendarme?

—Sí, por su seguridad y por la mía.

—Si es por mi seguridad, por qué mejor no me deja ir.

—No me pida imposibles, mi amor, ya la estoy tratando demasiado bien.

—¿Por qué no me trata mejor y me suelta? —insistí.

—¡Dése la vuelta! —ordenó, agresivo.

Tuve ganas de volver a armarle problema, pero la mirada acelerada del tipo y un movimiento breve de la ametralladora me convencieron de que no valía la pena.

—Así me gusta. Si me hace caso, nos entenderemos.

Dobló la tela con la que había decidido vendarme. Midió el largo alrededor de mi cabeza y comprobó que le alcanzaba para hacer un par de nudos. Al sentir la venda apretarse contra mis párpados, una cabalgata de temores me recorrió el pecho y perdí la calma.

—No me diga mentiras. ¿Adónde me lleva? Yo no tengo dinero, todo debe de ser una equivocación. Seguro, un error —dije entre sollozos.

—Tranquila, tranquila...

—Mi papá murió hace años. Somos gente sencilla. Mi mamá sólo tiene un pequeño taller de confección, tanto que cuando toca pagar mi semestre en la universidad tiene que pedir dinero prestado a las dos mujeres que le ayudan.

Al verme llorando, el muchacho se detuvo.

—¿Está muy asustada?

—Es que no entiendo nada.

—Ya, ya, respire un poco y cálmese.

—Pero es que no sé qué pasa...

—Vamos a hacer una cosa —dijo y retiró por un momento la venda de mis ojos.

—¿Qué?

—Le propongo un trato.

—¿Un trato?

—Sí, pero deje el miedo.

La verdad, logré hacerle un poco de caso porque ya estaba retomando el control y empezaba a sentirme ridícula y hasta ofendida con mis muestras de debilidad.

—Dígame.

—Para que esto salga bien, necesito su ayuda. Si me promete que se va a portar tranquila, la devuelvo a Bogotá sin que le pase nada.

—Es que no entiendo lo que quiere.

—Ya le dije, que nos lea un libro.

—¿Y para qué?

—En el camino le explico —dijo mientras volvía a recoger la venda.

—Por favor, no me tape los ojos, no me gusta.

—Es por su bien, si no sabe dónde la llevo, mejor.

Quedé muda un momento, odiaba ir con los ojos vendados pero entendí la explicación del hombre.

—¿Acepta ayudarme?

—No sé.

—Recuerde que es por su bien.

—Acepto —dije.

En parte porque no tenía alternativa y en parte porque cuando me terminó de vendar y se quitó de mi lado, el mundo se convirtió en una prisión y las palabras de ese hombre eran lo único que podía ayudarme a mantener una esperanza de libertad.

—Agáchese —dijo.

—Me va a doler todo el cuerpo si viajo acurrucada.

—Pues o lo hace o me toca llevarla en el maletero de la camioneta y no puedo explicarle la situación.

—Entre el maletero y esta apretura, prefiero ir aquí —dije.

Al ver que empezaba a acomodarme, el man reinició la marcha.

—Por esta carretera debemos pasar a toda velocidad, hay mucho pirata terrestre y por la noche la guerrilla pone retenes.

El güevón seguía hablándome como si yo fuera su mujer.

—Ahora sí, dígame qué pasa —dije para encauzar la conversación y evitar aquellos comentarios que tanto me molestaban.

El hombre inició un largo monólogo. Yo esperaba algo así como la descripción de una interesante operación de drogas, pero lo cierto fue que el man habló muy rápido y tratando de guardar secretos. De todo lo que dijo sólo recuerdo que men-

cionó a un hermano suyo llamado Richar, hizo comentarios terribles sobre el carácter y la negativa de ponerse a leer de un hombre gordo al que estaban cuidando, y habló con miedo de un mafioso de Medellín que los había contratado para cuidar al gordo. Al final, el güevón empezó a hablar de tantos muertos que me dio mucho miedo, dejé de escucharlo y evité hacerle preguntas. Cuando terminó, se quedó callado. Seguro bajando del alucine.

Me distraje tratando de encontrarle explicación a los sonidos y sensaciones que llegaban a mi universo de viajera ciega. Es extraño pero tengo muy claros los recuerdos del viaje. Por encima del ruido sordo del motor logré oír algunos pájaros, logré respirar el aire más limpio del campo y hasta percibí con claridad el momento justo en que anocheció. Después empezó a hacer mucho frío, abandonamos la carretera asfaltada y entramos por un camino lleno de huecos que maldije sin compasión. El jeep brincaba mucho y yo me golpeaba la cabeza a cada salto y sentía que mis riñones protestaban desconsolados. Con las horas, todo este ajeteo se me hizo normal, y caí en la resignación. El dolor en el cuerpo se convirtió en una especie de dolencia crónica y mi mente aceptó que me llevaban para el monte, al lugar donde llevan a la gente rica, que es la pobre gente que más secuestran.

—¿Y esa vieja?

—Es para que nos lea el libro.

—Está loco, Weimar, le dije que no me trajera a nadie a este sitio.

—No sea desagradecido, Richar, necesitábamos a alguien que nos leyera ese puto libro y lo conseguí.

—A usted sí que le gusta complicar las cosas, Weimar.

—Complicarlas no, aclararlas.

—Y no se le ocurrió otra cosa sino traerse una hembra.

—Pues fue lo primero que encontré.

—Usted con su pereza de siempre.

—No joda tanto, hermano, recuerde que mamá dijo que si leemos ese libro podemos encontrar una pista sobre lo que pasó con el Conavi.

—Eso son imaginaciones de la vieja.

—Pues yo creo en los presentimientos de mi mamá.

—Y eso es suficiente para meterse en más problemas.

—Peor seguir sin saber nada, ya llevábamos cinco meses cuidando a ese gordo y el Conavi no aparece.

—Es una maricada buscar pistas en un libro, los libros son más mentirosos que los periódicos.

—Nada perdemos con leerlo.

—Ya la trajo, qué le puedo decir.

—¿Entonces?

—Llévela al garaje, y encadénela.

Weimar —ya sabía cómo se llamaba— me agarró del brazo y me llevó a tientas, como en el juego de la gallina ciega. Por el frío y la humedad supe que estábamos en un páramo. Mejor dicho, si el día había empezado mal, iba a terminar peor. Nada aborrezco más que el frío. Para completar mis tristezas, la conversación que acababa de escuchar no me daba esperanzas. El tal Richar me había parecido demasiado desconfiado y, por lo visto, el Weimar ofrecía mucho, pero tenía poco poder de decisión. Sin embargo, ¿qué podía hacer aparte de seguir portándome con tranquilidad? Todo quería en ese momento, menos ter-

minar muerta y hasta sin enterrar en la noche fría de un malparado páramo.

—Necesito hacer chichí —dije cuando al fin pude sentarme.

—Aquí no hay baño, le toca en el piso.

—Qué jartera.

—No se afane, sólo la tendremos mientras salimos de dudas.

—Y entonces, ¿para qué me encadena?

—Son reglas de la casa.

—Pues no me gustan.

—Ya le dije, tenga un poco de paciencia y va a poder salir de aquí sin un rasguño.

—¿Está seguro?

—Sí, Richar es malgeniado, pero es buen tipo.

—Si usted lo dice.

—Tenga un poquito de fe.

—Eso es fácil de decir.

—Me voy, apenas oiga cerrar la puerta se quita la venda y descansa.

Cuando el sonido de la cerradura cesó, destapé mis ojos pero seguí sin ver nada. La oscuridad del lugar era absoluta. Estaba sentada sobre una cama vieja y pensé que, para completar las tristezas, lo más seguro era que esa mierda de cama tuviera pulgas. El cuerpo me dolía todo. Las muñecas y los tobillos los tenía raspados por el roce con la cuerda durante el viaje y con la cadena que me acababan de poner no me iba mejor. Afinaba el oído y trataba de escuchar algo allá afuera, pero apenas oía el rumor de las aguas de una quebrada y el murmullo de una conversación que mantenían, en medio de risas, los dos hermanos.

Al final, como estaba tan cansada y empecé a deprimirme, le hice caso al muchachito. Oriné lo más lejos que pude de la cama; llena de asco me acosté y, con la mirada perdida en esos movimientos sospechosos que se producen en cualquier oscuridad desconocida, di comienzo al reposo más triste de mi vida.

No creo que haya estado despierta ni dormida. Parecía perdida en el tiempo gaseoso de los sueños. Al comienzo, las largas horas se me fueron maldiciendo y haciendo planes de venganza, pero después me entró la depresión y empecé a cultivar sentimientos de culpa. Empecé a arrepentirme de la rebeldía que había mostrado toda mi vida. Me acordé de la forma agresiva como gritaba a mi mamá, de la grosería con que trataba a todos mis novios y del carterazo que, ese mismo día, había estampado en la cara de Juan Diego. A mi pensadera incontrolable se le sumaban el frío criminal del lugar y el miedo que me acorraló cuando el riachuelo bajó la voz y se dejaron de escuchar las voces de los muchachitos.

Al amanecer logré tranquilizarme y descansar un poco. Eso sí, los arrepentimientos causados por mi absurda situación no fueron tan profundos. Soñé que al marica del Juan Diego lo atropellaba un carro y que yo veía el accidente desde una ventana de la universidad mientras me fumaba un baretico. Me dio mucha satisfacción verlo aplastado, con su piel blanca de conquistador español toda reventada y con sus ropas impecables y costosas dañadas por la sangre. Sólo me amargó el buen sabor de la venganza un estrujón que alguien me dio desde fuera del sueño y la cara de vicioso del Weimar, con la que tropecé cuando abrí los ojos.

—¿Y ahora qué?

—Necesitamos que se ponga a leer.

—¿No podrían dejarme dormir otro rato?, me cogió el sueño a la madrugada.

—Pues Richar me mandó llevarla y prefiero no discutir con él, amaneció acelerado, diciendo que usted y yo tenemos algún enredo.

—Entonces vamos —dije, resignada, mientras el hombre soltaba la cadena y me volvía a vendar.

Lo seguí, quejándome. Tenía sueño y escasas ganas de ponerme a leer. Si sumaba los dolores del cuerpo y el frío de la madrugada, no era ése el mejor amanecer de mi vida. Caminamos unos cincuenta metros y entramos en una habitación. Weimar me hizo sentar en un banco de madera. Después oí que volvía a salir. Al rato regresaron los pasos, imaginé que eran los dos secuestradores pero, después, por el sonido de las pisadas, me di cuenta de que iba uno más.

—Siéntelo ahí.

—Gordito, usted se negó a leernos este libro, pero no podrá negarse a explicar lo que dice. Estamos desesperados y si nos toca torturarlo para aclarar las cosas, pues lo torturamos —dijo Weimar.

—Ustedes están locos, ¿quién salió con ese cuento del libro?

—Cállese y escuche —dijo Richar, y oí que hacía sonar el percutor de un arma.

Weimar se acercó y me puso un libro en las piernas.

—A leer —dijo.

—Pero ¿cómo?, ¿no ve que tengo los ojos vendados?

Las manos de Weimar me rozaban el cuello cuando la voz de Richar lo detuvo.

—¿Qué va a hacer, güevón?

—¿No ve que con los ojos tapados no puede leer?

—Pues estamos graves, es muy peligroso que esta vieja nos vea la cara a todos.

—Pero, Richar, no se ponga complicado, déjela que lea.

—No. Es mejor olvidar esta maricada, monte esa vieja en la Toyota, llévela lo más lejos posible y tírela en algún camino.

—Pero, viejo Richar, la hembra ya está aquí, salgamos de la duda.

—Si no me quitan la venda no puedo leer —dije con ganas de armar confusión a ver si me soltaban.

—¡Vida hijueputa!, Weimar, usted siempre por arreglar las cosas, las jode —dijo Richar.

—Ay, hermano.

—Déjenla ir —dijo el gordo.

Se lo agradecí con toda el alma.

—Richar tiene razón, lo mejor es que me suelten, yo no tengo por qué estar aquí —añadí.

—Esta hembra sí que es terca —dijo Weimar.

—Pero si tiene razón —dijo de nuevo el gordo y creo que se rió.

Entonces oí que Richar carraspeó como ganando tiempo para aclarar una duda y albergué una ilusión.

—Bueno, ¿qué podemos hacer?, quítele la venda y que lea.

Engome

«Nada. Ni hombres, ni brandy, ni plata, ni siquiera una pelea o un hijueputa muerto», pensó Karen y retiró la mirada de la pista de baile vacía. En la pared, detrás de la barra del bar, un reloj

marcaba las dos y media de la mañana. Lázaro Gómez, el administrador, rendido por la cara de tristeza de la chicas, dio orden de bajar el volumen a la música y cerrar las puertas del Oasis.

El trabajo de los meseros no fue cobrar a los clientes, guiñar el ojo a las putas y robar con el cambio, sino tantear la voluntad de las mujeres a ver cuál de ellas se decidía a evitar que amanecieran sin propinas y, para más tristeza, sin compañía.

Karen levantó de la silla el trasero que la había hecho famosa en el Oasis, sacudió los rizos de su abundante cabellera y taconeó con altanería por uno de los corredores del salón.

—¿Hoy tampoco le propusieron matrimonio? —gritó Gatúbela al verla pasar.

Karen se giró para responder a la provocación pero tropezó con un rostro maquillado por el desencanto y prefirió callar. Bastante tenía con sus propios problemas para aumentarlos con los resentimientos de una pobre gorda a quien un hombre al que había alimentado, vestido y cuidado durante seis años acababa de cambiar por otra mujer.

Pasó junto a los baños y cruzó por una puerta roja que decía en letras escritas con lentejuelas: vestier. Dos boleros después, volvió al salón. Iba enfundada en un bluyin viejo, cubierta apenas por una blusa transparente y montada en sus sonoros tacones de charol blanco.

Cobró el dinero que le daban por ir cada noche a la whiskería. Era poco, pero alcanzaba para los taxis, el hospedaje y, si conseguía un cuarto barato, para el almuerzo del otro día. Mientras doblaba los billetes y los guardaba dentro de un bolso blanco que hacía juego con los zapatos, se acercó a ella Tabaco, el mesero estrella del Oasis.

—Deje el afán, mamita, todavía queda mucha noche por disfrutar —dijo cortándole el paso.

—Con usted, disfruuuutar, ¡qué optimismo! —dijo Karen y dio un salto para alcanzar la salida.

Bajó las escaleras que llevaban a la calle con el pulso alterado por el acoso del hombre, pero con la esperanza de que el aire frío del amanecer la ayudara, como siempre, a recobrar la serenidad.

Se equivocó. Cuando asomó a la calle oyó la bocina de un taxi y supo que era Cachorro. La sangre se le alteró aún más y el sonido no se detuvo en sus oídos sino que se precipitó por sus venas y le produjo un violento oleaje en la sangre.

Hizo una señal de espera al taxista e intentó conversar con Marina, la mujer que vendía comida y bebidas calientes junto a la entrada de la whiskería. Pero Marina tan sólo la saludó y siguió ofreciendo comida a las otras prostitutas.

Karen no tuvo más opción que acercarse al taxi y hacer frente a Cachorro. Abrió la puerta abrigando ese sentimiento de felicidad que embarga a quien recupera a un desaparecido, pero se sintió como una tonta, y en lugar de sonreírle, decidió cruzarlo con una mirada de excavadora mecánica.

—¡Milagro de verlo!

Cachorro evitó encararla.

—¿Qué tal el trabajo?

—¡Picho! Si esto no se compone, me largo para la selva.

Cachorro sonrió. Conocía de memoria la afición de Karen a planear viajes que jamás realizaba. Que me voy a putiar donde los coqueros del Guaviare porque la cosecha está buena y abunda el billete; que en Panamá el trabajo está de primera; que Iris,

la flaca, está en Madrid y, a pesar de ser tan fea, gana muchísimo billete, repetía Karen cada vez que se encontraban.

La sonrisa maliciosa y el asomo de felicidad que alcanzaron a iluminar el rostro demacrado de Cachorro se agotaron con rapidez. A su cara regresó esa expresión de desamparo que no lo abandonaba últimamente y Karen supo que había sido un error subir al auto.

Para no sentirse demasiado humillada, decidió atacar.

—Si quiere ver a esa puta, mañana vendrá a despedirse —dijo.

Cachorro sintió que la ciudad temblaba. Llevaba tres meses tratando de hablar con una ex compañera de Karen, y por fin, encontraba una señal segura de que podría hacerlo.

—¿Quién le dijo?

—¿Por qué no se resigna, Cachorrito? Patricia ya escogió un man con billete y usted de la plata no conoce ni el olor.

Cachorro calló. Alzó la mirada y revisó la carrera Décima. No había autos, ni transeúntes. Nada del bullicio que todos los días asola esas calles y las convierte en un carnaval por el cual es difícil abrirse paso. En el andén, unos desechables hurgaban en la basura y recogían cartones mientras los atracadores de turno cruzaban miradas e intercambiaban señas obscenas por la salida de las putas.

—Acompañeme un rato a trabajar —propuso el taxista.

Lo pidió con tanta necesidad que Karen se sintió despreciada de nuevo; sin embargo, no fue capaz de dejarlo solo.

—Vamos, de pronto viendo su cara de traumatizado me consuelo de mi falta de plata.

Karen abrió la cartera y buscó un cigarrillo. Cachorro sacó

un mechero de la guantera del carro, le encendió el cigarrillo y, después de rozarle las manos, le palmoteó el muslo.

—Gracias —dijo.

Karen sonrió. Los ojos, pequeños y rasgados, dejaron escapar un fulgor que reanimó a Cachorro.

—Ponga a Diomedes, a ver si esto se compone —sugirió Karen.

Cachorro buscó el casete y, cuando las tumbadoras y los acordeones inundaron el taxi, sintió que la vida tenía esperanza. Si Karen podía amarlo, Patricia también podría hacerlo. Un sentimiento de ilusión lo asaltó y decidió que esa madrugada era distinta. Al fin, en muchos meses, lograba recorrer sin ahogos, maldiciones, ni malos recuerdos el asfalto húmedo del amanecer.

El semáforo de la Calle 24 cambió de amarillo a rojo. El taxista pensaba seguir de largo cuando dos hombres alzaron los brazos y le hicieron la señal de pare. Frenó violentamente, disfrutando del empujón de la inercia y del lloriqueo de las llantas.

—¿Para dónde? —preguntó.

—A la Ochenta y dos.

Cachorro asintió y Karen quitó el seguro de la puerta para que los hombres subieran. Eran jóvenes, vestían de paño, olían a loción fina y tenían tanto gel en el pelo que parecían recién duchados. El maletín que llevaba uno de ellos hizo pensar a Cachorro en aquellos ejecutivos que, cansados de la pulcritud y las buenas maneras de sus oficinas, acostumbran darle un revolcón a su decencia entre las prostitutas del bajo mundo de la ciudad.

—¿Los echaron del hotel? —preguntó Karen mientras embadurnaba con una mirada al que más la había atraído.

—Sí... y ahora no sabemos adónde ir —contestó el joven.

—Yo le puedo conseguir posada, pero ¿qué hacemos con su amigo? —insinuó ella.

—No soy celoso, podemos llevarlo.

—Pues si necesita ayuda, llevémoslo.

—Tampoco, tampoco, yo me basto solito —se defendió el hombre. Su compañero soltó una carcajada.

Divertido, Cachorro se sumergió en la velocidad como si ésta fuera a arrojarlo en los brazos de Patricia. Karen, al ver que la conversación había subido de tono demasiado rápido, prefirió callar y los pasajeros se dejaron llevar por esa pequeña felicidad que dan la noche, el calor del auto, la llovizna sobre el parabrisas y el movimiento de los pies al ritmo de las melodías tropicales.

A los pocos minutos estaban junto al parque Nacional. Rodaban tan entretenidos que ninguno de ellos advirtió los dos carros que los seguían. Eran jeeps modernos, blindados, de ruedas anchas, rines de lujo y vidrios oscuros. Dos camionetas de luces estrepitosas de aquellas que en Colombia sólo usan los funcionarios públicos, la policía secreta y la mafia.

Cuando uno de los vehículos se atravesó en su camino, Cachorro pensó que era una broma y que los conductores debían de estar borrachos. Prudentemente, disminuyó la velocidad y trató de evadirlos. Karen, que era más precipitada, quiso bajar el vidrio para mentarles la madre, pero un empujón de Cachorro la detuvo.

Aterrado, el taxista vio que un ocupante de los carros alzaba una ametralladora y apuntaba hacia ellos. El miedo hizo que Cachorro volviera a acelerar. Karen sintió que uno de los disparos le quemaba el pelo y se descolgó para protegerse.

Los dos pasajeros dieron muestras de ser los menos sorprendidos. Se agacharon, sacaron armas de los bolsillos de sus trajes lujosos y, aprovechando los huecos que las balas habían dejado en los vidrios, empezaron a disparar para responder al fuego de los atacantes.

El tartamudeo inicial de las armas se convirtió en una voz continua. Cachorro no entendía por qué los estaban fumigando con plomo y se sintió como un tetrapléjico en una discoteca llena de bailarines profesionales. Sintió que una bala entraba en su brazo y empezó a creerse muerto antes de tiempo. Asustado, perdió el control del volante, cerró los ojos y dejó que el taxi se estrellara contra el muro de hormigón y piedra que marca los linderos del parque.

El impacto fue estrepitoso. Cachorro se golpeó contra el timón y quedó desparramado como un muñeco de exhibición entre el asiento y el tablero de mandos del carro. Karen se golpeó la cabeza contra la carrocería del vehículo y los dos muchachos se revolvieron como lombrices recién purgadas y, en la confusión, agujerearon con sus balas el techo del taxi.

Mientras Karen empezaba a recitar una oración, las balas de los proveedores se agotaron en las pistolas de los jóvenes. Aterrorizados, decidieron escapar. A pesar de la angustia y los rezos, Karen oyó que maldecían, abrían la puerta, bajaban del vehículo y echaban a correr. Después, oyó que el tiroteo y las maldiciones se alejaban hacia el interior del parque.

Levantó la cabeza, miró a todos lados, vio los árboles indiferentes a lo que ocurría, vio unas sillas de madera vacías, vio una estatua borrosa por la oscuridad y el miedo, y vio los senderos de piedra por los que se habían marchado pasajeros y atacantes.

—¡Cachorro! —gritó al tiempo que lo sacudía.

El hombre no reaccionó. Karen decidió jalarlo hacia ella para despejar el puesto del conductor. Jamás pensó que Cachorro pesara tanto. Lo empujó, le rompió la camisa, lo rasguñó, sintió deseos de morderlo y acabó pateándolo para poder moverlo del asiento.

Cuando lo consiguió, puso sus manos en el timón, giró la llave y, aunque le parecía improbable, la máquina se sacudió como un toro herido y arremetió contra la cerca de concreto.

—¡Vida hijueputa! —gritó Karen, temerosa de que los nervios y la falta de pericia le hicieran perder la oportunidad de escapar.

La ciudad seguía quieta. Un silencio tenso y enfermizo parecía haber desalojado a la llovizna y los dos jeeps, con todas sus puertas abiertas, estaban detenidos a su lado. Karen tuvo tiempo de apretar la barra de los cambios, poner la marcha atrás, volver a girar la llave, acelerar y descender de la acera.

Al enderezar el auto sobre la calzada y ver la carrera Séptima, amplia y luminosa frente a ella, cambió la marcha y arrancó. No sabía para dónde ir, pero sabía que debía alejarse de los disparos que retumbaban a unos cuantos metros de distancia. Pisó con fuerza el acelerador y sintió la forma violenta como el viento húmedo de la madrugada pasaba por entre el parabrisas roto y empezaba a quemarle las manos y la cara.

La primera vez que te vi, Karen, estabas besando a otro. Te ponías encima del hombre y lo acorralabas entre tu cuerpo y la silla tratando de excitarlo con tus movimientos para llevarlo lo

más pronto posible a uno de los cuartos reservados del Oasis. No vi tu rostro, pero antes de que dieras la vuelta y me dejaras conocer la carnosidad de tus labios, la fortaleza de tus pómulos y la mirada agresiva de tus ojos supe que eras la mujer que necesitaba para olvidar los problemas y complicaciones que empezaban a presentarse en mis negocios. No dudé ni un segundo en decirle al mesero que te llevara a mi mesa así tocara matar al güevón que estaba disfrutando de tu compañía. Vi al mesero recorrer el salón en tu busca y dudar un momento antes de tocarte el hombro desnudo. Lo hizo con tanto cuidado que sentí que era yo quien te estaba rozando. Pude ver que girabas el cuerpo y que empezabas a discutir por el atrevimiento del mesero. A pesar de los metros que nos separaban, disfruté de la sabiduría salvaje de tu piel trigueña, de la fuerza inagotable de tus carnes y de la audacia sexual que marcaba tus movimientos. Unas palabras del mesero en tu oído fueron suficientes para llevarte a la calma y regresar a tu pobre acompañante a la soledad. Unas pocas palabras y un beso en la mejilla lo despidieron y lo abandonaron en una borrachera triste y desoladora. Tus zapatos de charol blanco se afirmaron sobre el suelo, tus talones giraron sobre sí mismos y tus pasos se dirigieron hacia mí con firmeza, con ese taconeo agresivo y ruidoso que desde aquel día sería el prelude de mi felicidad. Tu sonrisa segura y altanera se mostró por primera vez ante mis ojos y supe, antes de oírte, olfatearte o tocarte que no serías tan sólo asunto de una noche. Lo supe con toda claridad, Karen. Antes de que tu cuerpo pequeño y bien torneado llegara junto a mí, antes de que te sentaras en mis piernas, antes de que me dejaras respirar ese aroma tibio y acogedor que exhalabas y antes de que nos

fuéramos del Oasis y empezáramos la noche más hermosa pero más corta y batallada de mi vida.

Desde niña, Karen había soñado con el día en que podría conducir un automóvil. Las mañanas de los domingos —cuando un toyota amarillo estacionaba frente a su casa y del jeep saltaba un hombre que entregaba a su abuela unos pocos billetes y a ella la observaba de lejos como si no fuera una niña sino una mata venenosa—, Karen era feliz no tanto por cruzarse con su padre, sino por verlo bajar con arrogancia de aquel carro de latifundista.

Le fascinaba ver el rodeo que daba a la casa antes de marcharse y el arrancón violento al que sometía el auto una vez había agitado las manos para despedirse. Después, la polvareda que levantaban las ruedas del jeep la sumía en una especie de éxtasis y empezaba a soñar con viajes largos y aventuras en lugares lejanos.

Pero esa noche, conduciendo por la Séptima el taxi destrozado, no pensó en tierras maravillosas, ni en toyotas amarillos, ni en latifundistas arrogantes. Tensa, las manos sudorosas y el pie pegado al acelerador, buscaba una voz de aliento capaz de confirmarle que había salvado la vida y sólo se encontraba con el ruido del motor, persiguiéndola, acechándola como si fuera el resuello de alguna bestia.

Habría seguido rompiéndose la piel contra el viento furioso de la noche, viendo pasar de manera vertiginosa la ciudad, si Cachorro no hubiera lanzado una queja. Con ese gemido Karen recobró la lucidez y supo que seguir por la Séptima era mantenerse en la mira de sus atacantes.

Bajó por la Calle 46 en línea recta hacia la avenida Caracas. Pero el instinto de conservación le volvió a funcionar. No era hora de meterse en ese corral de ladrones y arriesgar por segunda vez la existencia. Prefirió girar e ir hacia el sur por la Carrera 13.

Se había tranquilizado un poco y tenía claro que debía buscar ayuda médica. Recordó la Central de Urgencias de la clínica San Pedro Claver y giró por la Calle 32. La curva era cerrada. Pisó el pedal del freno pero se llevó la sorpresa de que el coche no aminoró la marcha.

Gracias a la farola que aún le funcionaba al taxi, Karen vio que el asfalto se agotaba y un vallado improvisado con láminas metálicas se precipitaba contra ella.

Cerró los ojos. Era una lástima. No la habían asesinado las balas y sí iba a hacerlo un auto desesperado y epiléptico.

Sin embargo, la muerte no llegó a tiempo. La acera era demasiado alta e impidió el paso. Dando un par de trompicones, el taxi cambió de rumbo, y fue a parar a un pequeño callejón.

Karen abrió los ojos e inspeccionó el lugar. A su lado seguía el largo vallado de lámina y enfrente reposaba la estructura de hormigón de un edificio a medio hacer que, en la oscuridad y apenas iluminado por la luz azulosa de la calle, daba la sensación de pertenecer más al paisaje lunar que al de la tierra.

La calma era total y Karen entendió que era el momento de echarse a llorar. Rezaba, maldecía, se examinaba para ver si la habían herido, y al no encontrar nada, se felicitaba y abrazaba el timón del auto como si éste fuera a recibirla en su pecho, a mimarla o a acariciarle la cabeza.

Seguía buscando un alivio imposible, pidiéndole al amanecer un consuelo que era incapaz de darle cuando oyó el segundo gemido de Cachorro y supo que esa queja era el apoyo que necesitaba para superar el terror. Se alegró y se supo completamente viva porque volvió a sentir amor por aquel hombre.

Ya más tranquila, pegó una oreja al pecho de Cachorro. Aunque él no se movía, el corazón le latía con fuerza. Temerosa de que el taxista muriera, Karen se le echó encima y empezó a romperle la camisa para ver la herida y saber por dónde le había entrado la bala.

—¡Me va a terminar de joder el brazo! —dijo Cachorro.

Karen dio un salto hacia atrás en parte por el miedo, en parte por la felicidad.

—Gracias, Dios mío, muchas gracias —dijo, y volvió a caer encima de Cachorro para besarlo.

—Ya, hermana, ¡ya!, mejor ayúdeme a levantarme.

Karen agarró a Cachorro por la cintura y lo jaló para ayudarle a salir del auto. Cachorro se recostó contra la puerta, revisó todo su cuerpo, pasó la mano por el brazo herido y se dio cuenta de que la bala estaba en su carne y la hemorragia continuaba.

—Amárreme ese pañuelo —ordenó sacando un trapo de su bolsillo.

Karen miró con asco el supuesto pañuelo.

—Eso está sucio.

—No estamos para ponernos exigentes.

Al verlo tan convencido, Karen anudó con fuerza el pañuelo sobre la herida; y Cachorro sintió que el dolor terminaba de traerlo a este mundo.

—Alcánceme el botiquín.

Karen obedeció, pero al ver las gasas y el alcohol se sintió intranquila.

—No se la vaya a tirar de médico, lo mejor es buscar un hospital —dijo.

—¿Para qué? ¿Para que la policía empiece a jodernos la vida? —dijo Cachorro y sacó su navaja.

—No sea terco, Cachorrillo, se le puede infectar ese brazo.

—Fresca, más bien ayúdeme con el encendedor.

—No, mejor vámonos al hospital.

—Entonces, haga lo que quiera, yo me voy a sacar esta bala —dijo Cachorro cogiendo la navaja con la boca y encendiendo el mechero con la mano del brazo que tenía sano.

Karen sintió rabia y tuvo ganas de patear a Cachorro, pero al verlo fallar mientras intentaba quemar la punta de la navaja decidió quitarle el encendedor y ayudar a sostener la llama frente a los ojos del taxista.

El hombre quemó la punta del acero, metió la navaja en su carne, soltó cincuenta hijueputazos, sudó, enturbió los ojos, se sacó el plomo, y finalmente, desfallecido y con voz de niña, le indicó a Karen que regara desinfectante sobre la herida.

Karen le roció alcohol, le limpió la carne abierta y le envolvió el brazo con la gasa.

—No es para preocuparse, peor me fue en el ejército —dijo Cachorro.

Karen rió. Cachorro le pareció a la vez fuerte e indefenso. Volvieron a su mente las imágenes de lo que acababa de sucederles y le pareció un milagro que continuaran vivos. Con los ojos llenos de lágrimas, se abrazó a Cachorro.

—Gracias, china. Me salvó de la huesuda —dijo el taxista.

Acariciaba el cabello de Karen cuando giró la cabeza y descubrió el taxi. Mejor dicho, la masa de lata y plástico amarillo que, repleta de agujeros y arrugada como cartón húmedo, estaba frente a sus ojos.

—¡El carro! —dijo Cachorro y la soltó.

Karen no dijo nada.

—Mire cómo quedó —añadió Cachorro y le dio una patada a una de las puertas.

—No se preocupe, Cachorrillo, lo importante es que estamos vivos.

—Sí, vivos, claro, pero ¿con qué plata voy a responder por esta malparida chatarra? —añadió Cachorro rompiendo un bocal desprendido de la puerta.

Habría seguido golpeando el carro, acabándolo de destrozar, si una sombra sobre la tapicería no hubiera llamado su atención. Repitió la mirada, la sombra tomó forma y se convirtió en objeto: el maletín que llevaba uno de los pasajeros.

Cachorro entró en el vehículo y sacó el maletín. Lo puso sobre el auto e intentó abrirlo. Pero fue imposible, era un maletín con armazón metálico y cerradura de clave.

—Guarde eso, Cachorro —dijo Karen.

Cachorro no la escuchó.

—Mejor vámonos de aquí, no va y sea que nos estén buscando —continuó ella.

—¡No!, quiero saber qué llevaban esos güevones, a uno no le disparan por nada —respondió Cachorro mientras buscaba unas herramientas.

Empleó un buen rato en darle vueltas al maletín, tratando de hallar el modo más fácil de violentarlo, hasta que un golpe

seco avisó a Karen de que la chapa de numeritos había cedido al acoso.

—¡Hijueputa! —gritó el hombre al abrir la maleta.

Karen se acercó.

—¡Divino niño! —exclamó.

Perfectamente ordenados, algunos agujereados, pero la mayoría buenos y brillantes, había una gran cantidad de dólares. Estaban apretujados y amarrados con bandas de caucho y tenían tan limpia la piel que a Karen le parecieron de mentira.

Hay muchas cosas que nunca te dije, muchas cosas en las que te mentí. Jamás fui piloto comercial, jamás trabajé con Avianca. Mis primeros dólares los gané con lo que hacía cuando te conocí: manejar aviones cargados con coca. Pero no creas que fue tan fácil como lo hacía parecer cuando regresaba a tu lado. La verdad, no. Era pura fanfarronería. No creas que es fácil ver caer la noche, ver morir el sol en la lejanía, mirar a lado y lado, sentir las miradas tensas de la gente y saber que se ha acabado el tiempo, que es hora de probar, hora de subirse al jeep que te va a llevar monte adentro, al paraje donde está escondido aquel avión que nunca has pilotado pero que es el que te has comprometido a llevar hasta México. No es fácil ayudar a tanquear la nave sin saber siquiera si el combustible es bueno, si lo han comprado honradamente o si alguien ha querido ganarse más de lo debido y lo ha revuelto con agua o, lo que es peor, con gasolina para carros. Pero no hay tiempo de arrepentirse, has abandonado la academia militar, te has peleado a puños con tu padre y llevas seis meses buscando suerte sin hacer ni una lla-

mada a casa. No hay opción. Tienes que subirte a la cabina del avión, limpiarle el polvo acumulado durante los meses que lleva escondido, espantar las lagartijas, los sapos y hasta una serpiente. Echarte la bendición, ayudar a subir los paquetes con la coca, encender la nave, buscar la pista improvisada en medio de la selva y confiar en que el aparato aguantará hasta llevarte al lugar donde se ha pactado la entrega. Te subes en ese avión solo, sin tener con quien hablar, con quien reírse un poco para despejar el miedo. Arrancas volando bajito, buscando la ruta por donde, supuestamente, no pueden rastrearte y rezando para que nadie aparezca a interceptarte. El motor zumba más fuerte de lo normal y te pones nervioso, pero aguantas. Sólo queda seguir hurgando la noche entre la inmensidad oscura del cielo y la inmensidad oscura del océano. Cuántas cosas se piensan cuando se está más atemorizado. Qué fácil es reconstruir la vida, meditar sobre esos detalles casi insignificantes que habrían ayudado a evitar los malos rumbos, pensar en la casualidad, en el amor o en el orgullo. De pronto, los aparatos marcan las coordenadas de destino. Empiezas a buscar las señales acordadas, enciendes la radio y esperas indicaciones. A pesar de que oyes una voz ronca decir la contraseña correcta, sabes que la felicidad sigue lejos. Sobrevuelas el desierto perdiendo altura y ves las figuritas moviéndose en la arena, entre las pocas matas. El pulso te tiembla, sudas. Allá abajo hay una tierra extraña, una tierra que no conoces. Y no sabes si, como le ha ocurrido a muchos, te está esperando la policía para capturarte y mandarte a una prisión norteamericana o si te están esperando los mexicanos para pagarte la droga como ha sido acordado o para robarte, para llenarte de plomo y dejarte tirado en

medio del desierto para que te coman los chulos. Los zopilotes, como dicen ellos.

Verdes, verdes, verdes, muchos verdes. Cachorro los examinó y las caras de los próceres anglosajones le parecieron fotos de amigos de su barrio. Al reconocerlos, sintió una nostalgia de colores y un llamado a la cerveza, a la música tropical y a la fiesta.

Karen, todavía asustada, se pasaba la mano sobre la cara y, al tapar su mirada, sentía que sus ojos volvían a recibir un llamado desde el maletín. Entonces contemplaba los billetes y se acordaba de un gringo alto, desgarbado y de cara roja, que llegó un día al Oasis y por brindarle sus amores bien torneados y fogosos le dio dos billetes idénticos. Fueron suficientes para comprar una grabadora pequeña y unos casetes de moda, y para dedicarse a tomar brandy y a hacer el amor todo un fin de semana con un sargento de la policía que, por aquella época, le tenía el corazón embolatado.

—¡Sabía que algún día sería millonario! —afirmó Cachorro.

Con la maleta en los brazos, empezó a brincar y a moverse como una marioneta. Se pasaba la mano por el cabello, sudaba, respiraba hondo, volvía a reírse, volvía a angustiarse y a quedarse pensativo de una manera tan desordenada que era difícil entender que estaba feliz.

Karen se quedó mirándolo y por más que lo armó y lo desarmó en su mente no encontró una entrada para participar en aquella celebración.

—No hay que armar tanto alboroto por una plata ajena —dijo decidida a recobrar su lugar.

—Casi nos matan, nos la merecemos —respondió el taxista sin comprender la reacción de Karen.

Al escucharlo, ella recordó la insensatez que lo caracterizaba y, como siempre, quiso odiarlo. Pero no pudo. Al contrario, se alegró porque por primera vez en los últimos meses le vio en el rostro una expresión de felicidad.

—Deje esa cara, hoy fue nuestro día de suerte —dijo Cachorro.

—¿Nuestro?

—Claro, ¡nuestro! —dijo Cachorro, que alcanzó a intuir la razón del escepticismo de Karen.

—De veras, ¿usted cree que podemos quedarnos con ese billete? —preguntó Karen mientras pensaba que ese dinero podía mantenerla cerca de Cachorro.

—¡Claro! ¿Acaso alguien sabe que lo tenemos?

Karen empezó a considerarlo. Tal vez Cachorro tenía razón, esos dólares ya no tenían dueño.

—Verdad... Nadie lo sabe —murmuró Karen y, sin darse cuenta, cayó en el mismo entusiasmo febril de Cachorro.

Sus ilusiones amontonadas durante años perdieron los frenos. Aparecieron en su cabeza unos aretes que había visto la primera vez que visitó la ciudad, un prendedor de oro que siempre salía en los catálogos de las revistas y los zapatos que usaba la madre de uno de sus pretendientes. Su mente empezó a vagar desbocada por los centros comerciales, perfumerías y almacenes de ropa femenina. Al final de tanta ilusión, amó más a Cachorro y sintió admiración por su ambición y su arrojo.

Cachorro, que necesitaba que alguien borrara con su apoyo el sedimento de culpa que aún le quedaba, la abrazó.

—Mire, Karen, yo siempre he tenido mis ambiciones. Todos los días le imploro a mi madrecita que está en el cielo que interceda ante el Divino Niño para que me ayude a ganarme la lotería y no tener que seguir manejándole el taxi al tacaño de mi cuñado. Han pasado cinco años desde la muerte de ella y nunca he dejado de rezarle. Y aquí está la prueba de la fidelidad de mi madrecita. Ahora el Niño Bendito me ha hecho millonario; más millonario que si hubiera secuestrado a mi cuñado, como tantas veces me han propuesto.

—¿No será que ese billete es de algún duro y nos metemos en la verraca? —murmuró Karen, recordando que habían estado a punto de morir.

—¡Qué va! Ningún duro ni qué nada, Karen. Más bien piense si va a negarse a las bendiciones del cielo y a seguir en la pobreza. Porque yo no quiero seguir pasando necesidades. De aquí en adelante usted no tendrá que seguir aguantando que cualquier güevón le meta mano sólo porque tiene un par de billetes. No tendrá que aguantar que su tía Beatriz la humille y la eche de la casa cada vez que amanezca con la menopausia. No tendrá que pensar en viajar a la selva para rebuscarse con los coqueros. Yo no tendré que trabajar toda la noche para ver cómo mi cuñado se enriquece mientras a mí no me queda ni para el almuerzo. No, Karen, no vamos a pasar más humillaciones ni a dejar de comprarnos nada que nos guste. Se acabó la necesidad. Ya no tendremos que trabajar ni preocuparnos por el arriendo. De aquí en adelante, ya no seremos pobres: ¡seremos felices! —dijo Cachorro.

A Karen, conmovida, se le aguaron los ojos. Se acercó a la maleta y acarició los billetes como si fueran un bebé. Los miraba, los miraba y los miraba, y se perdía en el pequeño brillo que la luz de la noche daba a los papelitos de margen blanca.

Cachorro no la dejó disfrutar la ilusión.

—Ayúdeme a contarlo, quiero saber cuánto dinero tenemos.

Karen se aterró. No encontró una razón que justificara gastar los últimos minutos de oscuridad, antes que el mundo pudiera descubrirlos, en contar un dinero que, a pesar de las ilusiones, aún no estaba segura de que les pertenecía.

Pero no alcanzó a protestar, Cachorro hablaba y actuaba. Al ver cómo Cachorro reventaba las bandas de caucho y colocaba los billetes sobre el polvo de la calle, decidió colaborar. Recibía los dólares y los organizaba como si fueran naipes y por un momento, perdida en el juego de barajar su riqueza, olvidó sus dudas.

—Tome, para los dulces —dijo Cachorro casi con asco, entregándole un gran fajo de billetes colombianos de cinco mil pesos que había en el fondo de la maleta.

—Para qué habrán metido billetes colombianos ahí.

—Seguro para pagar la rumba que pensaban tener después de cerrar el negocio.

Karen aceptó la explicación de Cachorro, buscó dentro del taxi su bolso y acomodó el fajo de billetes. Iba a tirar la cartera otra vez sobre la silla, pero recapacitó y en lugar de arrojarla, se la terció en el pecho.

Terminada la contabilidad, Cachorro deshizo el naipe de Karen y volvió a acomodar los billetes en el maletín.

—Dos millones de dólares, uno para cada uno —afirmó mirando a Karen como si fuera el rey Salomón.

Karen entendió que tenía mucho dinero, y supuso que se había convertido en la mujer más rica del país. Cachorro cerró la maleta, y la puso sobre el asiento trasero del auto.

Más tranquilo, volvió a acercarse a Karen y al sentir que ella aún albergaba dudas, la rodeó con sus brazos. Al encontrarse con su cuello delgado, la cintura recogida como bolsita de chocolates, y el rumor triste de su corazón, sintió que acababa de conocerla, que apenas y por primera vez, esa mujer existía para él.

La besó. Karen se sorprendió. Siempre había deseado ese beso pero se sintió extraña. Sin embargo, era tanta su necesidad de entender qué estaba ocurriendo que apretó sus labios contra los de Cachorro y pegada al cuerpo del taxista trató de encontrar una explicación para la vida terrible que hasta entonces había llevado.

No la encontró, pero, por un momento, creyó que había consuelo. Los besos de Cachorro le parecieron dados para siempre, su saliva le supo al mejor de los licores, y los brazos huesudos del hombre no sólo abrazaron su cuerpo, sino que abrazaron la eternidad. Y ella sentía que la eternidad burbujeaba en su pecho y que era posible tocarla con los dedos.

Flotaba en este ensueño, lo calmaba con calores pequeños, manuales y compartidos cuando oyó la sirena. Acostumbrada como estaba a la vida noctámbula y errante, intuyó que aquel sonido angustioso iba a destruirle la felicidad. La violencia con que Cachorro se apartó de sus labios confirmó su sospecha.

—¡La maleta! —gritó Cachorro.

Dando un salto, el hombre sacó el maletín del taxi, lo abrazó y empezó a buscar un lugar donde esconderlo. Pero estaban en un lugar a medio construir, los refugios eran inexistentes y Cachorro no veía un lugar donde su maleta estuviera a salvo.

Karen arrancó la maleta de manos de Cachorro. Subió en unas canecas, saltó y corrió hacia el interior del edificio.

—Prenda el carro —le dijo a Cachorro.

La sirena se acercaba. Karen regresó, saltó a tierra, y corrió hacia el auto. Quería que la patrulla los hallara lo más lejos posible de la maleta.

—Pilas que este carro no tiene frenos —dijo Karen.

Fue una advertencia innecesaria. El taxi no quiso arrancar. Luchaban por encenderlo cuando apareció la patrulla.

—Nos jodimos —dijo Cachorro.

Era lo menos que podía decir. (Acababan de caer en manos de la policía, lo que en la noche bogotana significa cualquier cosa, menos estar a salvo.)

—¿Usted qué cree, hermano?

—Pues ¿qué voy a creer?, que ese billete lo tiene alguien.

—¿Eso cree?

—Claro, hermano, cuando el río suena...

—Pues sí, ¿no?

—Además, ¿usted cree que tanta alharaca que se ha armado es gratis, si en este mundo ahora nada es gratis?

—Pues sí, ¿no?

—Además, todas las piezas encajan.

—¿Cómo así?

—Escuche. El Benjamín, usted lo conoce, el vendedor de dulces. Ese man dice que conoció al taxista, que él le vendía los cigarrillos. O sea que el taxista sí existió.

—De verdad, ¿eso dice el Benjamín?

—Pues claro, y el John Jaime, el man que vende calzones, brasieres y ligeros de esos que usan las putas para empelotarse en las whiskerías, pues ese man dice que la puta sí trabajaba en el Oasis; o sea que la tal Karen también existió.

—¿Y el John Jaime sí dirá la verdad?

—Pues el John Jaime es falso y medio ladrón, pero en todo lo que hable sobre putas, es un man de fiar.

—Si usted lo dice.

—No me mame gallo chino, lo que quiero explicarle es que si todos existen, por qué no va a existir el billete.

—Yo no había pensado en eso.

—Además apareció un comandante de la policía muerto, ¿no es cierto? Usted cree que ese man andaba por ahí consiguiendo para desayunar, no, ese man era mayor, tenía billete y si estaba metido en negocios raros, tenían que ser negocios grandes.

—Igual que el de los carros.

—Nos vamos entendiendo, pelao, ¡igual que el de los carros! Ese man es un duro, ¿no ha visto la compraventa? Si la cuidan como quince gorilas, éstos no cuidan el local, ni que estuviera tapizado con oro.

—Usted es un verdadero detective, hermano, no sé qué hace de embolador de zapatos.

—Pues sí, lo mismo pienso yo, aunque se ría. ¿Y sabe qué?

—¿Qué?

—Que la otra noche me fui para el parque Central Bavaria, me colé por una cerca rota y me puse a buscar a ver si de pronto encontraba el maletín con el billete.

—¿Verdad?

—Sí, verdad.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me metí con todo el cuidado, sin hacer ruido y cuando me di cuenta, no estaba solo, había un montón de gente buscando.

—No se lo puedo creer.

—Seguro, hermano, había un montón.

—¿Y qué pasó?
—Pues que el vigilante nos pilló y sacó la escopeta y disparó dos veces al aire.
—Qué susto, hermano.
—Qué susto ni qué nada, hermano.
—Ah, ¿no?, ahora se volvió Súperman.
—No, no es eso, chino.
—¿Entonces?
—Aunque me echen plomo yo pienso volver.
—Usted está loco.
—No, chino, lo que pasa es que yo pienso.
—¿Y?
—Usted cree que a uno le disparan así porque sí.
—¿Qué quiere decir?
—Pues, hermano, si tanto cuidan el lugar, es que ahí se esconde algo. Hay que tener paciencia y volver, a mí no me van a engañar tan fácil.

No había dormido nada la noche anterior y empecé a adormecerme. Las letras huían de mis ojos y, como no tenía la menor intención de esforzarme por esos tipos, dejé de perseguirlas. Alcé la vista y al ver los tres rostros recordé un campamento de verano al que me obligó a irme mamá cuando tenía apenas diez años. Fuimos a un «condominio», un montón de casuchas levantadas sin cuidado junto a las aguas torrenciales y oscuras del río Sumapaz. Los encargados nos hacían correr y nadar todo el día. Eran unos brutos, no entendían que estábamos de vacaciones y no entrenando para competir en los juegos olímpicos. Al anochecer nos servían un asqueroso caldo de pescado y nos sentaban a leer alrededor de una fogata. Eso era lo único chévere. Siempre me ofrecía a leer en voz alta los cuentos porque me encantaba sentir la mirada expectante de otros niños, saber que me observaban, comprobar que mis palabras y mi voz eran lo que los conmovía. Lástima que esa mañana, al tropezar con la cara de muñeco abandonado del gordo, con la mirada perdida de Weimar y la expresión desconfiada de Richar no sentí aquella alegría. Al contrario, extrañé los jugueteos románticos del fuego en la oscuridad de la noche tro-

pical, las caras esperanzadas de mis compañeros de campamento y pensé que crecer tan sólo había servido para empeorar el auditorio.

—Estoy remamada.

—Si se acaba de levantar —dijo Richar.

—Claro, pero, como usted comprenderá, anoche no pude dormir —le respondí con ironía.

El gordo se rió.

—Siga leyendo que el cuento está bacano —dijo Weimar.

—La verdad sí, está chévere —comentó el gordo.

—Otro poquito, ¿qué pierde? —dijo Weimar.

—Tampoco gano nada —contesté.

Richar me miró con desconfianza.

—Déjenla un rato en paz, antes la hembra es una verraca y tiene ánimos para leer —intervino el gordo.

—Bueno, descansemos un poco. Me duele la espalda de estar tanto tiempo quieto —dijo Weimar.

—Si no hay otra opción —aceptó Richar.

Con las palabras de Richar desapareció la tensión y todos nos movimos como si fuéramos juguetes apagados y nos hubieran encendido. Richar buscó el arma, el gordo me dirigió una mirada de complicidad y Weimar se levantó y cogió la bayetilla para volver a taparme los ojos.

—¿Por qué no me deja sin venda?, me siento como una güevona andando a tientas.

Weimar miró a Richar. Éste hizo una mueca de desagrado, pero aceptó mi petición.

—Vamos —me dijo Weimar.

—No, yo la llevo —interrumpió Richar.

A Weimar lo sorprendió la imprevista decisión de Richar, pero prefirió no rechistar. Se encargó del gordo y desapareció con él por un corredor. Richar recogió el libro, lo guardó en una especie de alacena que había pegada a la pared y me señaló la puerta. Salimos en silencio, uno junto al otro pero sin mirarnos, el hombre muy marcial con la ametralladora terciada en el pecho y yo, caminando un poco inclinada, con pasos lentos y llevando la cadena con las dos manos como si fuera la pesada cola de un traje de novia.

Pude hacerme una idea clara del sitio donde me retenían. Era una hacienda abandonada. Alrededor del patio invadido por la hierba había dos casonas de adobe y tejas de barro, a punto de derrumbarse. En la menos destruida de las casas alguien había acondicionado un espacio para dar albergue temporal a los hermanos secuestradores y al gordo secuestrado. Más allá se levantaba una enramada, varios árboles frondosos pero descuidados y unos corrales de los cuales sólo quedaban en pie unos cuantos postes podridos.

—Weimar me dijo anoche que había prometido soltarla cuando terminara de leer —dijo Richar con dificultad, como empujando, unas con otras, las palabras.

—Y usted, ¿qué piensa? —pregunté con rapidez, pensando que había llegado el momento de aclarar mi situación.

Richar miró al vacío y tardó en hablar. Quise exigirle una respuesta, pero decidí ser cauta. En ese momento, al verlo tambalear para comunicarse conmigo, alcancé a intuir que la agresividad gratuita del man podía ser timidez.

—Todavía no pienso nada, voy a esperar a que usted termine de leer para tomar un decisión.

—No me parece muy justo seguir leyendo sin saber qué ocurrirá después.

—Nada en esta vida es justo —replicó con cierto resentimiento.

Preferí no decirle nada más. Cruzamos el último tramo de patio. Dimos la vuelta junto a un muro derruido por la humedad y, después de ver la quebrada que me había arrullado la noche anterior, caminamos en busca de una construcción más pequeña que estaba escondida detrás de las casas y que debía de ser el sitio donde me escondían.

—Exactamente, ¿qué le dijo Weimar? —insistió Richar cuando llegamos.

—Lo mismo que a usted: que si leía sin poner problema me tratarían bien y me dejarían ir.

—¿No serán amigos ustedes dos?

—Yo, ¡amiga de ese güevón!

El rubor que apareció en la mejilla de Richar me indicó que la había cagado al despreciar a Weimar frente al hermano y sirvió, también, para confirmar mi sospecha de que Richar era un man inseguro. Tal vez se sentía débil en mi presencia y, verlo confundido, deshaciéndose en razonamientos para poder decir algo, me hizo acordar de Santiaguito, un compañero de la universidad que no era feo, ni se vestía mal, ni era pobre. Al contrario, el pelao tenía su gracia, compraba buena ropa y no le faltaba el billete. Pero era un man retímido. No lograba cruzar más de dos frases con ninguna chica y, desesperado, se pasaba todo el día sentado en un rincón de la plaza del Chorro de Quevedo, fumando marihuana, supertrabado, mirando al infinito. Sólo por eso, porque era incapaz de hablar serena y fluidamente con una mujer.

Antes de abrir la puerta, Richar hizo un gran esfuerzo por recuperarse de la humillación y se atrevió a buscar en mis ojos algún indicio de traición por parte de su hermano. El man tenía fuerza en la mirada y alcanzó a intimidarme. Pero después de encontrarle la debilidad no iba a dejar las riendas de la situación en sus manos.

—No se preocupe, Weimar no haría nada que lo dañara a usted.

—No sé —dijo Richar, después de pensárselo un poco.

—Seguro, créame.

—Pues si usted lo dice —añadió con escepticismo y empujó la puerta.

El lugar era un garaje. A un lado había un viejo tractor desarmado y pedazos de la máquina convertida en chatarra. Aquella construcción también se estaba derrumbando. El baha-queque asomaba entre las paredes descascaradas, el techo estaba agrietado y era fácil ver entre las tejas los sitios por donde podría pasar la lluvia. Al lado opuesto del tractor estaba el desbarajustado catre de madera donde yo había intentado dormir la noche anterior. Recuerdo que pensé que en ese camastro de madera remendado con clavos y oscurecido por el paso del tiempo debía de haber descansado durante muchos años el operario del tractor y alcancé a imaginar la figura de un campesino de páramo, con el rostro enrojecido por el frío, el olor a sudor debajo de la ruana y el aliento permanente a cerveza barata.

Justo encima de la cabecera de la cama, había una ventana pequeña, que, para mi sorpresa, tenía un vidrio nuevo por el que se veía muy bien la montaña. Al fondo aparecían unos pastizales de color verde intenso y más allá, hacia arriba, buscando

la cima de las montañas, empezaban los desoladores descampados del páramo apenas interrumpidos por las figuras pequeñas pero tenaces de los frailejones. La imagen de esa ventana era agradable. Sin embargo, a pesar de la buena voluntad y de los esfuerzos de la ventanita, el lugar no se salvaba. No había suficiente luz y la mezcla de oscuridad, frío y destrucción le daban al cuartico un aire entre desamparado y siniestro.

—¿Me va a dejar otra vez en este chiquero?

—Es el único sitio que hay.

—¿Por qué no lo limpiamos un poquito?

—Si está tan cansada, puede dormir ahí —dijo Richar cobrándose el menosprecio al que lo había sometido un momento antes.

—Anoche, gracias a Dios, no veía nada —dije y le regalé a Richar una sonrisita.

Richar entendió mi gesto de amnistía y rió por primera vez.

—Si le da pereza, suélteme las manos y yo sacudo —insistí y volví a sonreírle.

—No, prefiero limpiar yo.

—¡Qué caballero!

—Para que no diga que la trato peor que Weimar —contestó Richar más relajado.

—No es nada difícil conseguirlo, su hermano casi me mata.

—¿Sí? —preguntó Richar con curiosidad.

—Bueno, el man iba muy acelerado.

—La verdad, aún no entiendo cómo se atrevió a traerla, bastantes problemas tenemos.

Se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y empezó a ordenar. Alejó las piezas de tractor que estaban junto a la cama.

Hizo una escoba con hojas de rastrojo, barrió la tierra acumulada sobre el suelo y, por último, sacudió bien las cobijas con que me había arropado la noche anterior y las tendió sobre la cama con habilidad. Era evidente que a ese man lo habían acostumbrado a valerse por sí mismo o que llevaba un buen tiempo viviendo solo y se había vuelto experto en labores domésticas.

—¿Me va a dejar ir? —pregunté, ya sentada en la cama.

—Nadie me garantiza que usted no nos denuncie.

—A mí sus enredos no me interesan. Con salvar mi pellejo tengo.

—¿Quién sabe?

—Seguro —añadí—, allá ustedes con sus maricadas.

—Todo está muy complicado para soltar a alguien que sabe dónde estamos.

—Y entonces, ¿me va a matar? —le pregunté sin dejar de sonreírle.

—No sé, puede que sí.

—Pues no crea que me voy a dejar matar tan fácil.

—No adelantemos las cosas, ¿le parece?

Alcancé a sentir miedo, pero le sostuve la mirada. Richar se mostraba agresivo pero era mejor persona que Weimar. Podría llegar a los veinte años. Tenía el cabello corto, la nariz recta y bien proporcionada y lucía unos labios carnosos y muy rojos que resaltaban sobre su piel trigueña. La barba incipiente le acosaba la cara y la mirada recelosa y la timidez que lo hacían agresivo me hicieron presentir una fiereza muy fácil de confundir con la hombría.

—Usted es más sensato que su hermano y no va a hacer ninguna cagada —dije.

El man se desconcertó y volvió a mostrarse confundido.

—No se confíe de nadie —dijo al rato.

—Tampoco puedo escoger.

Volvió a esquivarme. Se agachó para comprobar que la cadena había quedado bien asegurada.

—Espero que esta vez sí descanse.

Lo oí asegurar la puerta, cerré los ojos y me quedé unos segundos con su recuerdo. La conversación me había dejado un mal sabor y tuve ganas de ponerme a llorar, pero no lo hice. Estaba agotada y, en momentos de mucha tensión, siempre he sufrido de algo así como la dictadura del cuerpo. Cuando mi cuerpo desea algo, no hay nada que lo detenga. Que tiene hambre, pues se desespera, olfatea, y hace lo que sea para llenar el estómago. Que tiene sueño, pues busca una cama, no importa si hay un trabajo pendiente, no importa si está en juego mi futuro, mi cuerpo no cede, se niega a hacer cualquier cosa y se duerme. Así para todo y sin mencionar lo que es capaz de hacer si desea un hombre. Por eso, aquella mañana, a pesar de que mi cabeza estaba a punto de estallar por el miedo y la incertidumbre, mi cuerpo decidió descansar, olvidarse de todo, echarse a dormir en ese catre miserable.

Me despertó el hambre. Caí en una duermevela que al principio fue pacífica, pero después empezó a convertirse en pesadilla. Veía muertos y frailejones por todos lados. Oía disparos como si estuviera corriendo por un campo de tiro y oía gran cantidad de motores rechinando dentro de cada una de las partes de mi cuerpo. Empezó una confusa carrera de coches. Los conductores competían entre multitud de obstáculos, eufóricos y disparándose unos a otros. Vitoreaba entre asustada y emocionada al ganador, cuando alguien me sacudió.

—Le traigo comida.

Me froté los ojos. Seguía medio dormida y no habría comprendido dónde estaba de no ser porque la cara del tipo que había hablado era idéntica a la de uno de los competidores de mi pesadilla.

—Mire.

Alcé la vista y vi un plato de plástico que contenía una masa deforme similar al arroz, un pedazo de carne medio cruda y unos frijoles ennegrecidos.

—Eso se ve horrible —dije un poco más despierta.

—Pues es lo único que hay.

—A ver lo pruebo —dije al ver la expresión de malestar de Richar.

—¡Huy!, este menjunje no me lo comería ni secuestrada —añadí entre sonrisas.

El man hizo mala cara y fue evidente que se tomó a mal mis palabras.

—Usted es demasiado problemática.

—Pero, hombre, llevo un día encadenada, sin probar bocado y no me parece justo que me ofrezcan una comida tan mala.

Richar calló un momento, el color de sus mejillas se mantenía encendido.

—Todo esto pasa porque le hemos dado demasiada confianza, seguro que si somos firmes con usted, no se pone a joder.

—En todo caso tengo hambre —dije tratando de ignorar las palabras del hombre.

—Ése no es mi problema, vamos y sigue leyendo.

—Con esta hambre.

—Con ésa o con la que sea.

—No, Richar, no sea mierda, consígame algo decente de comer y le leo hasta la Biblia.

—No hay más. Repartí mi comida con usted sólo porque quiero acabar rápido con esta bobada del libro.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

—Leer.

—Con mi estómago quejándose, no leo ni una palabra.

—¡Vamos! —dijo cogiéndome de un brazo.

Yo me revolví, logré soltarme y me aferré a la cama.

—Es mejor que colabore —dijo Richar y volvió a agarrarme.

—No, hermano, así no. Ni crea que me puede tratar a las malas.

—Camine, no complique las cosas.

—No, ya le dije que con hambre no voy a leer.

—Pues cómase esto —dijo volviendo a acercarse al plato.

Observé la comida y confirmé que era incapaz de tragarme ese menjunje.

—Eso no es comida, es lavaza —dije apartando el plato.

El movimiento fue demasiado brusco y parte de la comida se derramó. Al ver los alimentos esparcidos por el suelo, el man terminó de acelerarse.

—¡Esta vieja hijueputa! —dijo levantando el arma y poniéndola en mi cabeza.

Sentí el frío del metal presionando mi frente y examiné la mirada del tipo. Estaba rabioso y confundido. Los ojos le brillaban enrojecidos. Empecé a temblar y a sudar hielo. Tal vez me había pasado de la raya y había toreado demasiado a Richar. Seguro que ese man era capaz de matarme sólo para probar que era él quien controlaba la situación.

—Vamos.

—Puede matarme o dejar que yo misma cocine.

Richar volvió a verse sorprendido. Sólo tenía que apretar el gatillo para solucionar el problema en que lo había metido su hermano, pero, con mi propuesta, alcancé a filtrarle una duda en la cabeza.

—Prefiero cocinar algo antes que comerme eso.

Richar mantenía el arma levantada.

—¿Quiere cocinar?

—Sí, no le veo problema.

La tensión se rompió; fue como si se hubiera hecho añicos el parabrisas de un carro.

—¿Seguro, quiere cocinar? —dijo y bajó el arma.

Me regresó la vida al cuerpo. Si no hubiera parecido servil, creo que hasta le habría dado un beso a Richar.

Atravesamos el patio y buscamos la cocina. Cuando llegamos, el hombre me soltó las manos y se sentó a vigilarme.

La cocina me gustó. Era un lugar muy antiguo, con las paredes ennegrecidas por el humo, una mesa y unas sillas que podían estar ahí desde la época de la Colonia. Buena parte del espacio lo ocupaba una estufa de leña que daba un ambiente cálido al lugar y sobre los adobes ahumados de la estufa había carne, hierbas frescas y gran cantidad de papas.

—Con esto yo hago un caldito y hasta me dan ánimos de leer —dije para tratar de bajar la tensión.

Richar seguía silencioso, tratando de entender lo que estaba ocurriendo.

—Si quiere puedo hacer para los dos.

Richar ni se inmutó.

—Bueno, yo hago para todos, usted verá si se lo toma o no.

—La verdad, con este frío un caldito me sentaría bien —dijo Richar al rato, cuando ya la estufa empezaba a crepitar, el lugar a oler a cilantro y el frío del páramo había pasado a ser cosa de un mundo ajeno y exterior.

—Pensaba que a las hembras que van a la universidad nunca les toca cocinar —añadió.

—No crea, mi mamá me obligaba a cocinar desde que tenía doce años.

—La obligaba, ¿a usted?

—Sí, ¿cómo le parece?

—Las mamás hacen milagros

—Tampoco soy tan jodida.

—Dios mío, no me gustaría ser su papá.

—De pronto sí —le dije y volví a dedicarle una de mis sonrisas desconcertantes.

—¿Y usted qué estudia? —preguntó Richar para evadir mi sutil coquetería.

—Comunicación social y periodismo, pero estoy aburrida.

—La gente de plata es toda igual, se cansa de la buena vida.

—Yo no tengo plata.

—En todo caso, está en la universidad y se da el lujo de aburrirse —dijo, y se acercó al fuego.

—La plata tampoco lo es todo.

—Para mí, sí.

—Pues con plata no se compra este calorcito.

Richar rió.

—Sí, esta cocina es un buen refugio.

—Pero sólo la cocina, el resto de la casa da tristeza.

—La verdad, sí.

—¿Sabe?

—¿Qué?

—Yo a ustedes tampoco los entiendo.

—¿Y eso?

—Qué afán de meterse en problemas, suelten a ese man y ábranse, total, estar aquí metidos porque les da miedo quedarle mal a un tipo que no se sabe si está vivo o muerto.

—¿Weimar le contó eso?

Me quedé callada, otra vez la había cagado.

—Ese Weimar es un marico bobo.

Dejé pasar un rato, un buen rato, a ver si decía algo más, y como no lo hizo, decidí hablar yo.

—Tal vez no, Weimar está tratando de solucionar el problema —dije con mucho cuidado.

—Pues si es tan verraco, debería preocuparse por solucionar los problemas de él.

—Déjelo actuar, a lo mejor le ayuda.

—Weimar sólo sabe complicar las cosas; piensa de más.

—Bueno, éstos son problemas familiares y yo ahí no me quiero meter.

—Pues ya está metida.

—Déjelo así, por ahora sólo quiero pasar el susto y comer algo.

Richar volvió a sonrojarse, como si comprendiera que lo ocurrido unos minutos antes no había tenido ningún sentido.

—Le propongo una cosa —dije para quitarle tensión al asunto.

—¿Cuál?

—¿Por qué no trae al gordo, comemos todos y leemos en esta cocina? Aquí es más acogedor.

Richar me examinó y me di cuenta de que no podía creérselo. Quién sabe qué pensaría, pero lo cierto era que me tenía allí, cocinándole y proponiéndole cosas que podían hacerle la vida más llevadera. Y eso que hacía menos de una hora había estado a punto de matarme.

Engome

Cachorro se hallaba bastante lejos de aclarar las ideas cuando vio brincar del estribo de la patrulla a un teniente de la policía. Al descubrir el rostro del uniformado no pudo más que sonreír. En verdad, estaba de suerte.

El comandante de la escuadra era Rigoberto Jiménez, un oficial de mal carácter, pero amigo de la música tropical, del baile y del brandy barato. Casi siempre se cruzaban y Jiménez, que era incontrolable a la hora de beber, le debía a Cachorro el favor permanente de recogerlo en las whiskerías de la ciudad, llevarlo a casa y dejarlo en la cama no sin antes soportar con paciencia y estoicismo la gritería y los reclamos de la señora de Jiménez.

—Este Cachorro no cambia. Sólo sabe andar con putas —dijo el teniente.

—¿Tiene algo contra el gremio? —contestó Karen bajándose del auto.

Jiménez se acobardó, sufrió una veloz metamorfosis a gusano y calló. Buscaba una excusa para volver a hablar y recobrar la autoridad cuando vio el taxi. Quiso imaginar lo que había

ocurrido, pero sólo atinó a pensar que había tenido suerte de estar trabajando y de no ir aquella noche entre aquel cascarón despedazado.

—El código de tránsito dice en el numeral sesenta y nueve: cuando vaya a culiar, por favor, no conduzca —dijo.

Una carcajada general limpió el ambiente.

—Menos mal que llegó mi teniente —dijo Cachorro.

Después, se acercó al teniente, desfundó la lengua y soltó las peripecias de la historia sin incluir el detalle del maletín.

Jiménez quedó aterrado. Se había acercado sólo para fastidiar, pensando que los ocupantes del taxi eran una de las muchas parejas que solían estacionar allí para jugar y manosearse.

Mientras Cachorro ganaba tranquilidad escoltando al teniente y deshaciéndose en explicaciones, Karen se sentía acorralada por las miradas de los otros policías. La aterraba que la esculcaran y encontraran el dinero guardado en su bolso. Para calmar los nervios se sentó en el maletero del taxi, buscó un cigarrillo y se lo puso en sus labios. Cachorro se acordó de ella, y se tomó la molestia de sacar su mechero para encenderle el cigarrillo.

Fumar la tranquilizó. Karen apagó la colilla contra las latas del auto y cruzó la mirada con un policía alto, rubio, flaco y narizón que frecuentaba el Oasis.

El policía notó la atracción y se acercó.

—Abra el bolso —dijo.

Karen se arrepintió de su coquetería y reaccionó con rapidez. Sin bajarse del auto, escarbó dentro de su bolso y sacó un protector para ropa interior.

—¿Qué?, ¿necesita uno de éstos? —preguntó.

Hizo pendular la toallita higiénica con tanta malicia sobre la nariz del agente que la imaginación del hombre y de todos sus compañeros se impregnó de un inevitable aroma de lujuria.

—Deje en paz a esa mujer, Sarmiento, porque lo va a morder —dijo Jiménez riéndose.

El agente retrocedió, pero se consoló echando una mirada a los senos semidesnudos de Karen.

Jiménez revisó otra vez el carro. La historia de Cachorro le parecía falta de sentido.

—¿Ya me contó todo? —dijo.

—¡Claro, mi teniente!

Jiménez cerró el auto y empujó a la pareja para que subiera a la patrulla. Haría una excepción y antes del interrogatorio los llevaría al hospital. Cachorro se tranquilizó, ganaría tiempo y podría acordar con Karen una versión de lo ocurrido.

El espacio en la furgoneta era escaso y la blusa rota de Karen atrajo tanto a los policías que todos se acomodaron con la esperanza de rozarla.

—Muévanse que me están ahogando —se quejó Karen.

La exigencia de la mujer dio a los policías una excusa para reacomodarse en la furgoneta y seguir rozándola. Ella pasó de las quejas a las groserías, empujones y patadas.

Entretenidos con los forcejeos y la algarabía, captores y capturados cruzaron la reja del hospital San Juan de Dios.

—¡Faltón!, muerto de la risa en vez de ayudarme —reprochó Karen a Cachorro apenas bajaron del vehículo.

—¿Qué quería que hiciera?, ¿que me pusiera bravo? ¿No ve que Jiménez nos hizo el favor de traernos primero al hospital?

—Pero en el ajeteo podían haberse caído los billetes que guardé en mi bolso.

—Mejor cállese, que si la oyen, nos jodemos.

Llegaron a urgencias. La cola de atracados, violadas, atropellados, baleados, borrachos e intoxicados era interminable. En medio de aquella escena medieval se veía a un médico practicante, uno de aquellos muchachos de familia rica que se ven obligados a cursar el último año de medicina en hospitales del Estado.

—Siga —dijo, indicando a Cachorro la puerta de un pequeño consultorio.

Cachorro entró escoltado por el taconeo de Karen.

—¿Quién le hizo esta curación tan horrible? —preguntó el muchacho.

—Me la hice yo —contestó Cachorro.

—No debería hacer lo que no sabe —añadió el practicante.

—Vine a que me curaran, no a que me regañaran —contestó Cachorro.

—No sea grosero, recuerde que éste es un hospital de caridad —dijo el aspirante a médico.

—A mí su caridad no me hace falta, yo puedo hacerme la curación solito —dijo Cachorro retirando el brazo.

—Ya, Cachorrito, deje el mal genio que el doctor sólo quiere ayudar —dijo Karen.

El joven le sonrió y, para demostrar que era dueño de la situación, dio un jalón muy fuerte para hacer que Cachorro volviera a estirar el brazo.

—¡Y este marica! —gritó Cachorro mientras le daba un empujón al practicante.

—Por favor, aquí curamos las heridas, no las producimos —dijo un médico canoso que por casualidad pasaba por allí.

Su cara respetable y sus palabras precisas sirvieron para aminorar la tensión.

—La medicina y la psicología van de la mano, joven —dijo el nuevo médico.

Cachorro se sintió peor. Buscó a Karen para consolarse, pero ella no quitaba la mirada de los hombres de bata blanca.

—No es nada grave, pero hay que coser para evitar riesgos de infección —ordenó el médico canoso al principiante.

Cachorro soportó una costura temblorosa, las instrucciones pretenciosas que daba el supervisor al aprendiz y las muecas de Karen, que se mantenía pegada a la espalda de los médicos.

Volvían a cubrir la herida con gasa cuando regresó Jiménez.

—¡Usted no podía morirse sin meterse en la hijueputa! —dijo con rabia.

Cachorro respondió con una mirada perdida y Jiménez entendió que Cachorro desconocía la gravedad de lo ocurrido.

—En el Parque Nacional encontraron cuatro muertos. Dos son policías. Así, que ya viene mi mayor Carmona a interrogarlo.

Cachorro miró a Jiménez y quiso repetir su primera versión. Jiménez lo calló con una mirada vacía como esperando que el otro se la llenara con explicaciones más creíbles. No lo consiguió y se marchó maldiciendo.

Cachorro no tuvo dudas de que estaba metido en un lío mayor al que había imaginado. Era claro que los policías muertos iban tras el dinero. Ahora empezaría una persecución de la mafia para recuperarlo y de paso ejercer la justicia debida a sus muer-

tos. Pero la policía también había perdido dos hombres y arriesgaba su honor si se filtraba la verdad. Habría fuego cruzado y no le gustaba estar en medio. Debía huir. No iba a devolver el dinero que el destino y sus oraciones habían puesto en sus manos.

A Karen las palabras del teniente le metieron una pala en el estómago. Desconcertada, se acercó a la ventana para mirar por ella. La luz que se colaba por el vidrio manchado torneó su figura. Cachorro la observó y se preguntó si sería útil escaparse con ella. ¿No sería más bien un estorbo?

Regresó el aprendiz de médico. Con desprecio, estiró la mano, le hizo tragar unos antibióticos y lo bajó de la camilla para acomodar al siguiente herido.

Cachorro se acercó a la ventana y cruzó el brazo sano alrededor del cuello de Karen. Quería saber qué espiaba en el patio. No había nada especial. La entrada del hospital era una reja torcida, custodiada por un celador mal uniformado. El edificio, colocado en mitad de un descampado, era de arquitectura pretenciosa, pero sin mantenimiento desde su construcción cincuenta años atrás.

Apareció una patrulla. La reja se abrió, y del carro bajó el mayor Carmona.

—Mire, Cachorro, el de la mitad era uno de los hombres de anoche.

—¿Segura?

En ese momento entró Jiménez.

—Llegó la limusina —dijo invitándolos a seguirlo.

Karen desfiguró el rostro cuando dio el primer paso. Cachorro le pidió calma con la mirada pero sabía que la única posibilidad de seguir vivos era no subir a esa patrulla.

Avistaban la salida cuando Karen vio un baño y pellizcó a Cachorro.

—¿Me permite, teniente? —pidió Cachorro.

Jiménez asintió con la cabeza.

—¿Y usted, para dónde va? —preguntó el policía cuando vio que Karen se colgaba del brazo de Cachorro.

—¿Qué cree, que sólo a los hombres les dan ganas de orinar? —dijo ella.

Jiménez se rió, y la dejó seguir.

El baño no era sinónimo de pulcritud. Tenía las divisiones de los sanitarios despedazadas, los grifos de los lavamanos dañados y un olor a amoníaco insoportable. Sin embargo, era amplio y en la parte superior tenía unas ventanas que con su luz intentaban borrar la tristeza del lugar.

Después de asegurar la puerta, Cachorro se subió a un lavamanos y revisó las ventanas. No demoró en encontrar un marco deshecho por el óxido. Afuera estaba el patio. Arrancó los perfiles de lámina y quitó el vidrio. Sin bajarse del lavamanos, ayudó a Karen a sacar el cuerpo por la ventana. Después la siguió.

Ya sobre el prado, echaron a correr. Llegaron al estacionamiento de la entrada. Era imposible cruzar sin alertar al portero y a los policías. Corrieron en busca de la parte trasera del hospital y encontraron el muro que separaba el hospital de la Avenida Primera.

Decidieron saltar. Cachorro ayudaba a Karen para que subiera a la tapia cuando apareció Jiménez.

El teniente sacó el arma para disparar. Karen saltó. Cachorro se agarró del ladrillo superior y se lanzó hacia arriba. Al

sostener todo el peso del cuerpo sobre sus brazos se sintió desfallecer del dolor. Ya sobre el muro gastó un segundo en reponerse y cruzó una mirada con Jiménez. El teniente tuvo tiempo suficiente para dispararle, pero titubeó. Cachorro vio llegar otros policías y oyó un disparo. Olvidando el dolor, saltó a la acera. Casi lo matan por segunda vez, pero ya estaba afuera. Ahora sólo quedaba correr.

A mí, la vida me trató sin consideraciones, como lo tratan a uno las mujeres de verdad, como me trataste tú. Cuando se me entregó me lo dio todo, cuando me dejó, quedé acabado, en la calle. Tampoco lo supiste nunca, pero el viaje a México fue el secreto de mi éxito. En Sonora me trataron como a un rey. Duramos borrachos una semana para celebrar que habíamos coronado esas toneladitas. Nunca había vivido tanta camaradería, tantas ganas de compartir, de bailar, de beber tequila y de culiar. No era como en mi casa, donde mi papá jodía por todo, donde cualquier cosa era un problema. Hasta una hembrita me conseguí. Helena. Helenita, le decían los mexicanos y cuando vieron que me había encacorrido con ella, que me volvía loco ver cómo le saltaban las teticas debajo de la blusa, pues me la dejaron. De ella nunca te hablé, me dio miedo. Si la quiere, cójala, haga lo que quiera, es suya. Demuéstrele que no sólo es macho en los aviones. En brazos de ella estaba la mañana en que sonó el teléfono: «¿Qué pasa, mijo?, lo estamos esperando, ¿se le olvidó el camino?», Helenita me miró con tristeza. Ganas me dieron de traérmela, pero me arrepentí. No se preocupe, mi amor, por aquí vuelvo. Puse cara de hombre serio, me despedí

de los manes, los abracé a cada uno y me subí al avión con la tranquilidad de un triunfador. El regreso fue lo de menos, volé por la misma ruta, a la misma altura, sin dejar que me temblara el pulso. Parecía piloto comercial, sólo me faltaban las azafatas. Traía la bodega del avión cargada con varias maletas llenas de dólares y viajaba recién bañado, sin una gota de semen en las güevas, mejor dicho, con el cuerpo satisfecho y la vida llena de ilusiones. Entré por la Guajira y di la vuelta por Venezuela para despistar un poco. En el Yará, junto a la pista que me había visto irme, me esperaban el patrón y todos los guardaespaldas. Una vez aterricé, escondimos el avión y contamos los dólares, todo fueron abrazos y alegrías. No podía crérmelo. Nada de maricadas como en la Fuerza Aérea. Unas horas de trabajo y el resto era fiesta. Como tenía nostalgia de Helenita y tenía que írmela sacando de la cabeza, me agarré del brazo de una negra y me metí de lleno en la celebración. Unos días después, cuando el cuerpo ya no daba más, decidí irme. A las cinco de la mañana, todo borracho, el patrón me contó los dólares y me dio el nombre de un bacán que podía cambiármelos en la ciudad. Como no tenía carro, el hombre me ofreció una camioneta blanca, la que tenía cuando te conocí. Ni me lo pensé. De los mismos dólares que me había dado le conté el valor de la camioneta, me subí en ella de saltico y me despedí. «Cuidado, papito, vaya con calma, no sea tan visajoso, que se me mata», me dijo la negrita. Le di un beso y arranqué. Al fin estaba solo y podía pensar en mi futuro. Puse el casete del grupo Niche y cuando, ese mismo día, pude acelerar por la autopista de Yumbo y cantar: «Ahí vamos llegando, me voy acercando, no puedo evitar que los ojos se me agüen», fue cuando en realidad enten-

dí lo que era el billete, lo que eran los dólares. Lo rico que era ser rico, rico de verdad, rico sin miedo. Ya no me importaba nada, ni la muerte porque la había esquivado. Sólo me quedaba esa autopista, el arroz con pollo que me iba a comer en el Punto Rojo y todos los planes que estaba haciendo para cuando llegara y pisara, otra vez, la tierra de Cali.

La Calle Primera es una avenida de vida corta que separa el muro norte del hospital San Juan de Dios de una larga serie de funerarias. Al caer a la acera y advertir que correr junto al muro era convertirse en cliente de una de las funerarias, Cachorro agarró a Karen de la mano, cruzó la Primera y se metió en el barrio San Bernardo, *lo que me hizo hijo de puta*

Una vez ingresaron al barrio, pasaron a otra realidad. El comercio de la Primera sólo era la fachada de un sector que hacía años estaba en decadencia. Las calles tenían un pavimento con rociola, y las casas, que en otros tiempos fueron orgullo arquitectónico de la ciudad, presentaban unos muros tan derruidos que parecían construidas con aserrín.

Sin embargo, Cachorro se alegró de entrar en el barrio. A pesar de la carrera, sintió que el rumor agobiante del tráfico de la avenida se diluía y saboreó una sensación de alivio. No le duró mucho. Uno de los policías alcanzó a verlo, desenfundó el arma y disparó.

El balazo pasó lejos, pero la explosión y el grito de Karen hicieron que él lo sintiera muy cerca. Sin perder el control, Cachorro agarró con más fuerza a Karen, atravesó un parque que hacía tiempo se había convertido en basurero público y, una ca-

lle más adelante, entró en un sector aún peor que el barrio San Bernardo: el Cartucho.

Paraíso de la clase baja del mundo criminal, el Cartucho aloja en sus calles y casas destrozadas toda clase de atracadores de poca monta, drogadictos terminales, prostitutas en decadencia, recolectores de desechos, niños narcotraficantes, policías corruptos, estafadores arruinados y sacerdotes y pastores de una veintena de iglesias.

Al ver las patrullas y oír las sirenas, la gente del Cartucho se puso alerta. El movimiento, que siempre es efervescente, se agitó aún más y los desechables y recicladores empezaron el ritual de atravesarse al paso de los carros para echarle una mano al perseguido.

Karen, que corría desfallecida y aún no entendía cómo se había atrevido Cachorro a entrar en el Cartucho, trastabilló y dejó caer el bolso. Al verla detenerse para recogerlo, Cachorro volvió a pensar en abandonarla, pero, de nuevo, fue incapaz de hacerlo.

La alzó y siguió arrastrándola. Karen intentó continuar, pero anhelaba entregarse. No deseaba arriesgar más la vida, le dolía cada músculo, y oía su propio taconeo como si ~~estuviera~~ ocurriendo en su cabeza.

Además, empezaba a sentirse incómoda. Advertía que Cachorro avanzaba sin pensar en ella, sin consultarle si le parecía bien que siguieran huyendo.

El camuflaje se acabó. Así como había aparecido de súbito mucha gente para aminorar la marcha de las patrullas, también, en un instante, la gente desapareció. Un silencio espeso se apoderó de las calles destruidas y Cachorro se sintió muy lejos de su maletín lleno de dólares.

Decidió abandonar a Karen, usarla como señuelo para poder escapar. Le soltaba la mano y tomaba aliento antes de irse cuando abrieron una entrada enfrente de ellos.

—Apúrese, Roberta, no va y sea que a esos cabrones les dé por meterse aquí —dijo una voz gruesa.

Más tardaron Karen y Cachorro en asegurar la entrada de aquella casa, que la policía en asomar por la esquina de la calle y darse cuenta de que la pareja había desaparecido.

Sin creerlo aún, Cachorro se recostó contra la pared. Karen se puso junto a él y trató de recuperar a bocanadas el aire perdido en la carrera.

Ya más tranquilos, alzaron la cara y se encontraron frente a una mujer negra, gruesa, de piel curtida y cercana a los cincuenta años.

—Vida hijueputa, sólo esto faltaba, me estoy quedando ciega —dijo la negra.

Karen tembló ante la maldición de la mujer. Cachorro inspeccionó el lugar. Estaban en una casa de muros podridos, habitaciones sin puertas, ventanas sin marcos y dos patios llenos de drogadictos que se tiraban al suelo a fumar basuco.

Karen siguió a Cachorro. Tal vez estaría más segura en la calle que en ese lugar. En su bolso tenía dinero suficiente para que cualquiera de aquellos seres desahuciados pensara en matarla.

—¿Ustedes qué se robaron para que la policía se decidiera a trabajar? —dijo la negra tomando el asunto con calma.

La negra Magola manejaba buena parte de los negocios del sector y sacaba sus ganancias más importantes de aquel fumadero de basuco.

—Gracias, no sabe de la que nos salvó —dijo Cachorro.

—Ni quiero saberlo —dijo Magola.

Acercándoles sus tetas de hipopótamo, su cuerpo de levantadora de pesas y su mirada llena de hollín, la negra los tanteó para saber si eran dignos de confianza.

A pesar de la cara de aflicción de Cachorro, y de la confusión del rostro de Karen, Magola supo que eran de los suyos. Tantos años en el bajo mundo le habían afinado la percepción y jamás había dado la mano a un traidor.

Magola inspeccionó la calle por una ventanita. Al ver al mayor Carmona dando órdenes, la sangre le subió desbocada a la cabeza.

—Si el hijueputa de Carmona los persigue, lo más seguro es que ustedes son gente honrada —dijo.

Cachorro buscó en su memoria información sobre el mayor Carmona. De algo le sonaba.

—Si no quiero problemas, me toca sacarlos de aquí —dijo Magola mientras daba la espalda y empezaba a patear a unos basuqueros que se negaban a despejar el patio.

—¡Muévanlo, muévanlo!

La negra se perdió hacia el fondo de la casa. Afuera se oía bramar los motores de las motocicletas y de las patrullas. Los policías se movían con tanto frenesí que parecían operarios afeitados en armar un circo. Las sirenas no callaban, y los agentes la emprendían a gritos y golpes contra quienes no habían encontrado refugio.

Un momento después regresó Magola. Detrás de ella apareció un hombre joven que llevaba bluyines importados, camisa de seda, zapatos de charol y cadenas de oro en las muñecas y el cuello.

—Listo, todo bien encaletado, y Vargas esperando en la salida —dijo.

Magola le apretó el culo con sus manazas y lo besó en la boca.

—Tiene suerte la parejita, Claudio les consiguió transporte —rió.

Haciéndoles una señal, Claudio los condujo por los dos patios hacia la última habitación de la casa.

Era un cuarto sin ventanas, lleno de trastos viejos y con un insoportable olor a humedad.

—¡Ábrete, Sésamo! —dijo Claudio y movió un armario.

En la pared había un agujero suficiente para que cruzara una persona.

—Sigán, niños, o es que quieren que los cargue —dijo Magola al ver la cara de sorpresa de Cachorro y de Karen.

Al salir vieron un grupo de gente diferente de los desechos del patio. «Deben de ser clientes mayoristas», pensó Cachorro.

—Ahí se los dejo, papito, están bajo su responsabilidad —dijo la negra y volvió a apretarle el culo a Claudio.

—No se afane, negrita, de aquí salen sin un rasguño —respondió el muchacho.

—Qué pena con ustedes, pero este negocio tiene sus imprevistos —dijo Magola para despedirse de sus clientes.

—Le debemos una —dijo Cachorro y estiró su mano para agradecer a Magola.

—No se afane, mijo, todos estamos en la lucha —dijo la negra y aceptó el apretón de manos.

Después les mostró la inmensidad de su espalda, resopló

Caliche = el piloto

y pateó varios de los trastos que estaban tirados en el suelo antes de alcanzar la puerta de la habitación y salir.

No sabes cuánto sufrí el día que tuve que decirte que no podíamos casarnos. ¿Cómo podía justificar mi decisión? No te iba a decir la verdad. Que mi familia jamás te aceptaría, que me daba vergüenza presentarte ante mamá, que temía lo que iban a pensar mis amigos. Pero, a pesar de todos los obstáculos, cada día estaba más enamorado de ti. Cada día tenía más ganas de sacarte del Oasis, de irme a vivir contigo. Acaso no recuerdas mi cara de felicidad la noche en que esperabas mi propuesta de matrimonio. Estaba muerto de miedo pero feliz. Me sentí el hombre mejor acompañado del mundo cuando te recogí de donde tu tía para llevarte al Hotel Tequendama. Todavía recuerdo el rubor de tu cara porque entramos sin maletas por las alfombras rojas del hotel y el nerviosismo que mostraste cuando me detuve frente a la recepción y pedí una suite. Pero también recuerdo la cara de felicidad que pusiste en el momento en que la recepcionista del hotel dobló su altivez ante el brillo dorado de mi tarjeta de crédito y la euforia que tenías cuando el botones vestido de extraterrestre nos abandonó en aquella habitación espaciosa. Acariciaste con asombro el cubrelecho de la cama y la tapicería de terciopelo de las sillas que amoblaban la pequeña salita del lugar. La vista del ventanal te dejó embobada, y recuerdo que dijiste que quién iba a creer que aquel moridero que era el centro de Bogotá se pudiera ver tan bonito de noche. Pediste brandy, como siempre, Karen. «Está muy bacano este sitio, Caliche», añadiste y yo empecé a padecer al pensar en lo que iba a decirte, o mejor,

en lo que no iba a decirte. Para no sufrir más saqué el anillo que te había comprado y abrí el estuche ante tus ojos. Cuando me preguntaste si quería que nos casáramos me sentí como un gusano. Tú, que no eras tonta, supiste inmediatamente que la cosa no iba de matrimonio y toda tu alegría desapareció. Puede que no lo creas, pero fueron los peores momentos de mi vida. Yo era incapaz de cambiar mi decisión, pero sufría más que tú. No sabes lo que descansé cuando, después de tanto rogarte, logré convencerte de que te quedaras. En ese momento, yo creía en todos mis planes y en todas mis promesas. Estaba seguro de que lograría organizar mis asuntos de tal manera que pudiéramos casarnos. Creía que sólo necesitaba tiempo. Me sentí traicionado cuando dijiste: «Yo lo quiero Caliche, pero usted duda demasiado, dejemos las cosas así, enmozaados estamos bien». Me dio mucha rabia y pensé que no valía la pena rogarte, pensé en irme antes que tú. Pero tampoco pude. Cuando después de bebernos las primeras copas de brandy diste muestras de ceder un poco, volví a respirar tranquilo. «Ya que estamos aquí, al menos bañémonos», dijiste. No sabes lo importante que fue para mí que aceptaras ponerte el anillo antes que nos metiéramos en la bañera. Y cuando interrumpiste mi silencio para poner tu cara justo enfrente de la mía y decir: «Bueno, Caliche, le voy a dar una oportunidad, me voy a vivir con usted, pero no me vaya a salir con bolitas», yo volví a tocar el cielo, me sentí mejor que cuando regresé de México. Tuve ganas de llorar, quise mostrarme ante ti como el hombre débil que en realidad era. Pero preferí olvidarme de todo, y dejarme llevar por el momento. Al fin de cuentas, tú ya habías bajado la guardia y mis manos habían vuelto a encontrarse con el abismo húmedo y espumoso de tu sexo.

Ricardo Vargas era la versión perfecta de un hombre fracasado. A los cuarenta años, había sido celador, vendedor de enciclopedias, raspachín de coca en la selva, chófer de taxi, chófer de buseta y de camión, y había tenido una miscelánea, un taller de mecánica y una carnicería. A pesar de intentar cuanta manera se le ocurrió para salir de pobre, Varguitas, como le decían los amigos, era un hombre sin un peso, con una mujer gorda y gritona, y tres hijos cursando la secundaria que vivían neuróticos porque no podían vestirse a la moda.

Desesperado por las quejas de sus retoños y la cantaleta que a diario le oía a su mujer, Ricardo había aceptado hacer campaña electoral para Hernando Amézquita, un candidato a concejal. A cambio le prometieron un puesto en la administración pública de la ciudad. Durante meses, vigiló la sede desde la cual Amézquita impulsaba su candidatura. Pegó carteles en todos los muros de la ciudad, lavó y polichó el carro blindado del concejal cada sábado, podó el jardín de la casa de un cuñado de Amézquita, hizo unos trabajitos en la finca de la madre de ese cuñado, se pasó los tres últimos días de campaña sin dormir, repartiendo café, sandwiches y aguardiente a todos los seguidores del concejal, y consiguió la cuota de doscientos votos que Amézquita le pidió para tener seguro el puestico.

Fue duro, pero, por primera vez en la vida, el esfuerzo no resultó en vano. Aunque tuvo que hacer cola durante varias semanas en el despacho del concejal, y amenazar y gritar varias veces a la secretaria, al fin, había conseguido un cargo público. Era el chófer auxiliar de la alcaldía menor de los Mártires. Su trabajo consistía en repartir la agualeche que la alcaldía regalaba a los niños del Cartucho para justificar el despilfarro que ha-

cían los funcionarios de las partidas de dinero giradas por instituciones internacionales.

En la tercera visita al Cartucho, Vargas fue abordado por Magola. La negra le propuso que entrara basuco al lugar porque la policía se había vuelto demasiado ambiciosa, había subido el impuesto y el negocio ya no era rentable. Para mantener el negocio a flote, había que manejar una parte de la mercancía sin pagar porcentajes a la policía.

Vargas consultó con su mujer. Acariciándose, calcularon la cantidad de dinero que podían ganar. Pensando en lo peligroso que sería copularon como hacía años no lo graban hacerlo. Y reposando del esfuerzo, llegaron a la conclusión de que esa oportunidad no se les iba a presentar otra vez en la vida.

Al día siguiente, Vargas aceptó la oferta de Magola. Con el tiempo, su trabajo se hizo indispensable. No sólo entraba y sacaba droga del sector, sino que usaba su furgón para filtrar al Cartucho armas de calibre pesado que traficantes reconocidos querían vender sin tener que ser vistos por allí.

Esa mañana, al llegar con su pedido de siempre, Vargas vio a la policía rondando la casa de Magola. Nervioso, pensó en sus tres hijos y creyó que se había terminado la bonanza. Una señal de Claudio, el amante de la negra, lo tranquilizó.

Amarró el miedo, movió el carro y se estacionó a esperar órdenes. Tal vez, con esa confusión, se ganaba un dinero extra.

Y se lo ganó. Simulando que tenía que ordenar las cajas de leche, removi6 la lámina que camuflaba el doble fondo del furg6n, subi6 a los clientes de Magola, a Cachorro y a Karen. Después, volvi6 a tapar la caleta, acomod6 las cajas, escuch6 las instrucciones de Claudio y puso en marcha el motor del veh6culo.

—¿Para dónde cree que va? —le preguntó un policía cuando trató de salir de la calle.

—¿No ve?, a repartir jugo de ubre —contestó.

El policía se quedó mirándolo con desconfianza.

—Nos toca revisar —dijo el agente que lo había detenido.

Vargas se bajó, abrió la puerta del furgón y esperó a que los policías revisaran. No lo hicieron muy minuciosamente. El olor a leche podrida los espantó.

—Pase, y mire a ver si lava ese trasto. ¡Antes no se intoxican esos niños! —dijo el agente.

Vargas encendió el motor y arrancó. Mientras buscaba la Carrera Décima rió para sí. Se sentía feliz y satisfecho de saber que un hombre insignificante como él le había arrancado de las manos unas presas al conocido y sanguinario mayor Carmona.

Tú y yo no pasamos por la iglesia, pero el viaje que hicimos a Cartagena fue nuestra luna de miel. No podrás negar que me porté bien. Te llevé al hotel más caro de la ciudad. Buena piscina, otra suite y una vista preciosa al mar. Quiero que sepas que a pesar del nerviosismo que mostré esos días, jamás fui tan feliz. Todavía recuerdo nuestros paseos por Bocagrande, el sabor del pescado que comíamos en los restaurantes de la playa y la alegría que iluminaba tu cara cuando salíamos de compras. Nunca podré olvidar cómo con el calor se nos despertó la arrechera y cómo culiábamos y culiábamos de día y de noche hasta que el hambre y la falta de fuerzas nos hacían salir. Cuánto gocé de ti, cuánto me diste. Todavía peleabas porque no nos habíamos casado, pero nunca te vi tan feliz. Andabas todo el día desnuda

por el cuarto, te echabas en la alfombra para que te poseyera y no permitías que me alejara ni un segundo de tu lado. Por la noche me obligabas a ir a la Escollera para gastar los restos de energía bailando salsa. Me hiciste comprar una grabadora y unos casetes de Diomedes Díaz para que bailáramos vallenatos en la habitación del hotel, te dedicaste a arreglarme la uñas, a cuidarme el pelo, a bañarme y a sacarme promesas para la eternidad. Que te iba a ayudar a estudiar, que después te iba a presentar a mi familia, que me iba a reconciliar con mi padre, que iba a dejar los malos negocios, que nada de vicios, ni siquiera trago. Me hiciste prometer toda clase de cosas mientras me mantenías hipnotizado por la presencia constante de tu carne. Aquellas noches, cuando me pedías perdón por no haberme esperado, por haberte prostituido, sentía que podía dejar atrás mis prejuicios y en verdad casarme contigo. Y cuando el último día, ante esa luna que iluminaba el mar, me dijiste que era el mejor hombre del mundo, el único capaz de comprender tus errores, el único al que confiarías tu propia vida, alcancé a pensar que las cosas tendrían futuro y que la vida nos iba a dar la oportunidad de envejecer juntos.

Vargas no los alejó mucho del Cartucho. Los subió por la calle Sexta y los bajó del furgón en un potrero que servía de límite entre la urbanización Nueva Santa Fe de Bogotá y las casas, también enfermas, del tradicional y peligroso barrio de Las Cruces.

Una vez en tierra, Karen abrazó a Cachorro para celebrar y agradecer la huida. Cachorro se dejó abrazar, pero cuando sintió que la euforia de Karen menguaba, se soltó.

—Dejemos la celebración para cuando recojamos el maletín.

—¿Qué?

—Como oyó, toca ir rápido por el maletín —repitió Cachorro.

—¿Usted es güevón o qué? Mírese, con esa facha y Carmo-
na buscándolo por todo el centro, da un solo paso hacia el Par-
que Central y termina muerto.

La afirmación incomodó a Cachorro. Pero la blusa y el ca-
bello de Karen sucios y ensangrentados lo convencieron de que
ella tenía razón. Debía al menos cambiarse de ropas antes de
acercarse a su maletín. Recordó que estaba cerca de la casa de su
cuñado. En lugar de sentirse más seguro, sintió miedo. El mari-
do de su hermana era un tacaño y reaccionaba con intransigen-
cia cada vez que alguno de los chóferes chocaba un taxi o se
veía metido en un problema. Con tal de lavarse las manos, su
cuñado lo entregaría a la policía.

—La única es ir donde Gordobriel —dijo Cachorro.

—Para esa gracia nos metemos directo en el parque —repli-
có Karen.

—Y entonces, ¿adónde vamos? —alzó la voz Cachorro.

—Vámonos para donde mi tía Beatriz.

El taxista hizo una mueca de asco. No conocía a la tía, pero
Karen llevaba meses hablándole mal de ella.

La tía Beatriz era viuda de un policía muerto en un retén
guerrillero y heredera de una pensión miserable que sólo le al-
canzaba para alimentarse los diez primeros días del mes. En su
casa solía dormir Karen desde su llegada a Bogotá.

—¿No se le ocurre alguien que la quiera? —preguntó Ca-
chorro.

—Si quiere vamos donde su cuñado, como a usted el hom-
bre lo adora...

Minutos después, Cachorro viajaba junto a Karen en un
viejo coche de transporte colectivo. El olor a ambientador bara-
to, a sudor y a gasolina despertaron aún más la desesperación
de Cachorro. Miró su reloj y pensó que se estaba alejando de-
masiado del maletín.

Deprimido, ayudó a bajar a Karen en Villa de los Alpes. Vi-
gilados por la mirada indiscreta de una tendera, cruzaron el
pastizal de un metro cuadrado que hacía las veces de antejardín
y llegaron a la puerta del pequeño cajón de ladrillo que servía de
hogar a la tía Beatriz.

—Al fin se acordó de la familia —dijo la tía Beatriz cuando
abrió la puerta.

Confiada por la tranquilidad que aparentaba la tía, Ka-
ren dio un paso adelante para que Cachorro entrara. La tía
Beatriz alzó la mirada y vio a un hombre con cara de diablo
flaco, ropas ensangrentadas y brazo vendado tapando el
chorro de luz que durante un corto instante atravesó la
puerta.

Asustada, pensó en las advertencias de su sacerdote, y re-
cordó que durante la última confesión la había recriminado
muy fuerte por servirle de celestina a su sobrina.

—A mi hogar no entran hombres —dijo.

—Es un amigo herido, tía, necesita ayuda.

Pero a la tía Beatriz la soledad, la envidia y los remordi-
mientos tostados constantemente en el sartén de su cabeza no le
dejaban espacio para indulgencias ni para concesiones.

—¡Ah no, Karen!, bastante tengo con soportar esa vida pe-

caminosa que usted lleva para involucrarme en los problemas de sus amigos.

—Por favor, tía, nos cambiamos de ropa y nos vamos.

La tía Beatriz ya no la escuchaba. Aturdida por el ladrido de su conciencia se atravesó en la puerta para evitar que Cachorro entrara.

—Yo también vivo aquí —dijo Karen mientras empujaba a su tía y arrastraba a Cachorro de un brazo para que la siguiera.

Al verse desautorizada frente a un extraño, la tía Beatriz sintió la sangre en estampida y perdió el control.

—Lárguese de mi casa, Karen —gritó.

Karen cogió a Cachorro de la mano y subió las escaleras con él. La tía Beatriz cogió un palo de escoba y corrió tras ellos. Se lanzó como un portero de fútbol contra la puerta de la habitación de Karen, pero no alcanzó a evitar que se encerraran.

—¡Herejes, pecadores, respeten mi casa! —gritó mientras golpeaba la puerta con el palo.

—Alguien tiene que decirle a esa vieja que no vinimos a cular —dijo Cachorro, enfurecido por el escándalo.

—Es maricada hablarle, cada vez que le da rabia no hay poder humano ni divino que la calme —dijo Karen.

—¡Maldita!, abusa de mí porque no tengo un hombre que me proteja. Pero va a ver, Karen, va a ver, el cielo la va a castigar —gritaba la tía Beatriz.

Siguió gritando con tanta rabia y de un modo tan desordenado que los insultos empezaron a sonar ridículos. Al oír las risas que salían de la habitación la tía intentó subir el tono, pero no pudo. Ya no tenía suficiente saliva, la garganta se le apretó y la lengua se le convirtió en una piedra seca entre la boca.

—Me las van a pagar —amenazó.

El portazo que dio antes de salir de la casa tranquilizó a Karen, que cerró la cortina del cuarto y empezó a desvestirse. Cachorro se sentó en la cama y alzó la cara para espiar a Karen. Sin ropa y desmontada de sus tacones, la mujer perdía su altivez, pero adquiriría un aspecto más provocativo.

Karen alistó unos pantys, un desodorante, el protector que le había mostrado a Sarmiento, un cepillo de dientes y un peine. Con sus útiles de aseo en la mano, fue hacia Cachorro y le besó el brazo herido.

El hombre se sobresaltó. Karen le sonrió y caminó hacia la puerta meciendo el trasero, con la certeza de que Cachorro pasaría saliva al mirarlo.

—¿Se va a pelear en pelota con esa bruja? —preguntó Cachorro.

—La bruja se fue.

—Entonces, ¿adónde va?

—A ducharme.

—¿Qué le pasa, Karen?, no ve que tenemos afán.

Karen, que necesitaba enjuagarse y oler a champú, no lo escuchó. Atravesó el corredor, entró en el baño y se metió en la ducha.

—Vámonos, Karen, no podemos perder más tiempo —dijo Cachorro siguiéndola.

—Ay, Cachorrito, no me demoro ni cinco minutos —contestó Karen.

Cachorro se resignó a esperar. Entró en el baño, abrió el grifo del agua y se agachó sobre el lavamanos.

—Dúchese, no se demora ni cinco minutos —dijo ella.

Cachorro se quitó el pantalón y se metió en la ducha.

Cuando lo tuvo bajo el agua, Karen empezó a jabonarlo.

—Apúrese, Karen, no tenemos tiempo para meloserías —dijo Cachorro porque sabía que si se dejaba excitar allí perdería toda la mañana.

Karen no lo escuchó. Empezó a jugar, a acorralarlo contra las paredes del estrecho baño, a hacerlo tropezar con la magnitud de sus caderas y a acariciarlo.

Entusiasmado con los roces y los apretones, Cachorro le apretó las nalgas.

—No me toque así, ¿no ve que usted está enamorado de Patricia? —dijo Karen.

—¡Qué Patricia ni qué nada! —dijo Cachorro.

Empezaba a besarla, cuando oyó que abrían la puerta.

—Asómese a ver quién es —dijo Karen, desilusionada.

Cachorro obedeció y vio la figura gorda de la tía Beatriz entrar a la casa acompañada de un policía.

—¡Marica!, su tía y viene con un tombo.

Salieron corriendo de la ducha y se metieron en la habitación. Estaban semidesnudos cuando el policía forzó la puerta.

—¿Desde cuándo puede entrar en la habitación de una mujer sin una autorización? —dijo Karen.

—La casa es mía, yo lo autorizo —dijo la tía.

—Pues esta habitación es alquilada y aquí usted no tiene ningún derecho.

—¿Que no tengo derechos en mi casa?, ¡maldita!, ¡perra! —dijo la tía Beatriz y se lanzó sobre Karen.

Karen se agarró del pelo de su tía y las dos rodaron por el suelo. Cachorro y el agente no tuvieron otra opción que inten-

tar controlarlas. Arañados, colorados y resoplando más fuerte que las mujeres, consiguieron separarlas.

—¡Beata, muerta de hambre! —gritó Karen cuando recobró el aliento.

—Mentirosa, puta, ya verá que nuestro señor Jesucristo la va a castigar —respondió la tía.

—Prefiero ser puta que amargada —se defendió Karen.

—Pues no viva más en la casa de una amargada —dijo la tía Beatriz y, aprovechando que Karen tenía un montón de ropa sobre la cama, empezó a tirarla por la ventana.

—O se calman, o me los llevo a todos a la cárcel —dijo el policía enfurecido porque en el forcejeo le habían reventado la nariz.

—Vamos, Karen —dijo Cachorro y la soltó.

Al ver el camino libre, Karen se lanzó otra vez contra su tía. Cachorro alcanzó a retenerla y la arrastró por la escalera.

El policía los siguió.

—No es necesario que nos amenace, ya nos vamos —dijo Cachorro.

En el antejardín, Karen se agachó a recoger su ropa.

—Deje eso ahí, tenemos de sobra para comprar ropa nueva —le dijo Cachorro al oído.

Karen soltó la ropa.

—Voy con ustedes, quiero poner la denuncia —dijo la tía alcanzándolos.

—No, señora, de aquí en adelante me encargo yo —dijo el agente.

—Tengo derecho a testificar —dijo la tía.

—Por favor, señora, si le digo que yo me encargo, es porque

¡yo me encargo! —repitió el policía limpiándose la sangre de la nariz.

—No, señor, tengo derecho a comprobar que se me hará justicia. Mi marido ofrendó la vida por cuidar el orden de este país, y yo debo guardar su memoria.

—Vuelva a su casa, señora, o la voy a arrestar por desacato a la autoridad —dijo el policía poniendo la mano sobre la culata del revólver.

Asustada, la tía Beatriz regresó a su casa, aseguró la puerta y abrió la ventana.

—Por eso los matan, corrupto, ¡alcahuete! —gritó.

Cuando doblaron la esquina, el policía guardó el revólver, pero apretó con fuerza el brazo de Cachorro. De este modo, le hizo saber que él era el elegido para pagar la forma vulgar e irrespetuosa como lo había tratado la dueña de casa.

Esto nunca te lo conté porque me dio vergüenza. Pero aquella vez que me convenciste de que fuera a visitar a mi mamá, al contrario de lo que te dije, las cosas salieron mal. Llegué a la casa como a las once y ya estaban durmiendo. Vi la luces apagadas, el orden del antejardín y la pulcritud con que estaba decorada la fachada y me dieron ganas de volverme. Dudaba todavía si tocar el timbre, cuando pasaron dos carros y empezaron a pitar. Caliche, maricón, milagro de verlo. Más tardaron los viejos amigos en armar el escándalo que la luz de la habitación de mis papás en encenderse. Creo que alcancé a oír el salto que dio mi madre en la cama, la forma precipitada en que bajó las escaleras y la firmeza con que quitó los seguros y abrió la

puerta para salir a abrazarme. Los manes con que me habían encontrado la vieron salir con tal afán y alegría que volvieron a subirse a los carros y se despidieron. La vieja salió llorando, corrió por el jardín y me abrazó. Yo quedé ahí, atrapado, confundido, otra vez tembloroso, y me arrepentí de no haberme fumado aunque fuera un bareto antes de meterme en brazos de mi madre. Cuando entendí que ya no había vuelta atrás, respondí a su euforia. Que más, vieja, y las lágrimas de ella y las lágrimas mías mojaron mi mejilla. La casa estaba igual, siempre tan ordenada, tan limpia, no habían cambiado ni la disposición de los muebles. Mi hermana también se levantó, la vi hermosa, y por un momento recordé que me había acostado con muchas mujeres tan lindas como ella, con ese mismo cuerpo bien torneado, con esa misma piel acanelada, con esos mismos ojos negros y con ese mismo cabello profundamente negro. Ella también lloró y me abrazó. Después entramos a la cocina y me dieron algo de comer. Mientras cocinaban, pudimos reírnos, acordarnos de nuestra vida anterior. Sin embargo, la felicidad se volvió tristeza cuando mi madre puso el plato de sancocho en la mesa. Ahora sí, cuéntanos qué has hecho estos tres años. Otra vez anhelé un baretico, un poco de ayuda para poder mentir sin remordimientos. Un poco de todo, he sido hasta mecánico de aviones. Mi madre pasó saliva al oírme, pensé que sería imposible mentirle, que algo sabría. Mi hermana, como siempre, sacó el culo. «Bueno, ahí los dejo, ahora hablamos, Carlitos.» La vi irse, salir de la cocina, y seguí comiendo en silencio. No sabía cómo enfrentarme con mi madre; durante todo ese tiempo había inventado y vuelto a inventar historias y más historias, pero me quedé callado, fui incapaz de engañarla. Fue entonces cuando

escuché el motor de un carro apagarse frente a la casa. Era mi padre, como todos los viernes había estado hasta tarde en el club militar y apenas regresaba. Mi madre se levantó y espió por la ventana. «Viene borracho.» Me atraganté al oírla. Mejor que no me vea. Otro día hablaré con él. Mi madre me dijo que permaneciera sentado y fue a abrirle. El viejo entró cantando. México lindo y querido. Lo oí moverse por la sala y pensé: «Será mejor que me esconda». Pero en ese mismo momento se me rebotó la rebeldía, qué va, por qué me voy a esconder, si entra a la cocina pues que me vea. Tengo dolor de cabeza. «Sube a acostarte, ya te subo una pastilla», dijo mi madre. Sin embargo, el viejo no le hizo caso: «Mejor me tomo otra cerveza», y caminó hacia la cocina. Mi madre no dijo nada, tal vez ella pensó que yo me había escondido, pero el viejo me encontró tomando el último sorbo de sopa. Quedó mudo. Se le pasó la borrachera. «Hola, papá.» El viejo no contestó, siguió mirándome mientras mi mamá aparecía a su espalda. «No quiero verte aquí», dijo el viejo. Yo sentí que él no quería decirlo, pero lo dijo y me enverraqué. «Ya me voy, sólo vine a visitar a mi mamá.» El viejo sintió que lo retaba de nuevo y me dijo: «Mejor que apareció, porque he oído ciertos rumores y quiero aclararlos». «Jorge, por favor», dijo mi madre. «¿Desde cuándo los militares se dedican a chismosear?», le contesté. El hombre alzó la voz: «Ningún hijo mío se va a dedicar al crimen y si quiere hacerlo tiene que pasar por encima de mi cadáver». «Aquí el criminal es usted, que permitía las masacres en Urabá.» «No deja lo altanero, güevoncito, pues todavía es mi hijo, todavía lo puedo enderezar», dijo tratando de darme un puñetazo. «Pues ya no», le dije dándole un empujón que lo dejó sentado en las

baldosas del suelo de la cocina. «Lo mío está hecho y sepa que en estos tres años he ganado mucho más dinero que el que usted ha ganado lambiendo el culo de sargentos, tenientes, coroneles y generales en sus cuarenta años de carrera militar. Usted lo único que es, es un asesino —le grité—, si es tan varón, tan disciplinado, tan defensor de la ley, denúnciame, hijueputa, vaya a lamber el culo de nuevo a sus patronos y denuncie a su propio hijo. Faltón.»

El agente que los sacó de la casa de la tía Beatriz emprendió la marcha hacia la estación de policía con paso firme y decidido, pero un par de calles adelante aminoró el paso. Un cruce de palabras fue suficiente para que Cachorro se enterara de que el hombre podía dejarlos libres a cambio de algo de dinero. Diez mil pesos bastaron para cerrar el negocio.

A pesar de que la profesión de taxista lo había convertido en experto en sobornos, Cachorro sólo se tranquilizó al ver perderse el uniforme verde por una de la callejuelas de Villa de los Alpes. Unos metros atrás había sufrido un trance angustioso cuando Karen intentó contar toda la historia al agente. Con muecas, gritos y maromas logró detenerla, pero le quedó entre la piel una empalagosa sensación de inseguridad.

Para no tener una discusión con Karen, Cachorro evitó mirarla y detuvo el primer taxi que apareció.

—¿Nos lleva al Parque Central Bavaria? —preguntó.

—¡Claro!, ni que estuviéramos bravos —respondió el taxista.

Cachorro abrió la puerta y empujó a Karen, pero ella no se movió ni un centímetro. Cachorro insistió. Karen taconeó y se afirmó más en el suelo.

—¿Qué pasa, mamita, no le gustó el carrito? —dijo el taxista.

Karen respondió cerrando la puerta de un golpe.

—Pónganse de acuerdo, pendejos, ¡así serán en la cama! —gritó el taxista, enfurecido, antes de irse.

La frase del chófer divirtió a un grupo de personas que esperaban bus en la misma acera, y puso nervioso a Cachorro.

—¿Puedo saber cuál es la joda?

Karen lo miró con rabia.

—No voy a ningún parque, no quiero que me maten por su culpa.

—¿Entonces?

—Quiero ir a demostrar que soy inocente.

—Quiere que nos entreguemos a la policía, igual nos matan —dijo Cachorro entre dientes porque no quería seguir llamando la atención de los curiosos.

—¡No, a la policía no!, vamos a la fiscalía —gritó Karen.

—¡Ésos son los mismos! —dijo Cachorro todavía tratando de disimular.

—¡No! ¡Ahora no!, ahora hasta dan recompensas por información —insistió Karen, casi tartamudeando de la rabia.

—Usted sí se deja enredar por las propagandas de la televisión. No ve que las recompensas las dan en plomo. ¿O ya se olvidó de Claudia?

La pregunta estremeció a Karen. Claudia, una chica del Oasis, había sido asesinada días después de entregar a su novio, un paisa que trabajaba como secuestrador. Las autoridades dijeron que fue venganza de los compinches del hombre, pero todo el

mundo sabía que fueron los policías encargados de su custodia para robarle la plata de la recompensa.

—Alguien tendrá que creer que somos inocentes —dijo Karen.

—Inocentes somos si entregamos el maletín —dijo Cachorro.

—Si tanto le importa la plata aquí tiene más —dijo Karen y sacó los billetes que llevaba en el bolso y los arrojó al suelo.

Después se dio vuelta y echó a caminar.

Ante la mirada entre asombrada y codiciosa de los transeúntes, Cachorro recogió el dinero y echó a correr detrás de Karen.

—Pero, Karen, ¿qué le pasa?

Karen no contestó y él la agarró del brazo. Ella se sacudió para soltarse y, como no lo consiguió, alzó el bolso y empezó a golpear a Cachorro. El taxista la soltó, acomodó el cuerpo y levantó el brazo sano para responder el ataque.

—Atrévase y no tendrá que ir al centro a que lo maten —dijo Karen, desafiante.

Cachorro prefirió detener el ataque.

Karen aprovechó la duda de Cachorro, y echó a correr.

Cachorro volvió a seguirla. Se sentía ridículo pero no sabía qué más hacer. Estaba a punto de desfallecer cuando Karen enredó uno de los tacones entre la rejilla de una alcantarilla y cayó de bruces. Cachorro aprovechó, se acercó y le ayudó a distraer el tacón.

—¿Si ve?, ¡por su culpa me tiré los zapatos! —dijo Karen con la voz quebrada.

—Por qué no se tranquiliza y hablamos —contestó Cachorro.

Gimen de Claudia

Asesinada por colaborar con la ley.

Karen se sentó sobre la acera.

—Usted me tiene defraudada, Cachorro. Nos han dado plomo dos veces, nos han perseguido, nos metimos en la calle del Cartucho y volvimos a salvarnos de milagro, armamos un escándalo en la casa de mi tía y casi nos coge otra vez la policía y a usted lo único que se le ocurre es seguir corriendo detrás de ese puto maletín —dijo con la lengua convertida en una mezcladora de palabras.

• Cachorro la dejó hablar; un amigo le había enseñado que cuanto más hablaba la gente, más débil se hacía.

—No, Cachorro, a mí sí me gusta la plata, pero no quiero sentir a todas horas que me van a matar. Estoy asustada, muy asustada —dijo alargando la voz mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Cachorro se acurrucó, aprisionó la cabellera de Karen entre sus manos, pegó su frente a la de ella y la dejó llorar. Sintió pesar, pero no el suficiente para compadecerla, más bien se descubrió incómodo por la debilidad que Karen estaba mostrando.

—Perdóneme, Karen, no crea que no comprendo su miedo, ¿no ve que a mí también han estado a punto de matarme? Yo también estoy asustado. Sin embargo, mientras más lo pienso más me convengo de que nadie va a creer que no tuvimos que ver nada con los muertos. Tenemos que ser prácticos, Karen. Si queremos descansar y estar tranquilos, debemos coger el maletín y largarnos bien lejos.

—No, Cachorro, yo no vuelvo a buscar ese maletín por nada del mundo —dijo Karen.

—Vamos, Karen, acuérdesese de todo lo que hablamos ano-

che, no vale la pena que abandone ahora. Juntos nos metimos en esto, sigamos juntos —dijo Cachorro.

Karen se sintió halagada por las palabras de Cachorro, pero aún tenía demasiado miedo para seguirlo.

—¿Sabe qué?

—¿Qué? —preguntó Cachorro entusiasmado al ver que el rostro de Karen empezaba a recomponerse.

—Estamos cerca de la iglesia del Divino Niño, ¿por qué no me acompaña y vamos a rezar un momento?

Cachorro lo dudó, pero pensó que si Karen se tranquilizaba un poco, sería más fácil convencerla de que lo acompañara.

Caminaron unas pocas calles, cruzaron como peregrinos la plaza adoquinada del Veinte de Julio y entraron en el templo.

La iglesia estaba llena de luz y aunque era desproporcionada a causa de las frecuentes ampliaciones, tenía unas bonitas paredes de ladrillo y una decoración sencilla que la hacía amable.

Arrodillada, Karen lloró por fin con tranquilidad, recordó las palabras piadosas de su abuelita e invocó al Divino Niño para que le diera fuerzas. Sin embargo, cuanto más rezaba, más pensaba que Cachorro tenía razón. Nada les garantizaba un futuro mejor si se entregaban a las autoridades.

Sentado detrás de ella, Cachorro miraba el reloj.

—¿Listo? —preguntó cuando vio que ella estaba más tranquila.

—La verdad, no sé —dijo Karen—, a estas horas ese sitio debe de estar lleno de tombos.

—Entonces, ¿me va a faltoniar?

Karen no encontraba en las palabras y en la actitud de Cachorro algo que realmente la animara a ir por el maletín.

—¿No cree que en ese maletín usted y yo tenemos una oportunidad?

Karen se confundió por el tono de Cachorro.

—Vamos por ese billete, cuando lo tengamos podemos largarnos lejos, empezar una nueva vida —añadió Cachorro.

—¿Cómo así? —preguntó ella cada vez más confundida.

—¿No cree, Karen, que con ese billete usted y yo podríamos pensar en vivir juntos? —se atrevió a decir Cachorro.

A Karen se le atragantó la respuesta. Había pensado todas las propuestas posibles y había preparado todas las negaciones posibles, pero jamás imaginó que Cachorro quisiera usar la plata del maletín para vivir con ella y menos que tuviera el atrevimiento de proponérselo dentro de la iglesia del Veinte de Julio.

Viéndola atragantada con su ofrecimiento, Cachorro reforzó la oferta.

—Recuperemos el maletín y tendremos el camino abierto para ser felices.

Karen trastabilló y miró la imagen del Divino Niño con la certeza de que Cachorro mentía. Sin embargo, la cara de desamparo del taxista le cerró el paso a la iluminación divina. La ilusión de tenerlo tan sólo para ella caminó por sus manos, le erizó todos los vellos del cuerpo y le llegó saltando hasta el último rincón del corazón.

—¿Y también piensa llevarse a Patricia?

—Patricia es el pasado —se apresuró a decir Cachorro apretando la garganta para que no le titubeara la voz.

—¿El pasado?

—Sí, anoche, cuando usted me salvó la vida, supe que lo de Patricia es una ilusión. Lo suyo es real, usted me quiere de ver-

dad, y yo no soy tonto, Karen, anoche me di cuenta de que llevo todos estos meses perdiendo el tiempo.

—¿Verdad? ¿Quiere que nos casemos? —preguntó Karen.

Cachorro se estremeció cuando Karen habló de matrimonio. Ni siquiera se le había ocurrido esa palabra. Pero ya había abierto la boca y lo único que podía hacer era seguir adelante.

—¡Claro! —dijo

Tratando de encontrarle la mentira, Karen se sumergió en la mirada de Cachorro. Pero Cachorro estaba decidido a seguir adelante para recuperar los dos millones de dólares del maletín y esa pasión fue lo único que Karen encontró en sus ojos.

Karen no resistió más. Se le tiró encima y, abrazándolo, empezó a llorar. Cachorro la apretó con fuerza para intentar calmar el remordimiento que ya empezaba a corroerlo.

—Vamos —dijo.

Karen se levantó, se echó la bendición y salió detrás de él. Cachorro le rodeó el hombro con su brazo, le entregó el fajo de billetes para que volviera a guardarlo en su bolso y después de salir de la iglesia, detuvo otro taxi.

—Llévenos al Parque Central Bavaria —dijo Karen.

Y esta vez, no sólo se subió, sino que fue ella quien aseguró con firmeza la puerta del automóvil.

Hasta ahora lo entiendo, pero de todo lo que viví contigo, lo más jodido fue el aborto. Aquella mañana, cuando te levantaste poniéndome cara de dulzura y dijiste: «Papi, te tengo una noticia», pensé que habías comprado unos muebles nuevos y que tratabas de decirlo sin que me fuera a molestar. También pensé

que querías contarme algo sobre tu abuelita o algún chisme del edificio donde vivíamos. Mejor dicho, todo se me ocurrió, menos que ibas a decirme que estabas embarazada. Quedé asombrado, ni dos meses viviendo juntos y ya estabas embarazada. Si te miré con cara de sorpresa y te pregunté que entonces para qué putas te había llevado al médico y te había comprado los anti-conceptivos, fue porque no encontré otra cosa que decir. Jamás pensé que el asunto fuera tan importante para ti. Y cuando me respondiste como si nada: «No sé qué pasó, quedé embarazada», me pareció tan absurdo que se me subió la sangre a la cabeza y me dominó la rabia. Tal vez tú no tenías la culpa, tal vez estabas muerta de ganas de tener un hijo mío y ésa fue la única manera que encontraste de pedírmelo; pero, para esa época, yo tenía demasiados problemas y demasiado miedo. ¿Cómo se te ocurre, si apenas puedo venir a verte una o dos veces al mes? ¿Quién va a criar ese niño? ¿Ya se te olvidó que habíamos acordado que te pondrías a estudiar, que terminarías el bachillerato y harías una carrerita antes de tener hijos? Pero ¿qué estás pensando? Después vi tu cara sorprendida y me quedé callado, esperando que respondieras como una fiera. Como eras tan jodida y uno no podía ni hablarte porque contestabas con violencia... Pero no, Karen. Te pusiste pálida, me miraste con asombro y te pusiste a llorar. Perdóname que no te haya consolado. La verdad, te miraba desesperado y no sabía qué hacer. La cabeza me daba muchas vueltas, hasta pensé que no importaba, que era rico tener un hijo. Pero en lugar de decírtelo, me asusté y decidí que debía actuar de una vez o el problema no tendría remedio. Entonces te lo planteé, te hablé del aborto. Te dije que tuvieras paciencia, que pronto me iba a retirar del narcotráfico y pensa-

ba dedicarme a la familia, que si te esperabas un par de años tendríamos más estabilidad y podríamos pensar en niños. Te dije que me entendieras, que no me dieras esa carga en ese momento. Tú seguías llorando sin decir nada y yo ni siquiera imaginaba que con esas palabras me estaba alejando para siempre de ti. Con lo apresurado que vivía, ¿cómo iba a saberlo? Cuando te paraste delante de mí y preguntaste si te amaba, pensé que ibas a enfrentarte a mi decisión. «Claro que sí, por eso estamos viviendo juntos», te contesté con temor. Entonces, bueno, si quieres que aborte, aborto. En ese momento volví a dudar, sentí ganas de echarme para atrás, pero me dio miedo comprometerme demasiado contigo. Todavía recuerdo tu cara de tristeza cuando íbamos en el taxi. El taxista nos miraba, seguro que asociaba nuestro estado de ánimo y la dirección que le habíamos dado y lo imaginaba todo. Nos dejó en la esquina de la Caracas con 34 y recuerdo que antes de arrancar se persignó. A ti te dio rabia y echaste a caminar. ¿Dónde será mejor? Con tantas casas dedicadas a practicar abortos, era fácil confundirse. Que Centro de Orientación de la Mujer, que Asesores Ginecológicos, que Centro Médico el Divino Creador. Jodido. Tú misma decidiste y terminamos haciendo lo que hace toda la gente, entramos al centro más grande y con la fachada más bonita. No sé si te acuerdas, pero la belleza era exterior. Adentro había un montón de hembras solas, porque a la hora del aborto los manes sacan el cuerpo, y todo el mundo como en un velorio, haciendo turno para una asesoría psicológica que no era sino un interrogatorio para asegurarse de que las mujeres no iban a arrepentirse y a salir del lugar a contarle la verdad a la policía. Después, la consulta con el especialista. «¿Está mala, mi señora? Pase a la salita del fon-

do y miramos por qué trae esa hemorragia.» Fue muy duro verte dudar antes de seguir al médico, sentir la forma como me mirabas pidiéndome fuerzas. Por qué no te rebelaste, por qué en ese momento no tuviste la altanería y el arrojo que siempre mostraste en el Oasis. Yo no tenía fuerzas para evitarlo y pensé que si tú lo hacías era porque estabas bien decidida. Al fin soltaste mi mano y cuando te vi meterte detrás de la mampara para desnudarte y vi que te habías puesto ese camisón de hospital me sentí fuera de lugar y quise salir corriendo. Por eso me paré de la silla, te di aquel beso rápido y, a pesar de la expresión de abandono que tenía tu rostro, te dije: «Mejor te espero afuera, amor».

El Parque Central Bavaria nació del intento de convertir una fábrica abandonada que cubría varias manzanas del centro de Bogotá en un conjunto de apartamentos y comercios de lujo. Pero fue un intento tardío. Para cuando se empezó a construir (la inseguridad del sector era legendaria) y era imposible encontrar inversores que ayudaran a sacar adelante el proyecto. Así que la obra donde Karen y Cachorro habían escondido el maletín marchaba con lentitud y se había convertido en una nueva señal de abandono entre las muchas que mostraba la zona.

Al bajarse del taxi, Karen y Cachorro sólo vieron una callejuela atiborrada de materiales de construcción, un largo vallado metálico con la pintura deteriorada y una estructura de concreto contra la que el sol del mediodía, el sol que precede los grandes aguaceros bogotanos, pegaba tan fuerte que daba más el aspecto de estar a punto de derrumbarse que de ser el inicio de una ciudad nueva.

—Primero de lejitos —dijo Karen cuando vio que Cachorro no tomaba suficientes precauciones para acercarse.

En ese momento se abrió el portón improvisado que cerraba la construcción y salió un tropel de obreros. Cachorro inspeccionó el lugar. Junto a la entrada permanecía el taxi. De día, y con toda su musculatura destruida, el auto lo impresionó. Sin embargo, mantuvo el optimismo y pensó que si se había salvado de morir entre esa carcasa era porque le esperaba un futuro de prosperidad.

—Llegamos a buena hora, el almuerzo es sagrado para los albañiles y no debe de haber nadie adentro —dijo Cachorro y caminó en dirección a la construcción.

Karen no creyó en la afirmación del hombre, pero lo siguió. Cachorro se acercó y no pudo evitar la curiosidad de examinar el taxi. Veía el hueco dejado por una bala en el guardabarros del auto, cuando una grúa dobló por la esquina de la Carrera Trece. Cachorro se volvió a mirar y descubrió que era el cojo Ovidio, su cuñado.

Asustado, agarró a Karen del vestido y se escondió detrás del taxi.

—Mire cómo me dejó el carrito ese maricón —dijo Ovidio mientras se bajaba de la grúa.

—Se lo he dicho, patrón, lo peor es darle la mano a la familia —dijo el conductor.

Ovidio hizo una mueca de aprobación y caminó hacia los restos del taxi.

—Me va a tocar pegarle un empujón a ese maldito cojo —dijo Cachorro.

Karen asintió con la cabeza y empezó a preparar sus fuerzas

para seguir a Cachorro, cuando una camioneta blindada asomó por el comienzo de la calle.

—Mayor, tan puntual como siempre —dijo el cojo al ver bajar a Carmona del vehículo.

—El trabajo es sagrado —dijo Carmona y apretó la mano de Ovidio.

Cachorro y Karen se sintieron perdidos. Apenas había espacio entre la pared que encerraba la construcción y el taxi. Estaban a más de veinte metros de la entrada a la obra y, aparte de la estructura de hormigón, no existía otro sitio donde esconderse sin pasar enfrente de Ovidio, del mayor y de sus acompañantes.

—¿Por qué será que sus carros siempre están metidos en problemas? —preguntó Carmona recostándose contra el taxi.

—Hombre, es que ya no se puede confiar ni en la familia —dijo el Cojo.

—No sé qué hacer, don Ovidio. Usted es un buen hombre, pero vive tan mal rodeado —replicó Carmona en un tono de voz paternal.

—No me diga que me va a confiscar el carrito —protestó el Cojo.

—Pero ¿qué hacemos?, la ley es jodida, pero es la ley —afirmó el mayor mientras fijaba su mirada en los ojos pequeños y redondos de Ovidio.

—Algo se podrá hacer, mayor. Usted y yo siempre nos hemos entendido —suplicó el hombre, evadiendo la mirada de Carmona.

—Pues esta vez lo veo difícil. Este carro está implicado en la muerte de dos policías. Lo cierto es que vine a hablar con usted

porque tengo una propuesta que hacerle —añadió el mayor mientras comprobaba que el chófer y el hombre de la grúa estaban lo suficientemente lejos como para hablar tranquilo con Ovidio.

—Usted dirá, mi mayor —dijo el cojo mientras se rascaba la cabeza.

—La única salida que existe para evitarnos problemas con este asunto es que nos entregue a su cuñado.

—Pero, mi mayor, si yo supiera dónde está ese hijueputa ya se lo habría dicho. No crea que no le tengo ganas; así solucionaríamos un problema usted, yo y mi mujer —dijo Ovidio.

—Pues es mi única oferta —finalizó Carmona mientras hacía una señal al agente que lo acompañaba para que se acercara.

El tono de las palabras y la señal de Carmona fueron suficientes para que Ovidio entendiera que la conversación había finalizado y que había perdido el viaje de la grúa. Decepcionado y sin decidirse aún a marcharse, empezó rodear el taxi. Pasaba la mano por el único vidrio bueno que le quedaba al carro cuando vio los tacones blancos de Karen.

—¡Mayor! —gritó, sorprendido— ¡Mírelos!, mírelos, aquí están.

Carmona respondió enseguida. Dio un par de pasos y vio la misma imagen que Ovidio.

—Quietos —dijo desenfundando su revólver.

Cachorro pensó en su maletín. Karen alzó la cara y vio junto a ella la muleta de Ovidio. Asustada porque el cojo también estaba sacando un revólver, estiró el brazo y le dio un fuerte tirón a la muleta.

El cojo se desequilibró, cayó de bruces y arrastró en la caída al policía que acompañaba al mayor.

Al ver el campo libre, Cachorro dio un salto y echó a correr. Karen lo siguió.

El mayor Carmona alzó su arma. Apuntaba hacia la espalda del taxista cuando el tropel de obreros apareció en la misma esquina por la que Karen y Cachorro se fugaban. Carmona pensó que si armaba un tiroteo no sólo se metía en problemas sino que podía sospecharse que algo de valor se escondía en el lugar.

El tiempo que gastó el mayor en enfundar el arma y decidirse a correr fue suficiente para que Cachorro ganara la Calle 32 y corriera hacia la Caracas. No quería meterse en aquella avenida, pero no tuvo otra opción.

Seguido por Karen, evadió un par de autobuses, una motocicleta, una zorra y varios coches y corrió intentando alcanzar el otro lado de la avenida.

El mayor Carmona los seguía. Desesperado porque no era tan rápido como ellos, calculó mal las distancias y se atravesó al paso de uno de los autobuses. Su ayudante, que iba detrás, lo vio volar por los aires.

—¡Mayor!, ¡mi mayor! —gritó asustado el pobre policía cuando lo vio caer sobre el asfalto.

Llegó hasta él, lo cogió del uniforme, lo sacó de la vía, espantó a los curiosos y lo recostó contra una banca de concreto que era lo único que sobrevivía de los destrozados paraderos del lugar.

Asfixiado por la mirada de su subalterno, el mayor recobró la conciencia, se enteró de que le dolían todos los huesos, y vol-

vió a husmear la avenida. Sus ojos fueron útiles. Pudo armar toda la postal del lugar, pero sus perseguidos no estaban en ella. Se habían perdido entre aquel tránsito infernal y el humo negro que despiden los motores diésel de los buses.

—¿Y el Joaco cómo se habrá enterado de todo eso?
—Usted lo conoce, comadre, el Joaco es novelero.
—Dirá chismoso, comadre, y eso que es tuerto.
—Podrá ser tuerto, pero ve como el mejor.
—No se ponga brava, comadre, no era por ofender.
—Ahh...
—Pero ¿no le parece raro que sepa tantos detalles sobre ese maletín?
—Ay, comadre, no recuerda que cuando vivía acá andaba en el páramo hablando con los guerrilleros y los domingos bajaba al pueblo y se emborrachaba con la policía.
—Verdad, el Joaco siempre anda metido en todas partes.
—Novelero, comadre, novelero igual al papá.
—Desde que no le pase lo mismo.
—Ni lo diga, comadre, si me matan a mi Joaco se me acaba el mundo.
—Perdone, comadrita, toco madera.
—Además mi Joaco es de buena suerte, no como el papá que siempre cargó la muerte en la espalda.
—Pero no hay que tentar al diablo, comadre.

—No, comadrita, si él no hace nada malo, sólo va por ahí charlando con la gente.

—Pues sí, no hay para qué preocuparse.

—Más bien, yo creo que mi Joaco un día de éstos nos va a dar una sorpresa.

—¿Por qué lo dice, comadre?

—¿Cómo que por qué? Fíjese lo cerca que estuvo esta vez.

—No le entiendo, comadre.

—Pues de la platica, comadrita, fíjese, le pasó cerquitica.

—Ay, comadre, usted sí es soñadora.

—Soñadora no, comadrita, es que dos millones de dólares y por ahí tirados.

—Pero si el Joaco ni los vio, sólo se puso a averiguar si era cierto que esa plata existía o no.

—¿Y si la hubiera encontrado, comadre?

—Pero no la encontró.

—Bueno, pero lo importante es que mi Joaco esta vez estuvo cerca.

—Si usted lo dice.

—Bueno, no mucho, pero si sigue así, tarde o temprano le toca, comadrita, tarde o temprano me saca de pobre.

La lectura de esa tarde fue chévere y aunque seguía muy asustada, ya me estaba pareciendo hasta emocionante todo lo que ocurría. Eso sí, no lograba acostumbrarme al encierro y me sentía remal toda amarrada. Había conseguido quitarle brutalidad a la situación y había logrado que me cambiaran las cadenas por una cuerda que no me lastimaba tanto la piel. De alguna manera, me hacía la ilusión de estar controlando el asunto, el gordo me parecía cada vez más simpático; y el par de hermanos, menos peligrosos; como dos niños confundidos en un juego, sólo que jugando con armas de verdad.

Cuando cerré el libro, Richar dijo que se iba a reposar y ordenó a Weimar que me llevara al garaje. Eran como las cinco de la tarde, la lluvia había dejado limpio el cielo, el sol por fin se dejaba ver, el viento golpeaba sin afán las hojas de los árboles y el rumor de la quebrada servía de música de fondo al canto de algunos pájaros.

—¿Por qué no bajamos un rato a ver la quebrada? —le dije a Weimar apenas estuvimos en el patio.

—No sé, tengo que preguntarle a Richar.

—Usted sí necesita permiso para todo.

—No es permiso, somos un equipo.

—Ahhhh...

—Y tampoco es bueno que nos vean por ahí.

—Vamos, ¿o es que le tiene miedo a su hermano?

Weimar dudó, pero no iba a quedar como un cobarde.

—Bueno, vamos un momentico.

Dimos la vuelta por detrás de una de las casas y buscamos un sendero que bajaba hasta la quebrada. La hierba estaba crecida y me gustó el sonido que hacían mis pies al pisarla. Eran apenas unos sesenta metros pero había que bajar con cuidado porque el camino era bastante inclinado y de una tierra arcillosa donde era muy fácil resbalar. Cuando llegamos, quedé sorprendida. Desde la casa se oía fuerte el ruido de la corriente, pero la quebrada resultó mucho más grande de lo que me había imaginado. El agua limpia y cristalina parecía venir de un mundo más tranquilo y, sin embargo, rompía con fiereza el verdor del páramo y formaba pequeños torrentes al chocar contra unas piedras grandes y redondas que parecían puestas allí por algún dios caprichoso.

Weimar y yo nos sentamos encima de una piedra. Una vez acomodada, me quité los zapatos, metí los pies en el agua y, por primera vez en esos días, sentí que lograba relajarme. Al verme tan tranquila, Weimar dejó el nerviosismo, se acostó sobre la piedra y se dedicó a mirar el cielo.

—Está rico, ¿no?

—Sí, aquí uno se tranquiliza.

—Es el rumor del agua.

—Puede ser.

—Y el aire, que es muy limpio.

—Antes no me gustaba la tierra fría, pero de tanto estar aquí le he ido cogiendo cariño.

—Sí, está rico este lugar, como para fumarse un baretico. Al oír mi propuesta, Weimar me miró, desconcertado.

—Seguro, loco, un bareto sería perfecto para gozarse esta quebradita.

—No sé, usted es muy jodida, le estoy cogiendo desconfianza.

—Qué, ¿no le parezco una bacana?, no le pareció una nota que les cocinara.

—La verdad, sí.

—Pues me gané el bareto, ¿o no?

—Si el Richar nos pillá, me arma la bronca.

—Richar está en la casa, déjelo fresco que él ni se va a enterar.

—Pues sí —dijo Weimar y sacó del bolsillo un paquete de marihuana.

—Suélteme las manos y lo armo.

Weimar volvió a mirarme con desconfianza.

—Es que me gusta hacerlo.

—Listo.

Weimar me soltó y echó en la palma de mi mano una buena cantidad de hierba. Se veía de la buena. La desmenucé, le quité las semillas y armé el baretico, como toca, con mucho cariño. Después nos sentamos mirando en dirección a la corriente y empezamos a trabarnos como si fuéramos viejos amigos, a fumar como si fuéramos marihuaneros unidos por muchas batallas.

—¿Usted qué cree que va a pasar?

—No sé, Richard sigue muy nervioso, pero yo creo que lo convenceré de que la dejemos ir.

—¿Y la lectura sí les ha servido de algo?

—Todavía no.

—Es que están locos, buscando soluciones donde no existen.

—No, lo que estamos es cansados, yo confío que lo que dice ese libro aclare las cosas.

—¿Y si no?

—No sé...

—¿Qué enredo! ¿Acaso ustedes no piensan en el futuro?

¿Acaso no tienen familia?

—Sí, mi mamá y tres hermanas.

—¿Y saben que ustedes están aquí?

—Eso es parte del problema.

—¿Por qué?

—Porque a mi mamá la tienen vigilada.

—¿Quiénes?

—Los socios del man que nos dio al gordo para esconderlo.

—¿Está amenazada?

—No, pero es mejor evitar problemas.

—Si fuera yo, ya habría soltado a Gordobriel y me habría largado.

—Eso lo dice usted porque le quedaría fácil irse para donde quiera.

—Pues difícil no es.

—Mire, nosotros somos campesinos, vivíamos en Urabá y cuando mataron al viejo nos tocó irnos para Medellín. En esa ciudad estuvimos de semáforo en semáforo vendiendo maricadas y de problema en problema porque no conseguíamos ni un sitio para dormir.

—Ésa es una ciudad verraca.

—Después mi mamá nos llevó al Putumayo a recoger coca

y nos sacaron a plomo. Volvimos a Medallo y la única gente que nos ayudó fue la gente del Conavi.

—¿El man que les dio este trabajo?

—Sí.

—Pero es absurdo, si a ese tal Conavi lo mataron ustedes están perdiendo el tiempo.

—Puede ser, pero hasta no estar seguros, aquí nos quedamos.

—No me parece.

—¿Qué quiere que hagamos? Antes de irnos tendríamos que matar al gordo y no queremos hacerlo, primero porque es una cagada y segundo porque se lo prometimos a mi mamá.

—¿Cómo así?

—Sí, cuando nos salió este trabajo le contamos a la vieja, ella dijo: «Ustedes van de vigilantes, vigilar es un trabajo honrado, no van a matar a nadie».

—¿Y ella qué dice ahora?

—Está asustada.

—Cualquiera.

—La vieja se ha movido, ha hablado con gente importante, pero, la verdad, nadie quiere tomar la decisión.

—¿Y el gordo qué dice?

—Nada.

—Tal vez le pasa lo mismo que a mí, estará aquí por mala suerte o por un error.

—No, ese gordo esconde algo, ése es un man muy raro.

—¿Raro?

—Sí, las primeras semanas se las pasó llorando. Después se calmó y empezó a portarse bien. Nos hablaba, nos contaba chis-

tes y hasta alcanzamos a emborracharnos con él. Pero después volvió a ponerse triste y no hubo quien pudiera consolarlo.

—Eso no es raro, es normal cuando a uno lo tienen encerrado.

—Es que eso no es todo.

—¿No?

—Cuando vi que el Conavi no aparecía empecé a desesperarme. Le decía a Richar que habláramos con el gordo y llegáramos a un acuerdo para soltarlo, pero Richar se negaba y, como no pude convencerlo, un día decidí que iba a dejar escapar al gordito.

—¿Verdad?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Pues que esa noche no le puse el candado, dejé las cadenas sueltas y me fui a dormir. Al otro día me quedé en la cama hasta tarde para que fuera Richar el que descubriera que Gordobriel se había ido, pero Richar se levantó y al rato regresó todo agitado a donde yo dormía y me dijo que habíamos estado muy de buenas porque el gordo se había quedado sin asegurar y ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Verdad?

—Sí, ¿no le parece muy raro?

—Un poquito, pero puede que de verdad no se diera cuenta.

—No, estoy seguro de que no quiso irse.

—¿Por qué?

—Porque me levanté de una y salí corriendo todo decepcionado hacia donde estaba el gordo, entré y me quedé mirándolo fijamente para verle la verdad en los ojos.

—¿Y?
—Que el man no me sostuvo la mirada.
—¿Se agachó?
—Sí. Entonces me di cuenta de que el man había decidido quedarse.
—Uffffff...
—Seguro.
—Difícil de creer.
—No, además, desde ese día el hombre cambió de humor y de nuevo estuvo varios días llorando.
—Sería de la rabia de no haberse podido escapar.
—No, ese man es muy raro.
—¿Cómo así?
—Yo creo que ese man tiene miedo de volver a su casa.
—¿Sí?
—Y que por eso no quiso leernos la novela.
—¿Por qué?
—Porque tiene miedo de irse.
—Pues parece un man muy tranquilo, como sin problemas.
—Pues ya ve, es pura apariencia.
—Y si usted está tan cansado, por qué no me deja ir a mí.
—No es lo mismo.
—¿Por qué?
—¿No ve que yo la traje?
—Eso ya lo sé.
—Pero fresca, le voy a ayudar a salir bien de ésta.
—¿Cómo que me va a ayudar?, usted me prometió que no iba a pasar nada.
—Bueno, sí.

—Es que ustedes, con tanto encierro, ya no saben ni lo que hacen.
—No llore, no me gusta.
—Qué va.
—¿Sabe qué?
—¿Qué?
—Usted me recuerda una novia que tuve.
—¿Una novia?
—Sí, la Viviana.
—¿Y cómo era?
—Linda, delgadita y con unos ojos parecidos a los suyos.
—Qué coincidencia.
—Seguro, yo creo que por eso usted se salvó el día que la agarré.
—¿Cómo así?
—Pues que cuando usted dejó de moverse, yo me asusté, pensé que se había desmayado y le busqué los ojos para saber qué pasaba. Cuando tropecé con esa mirada tan profunda, me acordé de Viviana y no fui capaz de rematarla.
—Pues qué suerte.
—Sí, y eso me ha hecho pensar.
—¿En qué?
—En que debería convencer a Richar de abandonar esta vida.
—¿Y por qué no se lo propone?
—El problema es la plata.
—Por lo visto, plata no les falta.
—Bueno, el Conavi nos dejó un billete para los gastos, pero nada de esto es nuestro, ni la toyota.

Al oír a Weimar hablar con tanta sinceridad empecé a sentirme aún más relajada.

—¿Sabe qué?

—¿Qué?

—Me gustaría darme un baño.

—¿Con este frío?

—Sí, suélteme un momentico y me meto en el agua.

—No, así estamos bien...

—Ay, loco, un bañito me caería muy bien, usted no sabe lo que es para una mujer sentirse sucia.

Weimar levantó la mirada y vi sus ojos enrojecidos por la traba y, como el primer día, me sentí un poco identificada con él.

—Se quiere meter en esa agua helada y dice que el loco es uno.

—Sólo para limpiarme y refrescarme un poco.

—Le voy a soltar un pie, como para que pueda moverse, pero no vaya a hacer cagadas.

—No, fresco.

Cuando pude moverme con holgura me sentí rebién, como si sólo pensar en zambullirme en esa agua tan cristalina me fuera a solucionar todos los problemas. Me dejaba extasiar por la idea y empezaba a desabotonarme la blusa cuando me entró el pudor. Weimar había vuelto a tumbarse sobre la piedra, pero estaba a menos de un metro de distancia y me dio repeluz empetotarme delante del man. Lo pensé, no sé cuánto, pero creo que lo pensé un buen rato y, al final, me ganó el impulso. Bajé de la piedra y escondiéndome detrás de otra piedra, me quité los zapatos, la chaqueta y el bluyín. «Es como si llevara puesto un biquini, un poco llamativo por los encajes, pero un biquini al fin

y al cabo», pensé cuando ya no tenía encima más que la ropa interior.

A pesar del frío cortante, el agua estaba deliciosa. Rica. El pozo no era muy grande pero dejaba nadar y con eso tuve para creer que mis sueños se estaban realizando. Empezaba a oscurecer, los árboles de la ribera entretejían las copas formando una cúpula y como la neblina empezaba a cubrir la quebrada, me sentí como si estuviera en un baño de vapor, sólo que con el agua muy helada y, lo peor de todo, con el hombre equivocado.

Seguía alucinando, imaginando que esa agua se iba a congelar y yo iba a quedar adentro, atascada, como una de esas piezas de resina que tienen un escarabajo dentro, cuando vi que Weimar se sentaba sobre la piedra y empezaba a mirarme. No me gustó mucho la forma como me miraba, y lo peor fue que sacó una papeleta de basuco y se armó un cigarro. «Esto va mal, es hora de irse para la casa», pensé. Pero, la verdad, estaba muy rico dentro del agua y no tenía ganas de ir a bajar la traba en el galpón abandonado donde me tenían. Así que decidí no ponerme misteriosa, Weimar me había dado gusto al llevarme allí, me había soltado para dejarme bañar y tampoco era tan grave que se fumara un basuquito.

Cambié de pozo como para dejarlo fumar tranquilo y me volví a sumergir no sólo en el agua, sino en la multitud de sensaciones que me producía el paisaje. Tenía los ojos cerrados, disfrutando del aire limpio, imaginando que los árboles me hablaban y que el rumor de la quebrada era una música creada por algún músico genio y mariguanero, cuando sentí que alguien me abrazaba por detrás. «Este man me va a amargar el rato», pensé cuando el sentido del olfato me confirmó que

el aliento de Weimar era el olor que me salpicaba la nuca. ¡Qué güevona! Habría sido mejor marcharse cuando el corazón me lo sugirió. «Como siempre, esto se va a complicar», pensé mientras daba un brinco hacia delante para intentar zafarme de los brazos del hombre.

—¿Qué pasa, mañita? —dijo el man mirándome, extrañado.

—No, loco, se está confundiendo.

—¿Cuál confundiendo? Una mujer no se empelota delante de un man para nada.

—Yo no me empeloté para usted, sólo quería darme un baño —dije empezando a salir del agua.

—Ya, flaca, ya; deje la maricada —dijo mientras alzaba la cuerda que permanecía atada a uno de mis pies.

Al ver lo que hacía, traté de salir corriendo, pero apenas alcancé a llegar al borde de la quebrada porque el man jaló la cuerda con mucha fuerza y me hizo caer encima de un charco lleno de barro, musgo y líquenes. Quedé vuelta mierda. Toda embarrada, asustada y enredada con la puta cuerda. Entonces Weimar se me echó encima y supe que aparte de gritar y forcejear no podía hacer nada más. El tipo cayó sobre mí, mientras yo gritaba desesperada pidiendo auxilio y me enredaba aún más con la cuerda por el afán de escapar. Las llamadas pidiendo auxilio enfurecieron más a Weimar, que trataba de taparme la boca mientras yo pretendía evitar que lograra hacerlo, pataleando, dándole puños y hasta mordiéndolo.

Pero el man estaba muy embalado. No sé cómo, pero mientras forcejeábamos ya se había bajado el pantalón y yo sentía no sólo cómo el güevón luchaba con todas sus fuerzas para dominarme, sino que sentía su aliento sucio y sentía la punta de su

verga rozando continuamente mi carne, metiéndose a la fuerza en medio de mis muslos y sentía que estaba perdida porque si seguía abriendo las piernas para patalear, lo único que lograría era facilitarle a ese hijueputa el camino de entrada hacia mi cuerpo.

—Dios mío —gritaba ya como una beata perdida, y ya empezaba a llorar, a sentir que la fuerzas me iban abandonando cuando oí la voz de Richar.

—¡Weimar!

Weimar como que no lo oyó porque siguió tratando de someterme hasta que, de pronto, sintió las manos de Richar encima de él. Entonces quedó quieto, congelado. Recuerdo que se quitó de encima de mí; la cabeza de la verga erecta estaba muy roja, más roja que la piel de su cara enrojecida por el esfuerzo y más roja que sus ojos rojos, como si ese trozo de carne esférica hubiera permanecido semanas y semanas entre el hielo que enfriaba el aire de aquel páramo.

—Weimar, malparido, ¿cómo se le ocurre? —añadió Richar mientras me veía a mí medio desnuda y toda enredada con la cuerda con que me ataban.

—Ay, Richar, no me diga que está celoso —dijo Weimar, todavía muy agitado.

—Déjese de maricadas, Weimar —dijo Richar alzando el puño, amagando con golpear a su hermano.

—Ya, hermano, no es para tanto, era sólo un polvito —contestó Weimar con su voz tartamuda de basuquero.

—Y esa vieja, ¿por qué está aquí?

—La hembra quería darse un baño —mintió Weimar.

Richar se volvió a mirarme y yo, que ya estaba vestida, dije:

Crimen.
Agresión sexual

—Ustedes son unos hijueputas, unos malparidos, la peor escoria que Dios puso sobre la tierra.

Y, asfixiada por la rabia y el miedo, dejé de mirarlos y me senté sobre una piedra a llorar.

Engome

Gordobriel era un hombre blanco y tapizado de pecas, de cara redonda, cachetes flácidos y cabello grueso y emparejado con tijeras de jardinería. Conocido por su buen humor, mantenía siempre un chiste, un trago y un compinche a la mano. Con grandes esfuerzos su madre lo había llevado hasta la universidad. Tres meses después, cansado de llenar resmas de papel de teorías sin sabor, se dedicó a inventar nuevas formas de amar, a escribir poemas, a bailar, y a tomar cerveza junto a un grupo de compañeros.

Borracho andaba la tarde que le llevaron la noticia de la trombosis que mató a su madre. Tuvieron que darle una extraña mezcla de Alka-seltzer, soda y Mejoral para que regresara a la realidad y entendiera la solemnidad de la noticia. Se demoró en asimilarla porque le pareció imposible que las madres se murieran y le dejaran a uno la carga de trabajar para mantenerse.

Aquel atardecer, cuando un anciano de overol negro volcó la última palada de tierra sobre el féretro de su madre, Gordobriel supo que la única opción que tenía para comer era encargarse de la administración del patrimonio familiar. Decepcionado, abandonó sus ilusiones de poeta adolescente, se resignó a no viajar, a no amar a nadie en serio, a no llegar a ser famoso, y se dedicó a cobrarle a la clientela que llegaba a su hotelito situa-

do en el sector más descompuesto y sin futuro del centro de la ciudad de Bogotá.

Era una pensión pequeña y sin estrellas: lo único que sobrevivía de una inmensa fortuna familiar. Su padre, mejor conocido como el gordo Roberto, ingresó al negocio de la marihuana cuando Gordobriel no había nacido. Su madre lo trajo al mundo una mañana calurosa en medio de la angustia que sentía porque hacía semanas que su padre estaba desaparecido. Gordobriel lo conoció a los siete años, el día que el viejo regresó de pagar cárcel en Miami.

La cárcel no había cambiado al gordo Roberto; al contrario, enterado de las dificultades pasadas por su esposa, y de cómo hasta el último peso que dejó se esfumó pagando abogados de mala fe, continuó con el negocio de la droga. Y le fue bien. Pasados un par de años, tenían tanto dinero que Gordobriel le compraba las onces a todos sus compañeros de colegio, y los repartía de casa en casa en los carros de sus guardaespaldas.

Hasta que un día, la ambición le apretó la garganta al padre de Gordobriel. Se metió en un negocio superior a sus capacidades, y no pudo sostenerlo. Quienes le habían prestado dinero lo buscaron para que pagara. El gordo Roberto, aferrado a su riqueza, se escondió.

Y ahí empezaron los muertos. Policías, sicarios, mensajeros y toda clase de seres que le servían fueron muriendo en diversos sitios de la ciudad como si conocer al gordo Roberto ya no fuera privilegio de ciertos afortunados, sino el síntoma de una enfermedad incurable.

Gordobriel y su madre sobrevivieron gracias a que una de sus sirvientas les prestó una finca en el páramo donde esconder-

crimen.
A los notes

se. Al final, alguien agarró al gordo Roberto y, antes de asesinarlo, le hizo firmar múltiples escrituras y recibos para traspasar todo cuanto tenía a sus deudores. Se les quedó por fuera Residencias Palmira, porque era la única propiedad que estaba a nombre de su esposa y porque nadie quería meterse en el problema de administrar un lupanar de esos. Ellos eran mafiosos, no proxenetas.

Así creció Gordobriel, en medio del caos y viendo a su madre atragantarse de amargura porque después de haber sido la esposa de don Roberto no se resignaba a ser la casera de una docena de putas.

—Al fin se acordó de este pobre enguayabado —dijo Gordobriel pensando que quien abría la puerta de su habitación era Rocío.

Al no oír las oraciones que su camarera decía cada vez que lo levantaba, abrió los ojos, y descubrió que no entraba Rocío sino Cachorro, uno de sus mejores amigos. Llevaba cara de muerto y prendida a su brazo una mujer que Gordobriel siempre había deseado.

—Este cuarto está ocupado, vayan a culiar a otra parte —murmuró al verlos.

Cachorro sonrió y se acercó a la cama de Gordobriel. Agarró las cobijas, dio un tirón y dejó completamente desnuda la naturaleza deforme y pálida de Gordobriel desparramada sobre la cama.

Gordobriel dio un brinco para discutir, pero el brazo vendado de su amigo lo frenó.

—¿Te mordió esa perra? —dijo mirando con burla a Cachorro.

Tapando de nuevo al gordo porque verlo desnudo le producía náuseas, Cachorro se acomodó a su lado.

El gordo vio a Karen aplastar su hermoso culo sobre una silla que había junto a la ventana y después le puso cara de curiosidad a Cachorro.

—A ver, ¿qué hicieron los nenés?

Acomodados, Karen y Cachorro le dieron vida con su relato a la desolación y la estrechez del cuarto.

Estaban en lo mejor cuando entró Rocío. Así que Cachorro siguió contando su aventura, mientras el gordo sorbía un apetitoso caldo de costilla.

—Lo mejor que pueden hacer es entregarse a la policía —dijo al terminar de escucharlos.

Cachorro no contestó, alzó una botella de brandy que Gordobriel mantenía sobre la mesita de noche y se tomó un trago.

—Están jodidos, no debieron escaparse. Ahora la policía estará pensando que fueron ustedes quienes mataron a esos tipos.

Karen evadió la mirada de Gordobriel revisando la alfombra roja y los espejos que tapizaban las paredes del cuarto.

—Usted sabe, Cachorro, que si la policía los mató, debe tener sus razones. Además, el peor sitio para esconderse es aquí. Estamos a cinco manzanas del lugar donde los encontraron —dijo Gordobriel.

Los habría seguido regañando, pero un movimiento y una mueca fuerte de Karen lo frenaron.

—No se haga el güevón, gordito, usted sabe que si nos subíamos a esa patrulla jamás habríamos llegado vivos a la estación. O ya se olvidó de los ladrones que usted sapió y que Carmona sacó de este mismo hotel y jamás aparecieron ni los cadáveres.

Crimen
asesinato de
ladrones

Gordobriel palideció al oír la frase de Karen.

—Gordito, usted sabe moverse en Bogotá. Si vamos a tomar alguna decisión, queremos saber quién más está detrás de este enredo.

El gordo respiró hondo. Sorbiendo el caldo y mordiendo intranquilo su hueso, empezó a roer ideas y entendió que lo menos que podía hacer era darse una vuelta por ahí para averiguar un poco y pasarle los datos encontrados a Karen y a Cachorro.

—Está bien, pueden quedarse, pero no salgan. Si alguien los ve, nos jodemos todos.

Dictada su resolución, Gordobriel terminó de comer. Erucutando, echó una buena miradita a Karen, y se preguntó por qué siempre se le había negado. Sin encontrar la respuesta, buscó un vaso y se sirvió un brandy. Después se vistió, se echó agua en la cara y, apretándose el cinturón, se dirigió hacia la puerta.

—No piense en ponerse a hacer porquerías porque se acaba de joder ese brazo —dijo dirigiéndose a Cachorro con otra sonrisa maliciosa.

—Lárguese y deje de importunar —dijo Karen.

Al sentir los pasos de Gordobriel amortiguarse en la alfombra del corredor, Karen y Cachorro se acomodaron sobre el colchón y, después de acordar que esperarían la información que les llevara el gordo antes de volver a buscar la maleta, dieron un par de suspiros de alivio y se tiraron a dormir sobre los escombros de sueño que Gordobriel había dejado abandonados en su cama.

Tú sabes que el verdadero problema fue el vicio. Yo me habría recuperado, habría vuelto a empezar, habría logrado salir ade-

lante, de no haber sido por el basuco. Sólo que no aguanté la presión de la cárcel y me envié demasiado. Estuve de malas. En esa época el gobierno estaba rebotado con el narcotráfico y fue difícil conseguir que me enviaran a una prisión cercana a Cali para estar tranquilo y disfrutar ciertas comodidades. Además, a mí, por influencia de mi padre, me metieron en un patio muy duro, «pa que se le quite la maña», dijo el viejo. Así que me tocó mezclarme con toda clase de atracadores, apartamenteros y viciosos. Al comienzo me hacía el güevón, ponía cara de desentendido, trataba de leer, de ver televisión. Dejaba pasar las horas y veía pasar de mano en mano los cigarrillos de basuco haciendo como si no los viera. Pero con el tiempo me fue entrando la desesperación. Para esa época ya te había mentado demasiado como para llamar y decirte que no estaba de viaje sino en prisión, así que se juntaron la soledad, la rabia que sentía contra mi padre y un par de incidentes muy hijueputas en el patio. Terminé dejándome ir, dejándome llevar, metiendo el alma en el ambiente de la cárcel, y me pareció fácil probar las drogas. Empezábamos el día tomando aguardiente y jugando cartas. Por la tarde prendíamos un baretico, subíamos las apuestas y, por la noche, para rematar el día, nos embalábamos con un basuquito. El primer día me pareció rico y recuerdo que pensé «uno sí que es güevón, sí que se complica la vida por maricadas». Pero una semana montado en ese tren, siguiendo el ritmo de mis compañeros de celda, ya no hubo quién me detuviera. Perdí el control, la medida y hasta los horarios. Me envié refeó. Pasaba los días enteros tirado en el catre, fumando, mirando hacia el techo, dejando pasar la vida entre acelere y acelere, riéndome solo, delirando. A veces no era tan pacífico, la droga me sentaba muy

mal y empezaba a sentirme como una fiera encerrada. Entonces, el juego, las conversaciones, la complicidad, perdían la gracia. Me entraba la paranoia, veía enemigos por todas partes y terminaba peleando y buscando la manera de agredir a mis compañeros de celda. Menos mal que los manes me comprendían porque a veces les pasaba lo mismo. Los locos sabían manejar la situación y, después de divertirse un rato a costa mía, me arrancaban los cigarrillos de basuco de la mano, me amarraban al catre de cemento para no tener que golpearme demasiado o, en una de éstas, terminar matándome. Era hijueputa esa vida, Karen. Pasar-se cada segundo metido entre la ansiedad, esperando que apareciera una droga que a veces escaseaba. Zapateando en los pasillos, mirando hacia el patio con una bestia arrinconada en los intestinos, esperando, esperando, y rogándole a Dios que el guardia amigo diera la seña de llegada de un envío para salir corriendo a abrir la caleta, coger el dinero escondido y pagar las pa-peletas. Después venía el mismo ritual, el encierro, las alegrías esporádicas, el juego de cartas, las peleas. Las semanas enteras volviéndose mierda el cerebro con ese polvo amarillento. Los días y noches sobornando a los guardias para que nos dejaran fumar frescos. Los esfuerzos gastados para defendernos como fieras de los otros presos para que no nos robaran el basuquito y, lo más hijueputa, sentir llegar el domingo y tener que dejar de fumar porque ese día era día de visita y, como a la gente del cartel no le gustaba que uno consumiera droga, había que recobrar la conciencia, estar presentable. Había que disimular para que no fueran a filtrarse chismes y uno pudiera seguir disfrutando del billete que era como la sangre del vicio y que, mientras los jefes no se enteraran de nada, seguiría llegando sin falta a la prisión.

Los alrededores del hotel de Gordobriel eran lo más representativo de la actividad del centro bogotano. Universidades improvisadas, restaurantes malolientes, moteles baratos, bares peligrosos, teatros abandonados y edificios atiborrados de burócratas se entremezclan con decenas de compraventas donde los estudiantes empeñan sus cámaras fotográficas o sus instrumentos de ingeniería para irse de fiesta y las prostitutas empeñan las joyas y las grabadoras que les regalan los clientes para pagar el colegio de sus hijos, o para irse a fumar marihuana con los estudiantes.

En días laborales, esta ciudad de apariencia envejecida pero llena de una vitalidad vibrante también soportaba el inevitable y ritual atasco vehicular. El tráfico transcurría lento y enmarañado. Los conductores se aferraban desesperados a los volantes y bostezaban de hambre en medio de ese trancón que se perdía por las avenidas como un gusano recién cortado en millones de pedacitos.

Al salir de Residencias Palmira, tropezó con el atasco y pensó que las averiguaciones debía hacerlas a pie. Tenía que caminar así el sol le hiciera más violenta la resaca. Lo primero fue visitar a Rodríguez, el policía encargado de recibir el soborno que permitía a los clientes de Gordobriel ingerir drogas en los cuartos del hotel sin asechanzas ni temores hacia la ley.

—Fue un lío jodido, mataron dos policías y a otros dos tipos —le confirmó el agente.

Verificada la versión de Cachorro y Karen, Gordobriel supo que había que informarse con más exactitud. Sus amigos tenían razón, entregarse o caer a la cárcel no era garantía de conservar la vida. Algo grande se movía detrás de lo ocurrido. De otro

El mundo
del crimen

modo, no se justificaba la participación de un mayor de la policía, ni un tiroteo de esa magnitud. Como buen habitante del centro de la ciudad, Gordobriel sabía que el mundo del crimen estaba bien organizado, era eficiente y cuidadoso; en últimas, un mundo sin burocracia donde nada de lo que ocurría era gratuito.

Debía encontrar una persona que le contara la versión que corría en los bajos fondos. Pero tal como estaba el ambiente, preguntar al azar era peligroso. La única opción de conseguir datos sin arriesgarse demasiado era ir donde una persona de mucha confianza.

Después de beberse una cerveza helada para menguar los efectos de la resaca, decidió ir donde Patricia. La Mona Patricia era una bella mujer antioqueña que había trabajado en el Oasis. Gordobriel la había ayudado cuando llegó a Bogotá. La hospedó en su hotel, le lidió las borracheras, la escuchó hablar con nostalgia de su pueblo y le regaló unos zapatos de piel de culebra.

Por entonces, la veía poco. Patricia había tomado vuelo. Era la amante del Siamés, el hombre de confianza del mafioso de moda en el centro de Bogotá. Gordobriel rió al pensar que Patricia, quien llevaba meses despreciando los cortejos de Cachorro, pudiera serle útil al taxista en un momento tan difícil.

Seguro de su determinación, subió por la Calle 24 y cruzó la Carrera Décima. Logró sobrevivir a la brutalidad de los conductores de los buses y, desesperado porque el ruido del tráfico lo aturdió, se dio prisa por los cinemas hasta llegar a la Tercera.

Caminando hacia el sur, buscó la Calle 19 y vio el hotel donde se hospedaba Patricia. Al acercarse a aquellos hostales

semilujosos sintió envidia. Le molestaba acordarse de que Residencias Palmira no era digno de hospedar comerciantes despistados, o delincuentes en bonanza. En la Tercera, la noche costaba diez veces más que en una de sus camas.

—¿Patricia Mejía? —preguntó en la recepción.

El recepcionista no le contestó, lo miró registrándolo. Gordobriel se pasó la mano por el cabello como si esa acción le quitara de encima la cara de borracho. El recepcionista desapareció y, al rato, regresó y lo hizo seguir.

El ascensor lo llevó al cuarto piso y lo abandonó frente a un corredor de alfombra roja. Localizó el número que le correspondía, y cuando iba a tocar, Patricia abrió la puerta.

—¡Siga, papito!

Sintió temor. Entrar en esa habitación podría generar suspicacias y no quería caer asesinado por una confusión.

—No diga que me cogió miedo —añadió Patricia al verlo titubear.

Las palabras de esta paisa de ojos claros, piel blanca y ademanes de marioneta lo tranquilizaron. Si algo tenía Patricia era la capacidad de detener a un hombre con su voz, sentarlo con sus gestos, envolverlo con su mirada, acariciarlo con sus murmullos y, por último, hacerle olvidar los problemas de la vida y el paso del tiempo con su sonrisa, su tono de voz, y su capacidad de sugerir obscenidades incluso en el momento de santiguarse.

Ya dentro de la alcoba, Gordobriel tomó aire pero no encontró donde acomodarse. La habitación estaba atiborrada de cajas de electrodomésticos y la cama parecía un exhibidor de revistas.

—Estamos aprovechando el tiempo para ir comprando las cositas —fanfarroneó Patricia.

El gordo la dejó disfrutar. Los movimientos sinuosos del cuerpo de Patricia entre los cartones hicieron saber que sólo mirarla justificaba el peligro.

—Como yo soy pobre, apenas le traje esto —dijo sacando una barra de chocolate.

—¡Ay, qué rico! De los que me gustan —dijo Patricia y besó a Gordobriel en la mejilla.

Después, cogiendo el chocolate por una esquinita, lo desnudó. Moviéndolo entre sus manos como si fuera una navaja, lo mordió y le dio un bocado al visitante.

—¿Y a qué se debe la visita? —preguntó.

Gordobriel le dio vueltas a la respuesta.

—Pasaba por aquí y sentí deseos de verla antes de que entre en el mundo aburridor de la gente casada.

—Ah, ya —dijo Patricia soltando una sonrisa de confeti, pero inspeccionando con firmeza los ojos de Gordobriel.

—Bueno, y también quería hacerle una pregunta.

—Ajá —dijo La Mona sin abandonar su inspección al rostro de Gordobriel.

—¿Usted sabe algo de los muertos de anoche en el Parque Nacional?

Patricia no respondió.

—¿Quiere ver lo que hemos comprado? —preguntó.

Sin volver a mirarlo, se dedicó a destapar cajas, a pasarle el trasero y los pechos con fingida inocencia por la cara y a decirle frases de doble sentido. Lo hacía con satisfacción porque sabía que Gordobriel no sólo se excitaba con sus escara-

muzas sino que al desearla sentía miedo de perder la vida.

—Hay rumores, muchos rumores, pero el único que sabe la verdad es el patrón de mi novio.

—¿Mi padrino? —preguntó Gordobriel.

La Mona asintió con la cabeza. El gordo hizo un gesto de satisfacción. Patricia encendió un cigarrillo y empezó a echar humo sobre los cachetes flácidos del gordo.

—¿No sabe nada más?

—No, parece que el asunto es grave porque le han puesto muchos misterios —dijo Patricia.

—Gracias, Paty— dijo Gordobriel levantándose para irse.

La Mona lo retuvo. Lo tiró de la camiseta y le puso sus dos tetas blancas, pulidas y llenas de lunares debajo de la nariz.

—En una semana se va a casar —dijo Gordobriel atragantado con el olor a talco de los dos pechos.

Patricia le pegó el vientre.

—¡Una semana! Y aún no he recibido una despedida de soltera —dijo suspirando.

Gordobriel entendió el mensaje. La fuerza de ese aliento y esa piel le aceptaron los deseos. Olvidando que se jugaba la vida, arrimó sus carnes a las de ella. Patricia lo había atendido durante meses y no era de aquellas mujeres que un hombre despreciaría con facilidad.

La Mona empezó a desvestirse. Gordobriel quedó aterrado. Cada día estaba más redonda y más buena.

—¿Por qué no acomoda un poquito las cajas? —dijo, apenas cubierta por su ropa interior.

Ya sin conciencia del tiempo ni el espacio, Gordobriel obedeció la orden y empujó las cajas. Cuando terminó de hacerlo

y se recostó en la cama, Patricia empezó a masajearle la espalda. Sobresaltado por la fuerza con que Patricia le pasaba las uñas sobre la carne flácida, Gordobriel agarró la de su cintura de abejita, la atrajo hacia él, y le arrancó el labial.

Tirándosele encima, Patricia recordó la pureza desparramada de Gordobriel, y se dejó envolver por su mundo fofo, pero lleno de paciencia y sabiduría. Sintiendo la respiración entrecortada de Patricia, Gordobriel supo que los placeres podían repetirse y pensó que podía arriesgar la vida, pero no podía arriesgar en manos de una mujer lengüilarga como Patricia lo único que había cultivado con orgullo en los últimos años: su fama de buen amante.

A ese man lo maté porque estaba muy trabado, también por abusivo y porque, para esa época, ya sabía que el respeto en la cárcel uno se lo gana probando. No llevaba ni medio día encerrado cuando el hombre se me acercó, me dio un empujoncito y me cogió el culo. Yo estaba despistado todavía, caminaba como sonámbulo en el patio y aún no aceptaba ni lo que me había hecho mi padre, ni que la situación estuviera tan mala que el billete de mis patronos no hubiera servido para evitar la prisión. Así que el man me vio confundido, se me acercó y me tocó las nalgas mientras todo el patio se daba cuenta. Entonces, un tipo con el que yo había estado hablando un momento antes se acercó a prevenirlo, a decirle que mejor no se metiera conmigo porque yo trabajaba con gente del cartel, y podía salirle caro. El man se rió y me miró como diciendo: «Perdone, mijo, no lo sabía, perdone». Pero qué perdone ni qué nada, quedé ofendido y marqué al hombre. Me

dije: «No necesito que nadie me defienda, yo me defiendo solito». Como al mes ya me había conseguido un chuzo, pero la verdad, ya estaba dudando de que valiera la pena enfrentarse con el tipo. Sin embargo, una noche estaba fumando basuco con gente del patio y uno de ellos empezó a burlarse. A decirme que yo era un güevón y que si no tuviera padrinos ya me habría culiado media prisión. A mí la cosa no me gustó nada porque vi que ésa era la impresión general y me volvieron las ganas de matar al tipo. Unos días después, con otra traba encima, me entró el acelere, y al ver al hombre salir de su celda, me fui a esperarlo en los baños. El man no lo sospechó. Me dejó pasar por su lado como si todo ya estuviera olvidado. Yo me dije: «Hay que dejar miar al macho», y dejé que terminara la tarea. Después, cuando el hombre iba a salir del baño, me le atravesé en la puerta. «¿Qué pasa, mijo?» Me reí y saque la navaja. «No se va a poner con maricadas», añadió. Volví a mover el chuzo y el hombre vio que era en serio. Entonces se cuadró para el combate. No sé de dónde salió gente, pero en el baño ya había otros manes y yo me sentí como animado; mejor, con espectadores todo queda más claro. A esas alturas el man ya se me había echado encima y yo le había dado la primera patada. Con la segunda tuve más suerte y le atiné en las güevas. El man se dobló y yo, sin pensármelo dos veces, me le tiré encima y le clavé el chuzo en la espalda. El man gritó del dolor pero no se dio por vencido. La puñalada le dio más aliento y yo vi cómo me agarraba del cuello y cómo caíamos al piso. El güevón resoplaba y yo apenas me defendía, además, ya todo empezaba a estar untado de sangre y a volverse resbaloso, viscoso. El hombre seguía luchando y por un momento pensé que iba a quitarme el cuchillo, le veía la cara enrojecida y los

ojos desorbitados y estaba empezando a asustarme. La traba del basuco empezaba a bajárseme, Karen, y no entendía qué hacía yo allí tratando de matar a un man sin ninguna necesidad. Entonces el hombre aflojó un poco, tal vez la herida fue bien profunda y el man fue perdiendo fuerzas. Así que logré ponerme encima. «Mátelo, mijo, no lo deje vivo porque se echa un enemigo para toda la vida», dijo alguien. El mundo me daba vueltas y yo no estaba tan decidido, pero el consejo me pareció sabio. Alcé el cuchillo y se lo metí en el cuello, le atravesé la garganta. El man empezó a temblar y yo vi cómo se ahogaba con una sangre oscura, casi negra que, y no sé por qué lo pensé en ese momento, creí que debía ser la sangre que tienen todos los hombres hijueputas, que viven la vida sin respetar a nadie y que de la tierra salen derechito para el infierno.

Se quedó dormido. Soñaba que viajaba a gran velocidad en un ferrari amarillo cuando oía un disparo. El parabrisas de su nave se resquebrajaba y, rompiendo una calcomanía brillante que adornaba el vidrio, entraba una bala que le atravesaba la cara y que le hacía un hoyo en el mismo lugar en que los Hare Krishna se ponen una lenteja roja. Ansioso de seguir conduciendo aquel carro que siempre había soñado tener, alzaba el brazo para taparse el orificio. Pero al poner la mano sobre la piel sentía los dedos viscosos por la sangre y que los sesos le caían por la cara. Sacudía la cabeza, pero cuando lograba quitarse los sesos y la sangre de los ojos, en lugar de la carretera perfectamente señalizada veía el rostro radiante de su madre dándole la bienvenida en las puertas del cielo.

Cachorro despertó sobresaltado. Dio una vuelta sobre la cama y terminó de quedar lúcido porque se apoyó sobre el brazo herido y sintió como si hubiera despertado en una piscina repleta de pirañas. Con los ojos llorosos por el dolor, reconoció la luz triste de la habitación de Gordobriel. Y cuando apenas se resignaba a estar en ese lugar, escuchó una respiración ajena a su lado, volvió la cabeza y descubrió a Karen.

Estaba desmadejada, con la mirada clavada en el espejo que servía de techo a la habitación. Una inquietud enfermiza salía de sus ojos, subía hasta el vidrio y caía sobre la cara de Cachorro como una salpicadura de agua sucia.

—¿Por qué no se viste? Quiero ir a comer algo —propuso Cachorro.

Karen se cubrió la cara con las mantas.

—No sirvo para encerrarme a esperar malas noticias —insistió Cachorro.

—Me da miedo salir —contestó Karen.

—Entonces quédese y descanse, ahora vuelvo —dijo Cachorro.

—Espere, mejor lo acompaño —replicó Karen tratando de ganar tiempo.

Mientras se levantaba y se dirigía al baño, otro espejo colocado en la pared le devolvió una imagen vibrante de su cuerpo. Feliz de reencontrar su sensualidad, apuró el paso. Entró en el cuarto de baño, se mojó la cara y se echó una loción barata que Gordobriel mantenía sobre el lavamanos.

Cuando regresó a la habitación, Cachorro se ajustaba un zapato sentado en la cama. Karen le acarició la cabeza.

Crimen.
Asesinato

—¿Por qué no dejamos que el gordo nos traiga noticias antes de movernos? —dijo Karen.

Cachorro suspiró sin creerla, pero le permitió rozarlo para que su olor nuevo le diera un poco de alivio. Karen supo que tenía a mano al hombre que siempre había amado y pensó que si forzaba un poco la situación con Cachorro podría ganar tiempo hasta que Gordobriel regresara.

—Deje esa cara, hermano, todavía estamos vivos —dijo Karen mientras se montaba sobre las rodillas de Cachorro.

La cintura estrecha, la fuerza de la mirada y el zumbido de la respiración de Karen detuvieron la prisa de Cachorro. Al sentir que Cachorro había empezado a deslizarse en el tobogán del deseo, Karen se quitó los zapatos y los arrojó contra el espejo.

Riendo de la pericia de Karen, Cachorro se quitó la chaqueta y la camisa.

—¿Le importaría hacer el amor con un lisiado? —preguntó.

—Si no está lisiado de la verga —contestó Karen mientras seguía arrojando su ropa contra las paredes.

—De ahí, ¡jamás! —respondió Cachorro mientras alcanzaba la botella de brandy que había sobre la mesita.

—¿Me permite el honor de terminar de desvestir al afortunado sobreviviente? —preguntó Karen mientras el hombre bebía.

Cachorro asintió con la cabeza. Karen le bajó la cremallera y empezó a quitarle el pantalón mientras le mordía los muslos con tanta fuerza que Cachorro apenas si podía saborear el brandy que tenía en la boca.

Al llegar a los tobillos, sintió los calcetines de Cachorro, y forcejeó para despegárselos. No quería pedazos, quería el amor completo y absolutamente desnudo en la cama.

El esfuerzo dio resultado. Cuando terminó, tuvo a Cachorro limpio de ropa y con la verga erecta. Entonces, Karen se apretó contra el cuerpo de Cachorro, lo agarró de la nuca, le alzó la cara y le entregó sus pezones. Cachorro, que durante tantas horas había visto esos senos ateridos de frío y puestos sin altivez sobre las costillas de Karen, se sorprendió de la firmeza y dulzura de los dos montoncitos.

Entusiasmado, arrastró las manos hacia el vientre de Karen y descubrió que el culo de ella no era sólo una imagen fabulosa y deseable, sino que era el reverso de un pubis fogoso e incontenible.

Al sentir la mano de Cachorro en su vientre, Karen lo empujó con violencia sobre las sábanas. Cachorro disfrutó de la fuerza con que Karen lamía su verga y levantó la cabeza. Mirando el espejo, disfrutó de la visión de las nalgas de Karen moviéndose con un ritmo impuesto desde la boca.

Lamiendo sin descanso, Karen encontró algo a lo cual aferrarse en su angustiada existencia. La carne tensa y atentamente pegada a la respiración de Cachorro le hizo recobrar la vida que le habían quitado las persecuciones. Mientras acariciaba los muslos del hombre, y le apretaba los testículos para arrancarle unos gemidos que le encantaban, se sintió igual que cuando empezaron a dispararle, pero el sudor y los latigazos de placer sobre la piel le hicieron saber que esta vez tenía el control, y que si algo iba a perder en la vida al menos podría recuperarlo en su vanidad de mujer.

La desazón en el vientre evitó que Cachorro la dejara seguir chupando. Jalándola del pelo, le dio la vuelta, se montó sobre ella y, apretando en el glande toda la euforia que le recorría la

carne, hizo a un lado los cuatro labios que lo separaban del paraíso, y penetró en el más lleno y palpitante de todos los espacios vacíos.

Al sentirlo dentro, Karen empezó a mover las piernas, los brazos, las caderas y el culo de una manera tan rítmica que Cachorro pensó que a Karen le habían encendido entre la carne un equipo de sonido con el volumen al máximo.

Los gemidos y el sudor le abrieron espacio a una especie de amor. Concentrada en el ingreso de Cachorro en su universo, Karen continuó haciendo danzar sus caderas en círculos y empezó a quejarse como si la estuvieran torturando. Lo hizo con una mezcla exacta de furia y de dulzura hasta cuando oyó un bufido de Cachorro, y sintió la esperma del hombre lubricar el fin de su placer.

El ritual de volver a la vida fue feliz. Cachorro la besó en la frente, y reconstruyó su cuerpo pasándole las manos suavemente por la piel. Karen se dio prisa para volver a ducharse. En el baño, dejó que el agua tibia lavara los fragmentos de duda que le quedaban sobre el amor que le ofrecía Cachorro y, feliz, salió para vestirse ante el hombre con quien pensaba compartir la vida.

Sin embargo, no pudo seguir resbalándose entre ilusiones románticas. Cuando regresó al cuarto, Cachorro ya estaba vestido, y ansioso de salir.

—¿No podemos esperar otro rato? —preguntó.

En vez de contestar, Cachorro encendió un cigarrillo. Karen se resignó y empezó a vestirse. Con un turbante de toalla en la cabeza, se acercó para besarlo y para que sintiera el olor limpio de su cuerpo. Cachorro la recibió con ternura, la acarició y le apretó el trasero.

Karen abrió el armario de Gordobriel y se puso una camisa de seda que el hombre usaba para ir a las discotecas de la zona rosa. Cachorro se rió del atrevimiento de Karen y la vio tan hermosa, que tuvo que respirar hondo para alejar el deseo de volver a poseerla.

Karen empezó a untarse lapiz labial.

—Vamos, quiero comer algo, y usted necesita comprarse ropa —dijo Cachorro.

—Pues sí, no tenemos el maletín todavía, pero en mi bolso está la plata de los dulces.

Olvidando el peligro y la palabra empeñada a Gordobriel, lo abrazó. Pensando que Cachorro se estaba volviendo considerado y caballero con ella, lo agarró de la cintura y lo acompañó a escaparse de la claustrofobia y de la angustia de esperar.

En el asunto de Irene, no todo fue culpa mía. La gente del cartel intervino, me presionó, me endulzó el oído. Tiene que aprovechar su buena posición social y sus contactos para legalizar el billete. No les gustaba mi relación contigo y se habían enterado de que había sido novio de Irene Grajales, la hija menor de un industrial del valle del Cauca. Irene, Irene, hermano, ésa es la hembra, me repetían. Un día, por boca de mi mamá, me enteré de que Irene iba a hacer diligencias en Bogotá y, gracias a unos amigos del aeropuerto, logré averiguar el vuelo y la hora de llegada. La esperé en la puerta de salida del puente aéreo. Ella apareció con su pelo recogido y con los escotes de siempre. Fue terrible, llevaba tiempo evitando a mi familia y a mis amigos y no puedo negarte que me entró la nostalgia, me dio una co-

mezón terrible en el cuerpo. Me acordé del colegio, de las fiestas en el club de la Fuerza Aérea y de los paseos a las casas campestres de los padres de mis compañeros de estudio. Estaba linda, Irene, bien arregladita, con una de esas minifaldas que acostumbraba usar y que le servían para alterar el tráfico cuando caminaba por cualquier avenida de Cali. Irenita, Irenita, cómo estás de buena, mamita, pensé cuando la tuve más cerca. Ella, cuando me vio, no titubeó. Se me tiró encima, me abrazó, y empezó a acariciarme la cara y a besarme. Yo me dejé, era rico cómo me abrazaba, cómo olía, cómo sabía esa mujer, Karen. Sin embargo, pasada la euforia, me entró la paranoia. Tenía miedo de que ella descubriera las huellas del basuco en mi cara, que notara cómo me fallaba el pulso. Sin embargo, todavía yo no creía que estuviera tan enviciado y, seguramente por eso, aún lograba controlarme un poco. Entonces, sacando fuerzas de algún rincón de mi sangre, le dije que quería hablar con ella, que la invitaba a almorzar. Ella aceptó encantada, pero cuando llegamos al estacionamiento del aeropuerto y vio el carro que tenía, cuando subió en la toyota y vio la música que llevaba en la guantera, y cuando fuimos a pagar y vio el fajo de billetes que tenía en el bolsillo, la cara le cambió de expresión. ¿En qué estás metido?, me dijo. Trabajo con aviones. Ella me miró firmemente a los ojos, y por un momento pensé que se había jodido el momento y que Irene iba a empezar a recriminarme para poder sacar el cuerpo. Pero no, al oír mi explicación, Irene se rió con esos dientecitos apretados que tiene, puso cara de «ah, bueno», escogió un casete de Julio Miranda, lo metió en el pasacintas y empezó a tararear la melodía. No quisiera decírtelo, pero ¡qué tarde la que pasamos! La llevé a un buen restaurante,

nos fuimos a caminar y a ver vitrinas como dos adolescentes y, cuando ya se estaba haciendo de noche y pensaba despedirme, ella llamó a la agencia de viajes, canceló el vuelo de regreso a Cali y me dijo que quería que le hiciera el amor. Yo ni lo dudé, me iba a costar trabajo inventar una buena excusa para darte, Karen, pero no lo dudé. Esa noche no sólo tuve la piel suave y acanelada de Irene entre mis brazos, sino que tuve de nuevo algo de mi familia, de mis amigos y de todo mi pasado. Fue muy rico. Al amanecer, cuando ya no nos quedaban fuerzas en el cuerpo, le dije que la extrañaba, que quería que volviéramos y que quería explorar la posibilidad de que nos casáramos. Ella se puso a llorar. Me abrazaba, me besaba los ojos y me decía que no tenía derecho a hacerle eso, que llevaba tres años tratando de olvidarme como para que a mí me pareciera fácil aparecer de improviso y volver a ilusionarla. Yo la acariciaba, le decía que me perdonara, le prometía el cielo y la tierra y le aseguraba que yo no tenía la culpa, que había sido mi papá el que me había echado de la casa, y el que se había inventado el cuento del narcotráfico. Pero ella no sabía qué contestarme. «Entonces, ¿en qué trabajas, de dónde sacas tanto dinero?» «Aviones, llevo carga a Miami.» Irene lloraba entre mis brazos y, al verla tan bien cuidadita y volver a recordar todo lo que había abandonado al irme de mi casa, me sentí deprimido y empecé a temblar. Temblaba y me salían unas lágrimas raras, como si de pronto me hubiera enterado de que en menos de media hora se iba a acabar el mundo. Ella, al verme así, todo vuelto mierda, reaccionó, se sentó a mi lado y, mirándome con esa serenidad que sólo tienen las mujeres, me dijo: «Déjame pensarlo, ¿sí?» «Bueno», le dije con cierto remordimiento. Entonces, ella volvió a

ponerse a llorar mientras yo evitaba mirarla y lo único que deseaba en ese momento era fumarme un basuquito al menos, meterme un pase de coca para poder aguantar la emoción.

Autos González era una compraventa de carros armada de improviso sobre una esquina del centro de Bogotá. El pedazo de ciudad había salido del abandono vestido con paredes de espejo, tapizado con mármol de cementerio, camuflado con vidrios cobrizos, retocado con avisos de neón y protegido de la lluvia con unas tejas de acrílico verde.

Unas luces de discoteca y una recepción de hotel cinco estrellas abrían paso al visitante para después abandonarlo entre un montón de carros lujosos. Los vehículos se ofrecían a precios tan exorbitantes que sus clientes no los compraban por necesidad de transporte sino por mantener su dignidad de mafiosos frente a las mujeres hermosas que hábilmente el dueño del local había seleccionado como vendedoras.

En el entresuelo, tomando cerveza importada y escondido detrás de un vidrio blindado, el viejo Luis González R. observaba su negocio y sabía que, aunque difícilmente saldría de algunos de esos carros, la bodega era rentable. Aquel espantapájaros urbano le servía de fachada para el sinnúmero de negocios que lo ocupaban. Sus intereses abarcaban los asaderos de pollos, el envío de cargamentos de droga, el contrabando, la ganadería, la importación de computadores y la construcción de apartamentos lujosos para lavar dólares.

Sin embargo, ese atardecer no sentía la placidez que solía transmitirle la iluminación excesiva de su bodega. En la madru-

gada, alguien había aprovechado una imprudencia de sus dos hijos, le había interceptado una entrega de dinero, y había asesinado a los muchachos.

*crimen:
asesinato*

Con el corazón convertido en un rompecabezas, el viejo González se comía las uñas y esperaba con impaciencia. Minutos antes había recibido una llamada de Patricia, la futura mujer del Siamés, su hombre de confianza, avisándole de que Gordobriel iba para la bodega con información sobre el caso y recordándole que había prometido una recompensa jugosa si las pistas eran buenas.

Ya había caído la noche cuando vio entrar a Gordobriel con su panza de comidas rápidas y su camiseta de obispo en vacaciones. Viéndolo subir el peso deforme de su vida por las escaleras, el viejo González recordó cuánto había deseado a la madre de aquel muchacho y recordó la noche que había dado orden de asesinar a su padre, el Gordo Roberto. Le dio rabia no poder vengar siquiera la muerte de sus hijos sin cruzarse con el recuerdo que más lo incomodaba.

Los guardaespaldas abrieron paso y Gordobriel se encontró de frente con su padrino de bautizo.

—Padrino —alcanzó a decir para saludar, pero no pudo terminar la frase.

Cuando estuvo frente a González, en lugar del hombre bonachón y dicharachero que recordaba con tanto cariño, vio un hombrecillo canoso, con la cara tensa, un tic nervioso en el labio superior y los ojos enrojecidos por el llanto.

—¡Qué sorpresa, muchacho! No todo podía ser tristeza —dijo el viejo.

Gordobriel se sorprendió porque respiró el mismo aire enrarecido que había precedido a la muerte de su padre.

*crimen:
lavado de
dólares*

—Tardó su tiempo que se decidiera a hacerme una visita —añadió el viejo.

Gordobriel recordó que el viejo González había pagado el entierro de su padre y le había ofrecido ayuda con una gran vehemencia durante el velorio. Si no aceptó trabajar a su lado fue porque, aunque le gustaban los chismes y el ambiente del medio delincuencial, en realidad seguía siendo un poeta y era demasiado cobarde para los negocios sucios.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó el viejo.

—Nada especial, padrino. Pasaba cerca y decidí entrar.

A espaldas del viejo González, había una foto del hombre con sus dos hijos vestidos con uniformes de un importante club de fútbol.

—Me imagino que ya se enteró —dijo el viejo.

—La verdad, me sorprende verlo así, padrino —contestó Gordobriel.

—Es extraña la vida, jamás viene a visitarme y el día que lo hace coincide con la muerte de mis dos hijos —dijo el viejo.

Gordobriel sintió que sus vísceras, tan plácidamente acomodadas en su gigantesca panza, se retorcían.

—¡Qué pena, padrino!, no sé qué decirle, la noticia me coge mal situado —dijo Gordobriel.

El viejo evitó mirarlo y se tragó una lágrima.

—Creo que pasé en un momento inoportuno, mejor vuelvo otro día —añadió Gordobriel sin poder ocultar su nerviosismo.

Al oírlo, el viejo González sintió que otra vez su vida se jugaba a manos de su ex socio. El remordimiento enjaulado durante décadas se le convirtió en rencor y sintió deseos de romperle la cara al muchacho.

—No, mijo, qué inoportuno ni qué nada, al contrario, lo estábamos esperando —dijo el viejo, ya con la voz firme.

Por el tono de la frase, Gordobriel entendió que Patricia lo había vendido.

—¿Esperando? —mintió Gordobriel tratando de ganar tiempo para aclarar sus ideas.

Los dos guardaespaldas empezaron a disfrutar de la situación. Les parecía justo que el viejo se revolcara en su propia sangre y perdiera así un poco de su prepotencia, pero también les satisfacía saber que estaban cerca de la verdad y que otra vez su patrón sería implacable.

—Porque da la casualidad que yo no creo que haya venido a verme por simple coincidencia —dijo.

—No sé de qué habla, padrino —repitió Gordobriel.

—No mienta, mijo, lo conozco demasiado —dijo el viejo recobrando la sonrisa que lo había hecho famoso.

—Sólo pasé por curiosidad. Ni siquiera sabía que los muertos eran sus hijos —dijo Gordobriel, empezando a tambalear en sus afirmaciones.

—Es mejor que se tome un trago, muchacho, es bueno remojar la garganta antes de empezar a hablar —dijo el viejo con el tono de voz de un padre mientras sacaba una botella de whisky y la colocaba sobre su escritorio.

Gordobriel tomó un sorbo tembloroso. Paladeando la amargura del alcohol y de la oficina, miró su reloj. Habían transcurrido varias horas desde su salida de Residencias Palmira, y pensó que Karen y Cachorro estarían esperándolo, preocupados.

—La verdad, el trago me sentó bien, pero sigo sin saber de qué me habla, padrino.

Crimen.
ajustado

—No me haga perder más tiempo, gordo güevón, o voy a tener que hacer con usted lo mismo que hice con su papá —dijo el viejo perdiendo sus buenas maneras.

Gordobriel quedó pasmado. Entonces era cierto. Siempre le habían dicho que González estaba detrás de la muerte de su padre, pero el silencio de su madre y su propia cobardía le impidieron creerlo. En ese momento olvidó a sus amigos. Pensó en la vida miserable que llevaba y más que odio hacia el viejo González sintió lastima de sí mismo.

—Qué le pasa, maricón, hable o es que la verdad lo dejó mudo —dijo uno de los guardaespaldas del viejo.

—No sé de qué me hablan —dijo Gordobriel mirando a González—. Aquí el criminal es el anciano.

—Deje la insolencia, pendejo. Hable rápido o voy a pensar que usted colaboró en la muerte de los muchachos y que además tiene parte de los dos millones de dólares que les quitaron.

A pesar de que le parecía imposible, Gordobriel volvió a sorprenderse.

—¿Dos millones de dólares? —preguntó, balbuceando.

—Dos millones de verdes, recién bajados de la avioneta —dijo uno de los guardaespaldas.

—Menos, ahora sí que no sé de qué me hablan —repitió Gordobriel.

Pero ya ni él mismo creyó en sus palabras. Estaba completamente húmedo de sudor. Volvió a mirar al viejo González, recordó el cariño que por el viejo sentía su padre. Después, pensó desconcertado en su madre y vio el rostro de Karen y Cachorro esa mañana contándole lo sucedido. Sin entender por qué, al ver las pupilas vidriosas de González, pensó en la piel blanca y se-

dosa de Patricia. El tic del viejo González acababa de desconcentrarlo. No sabía qué sentir, no sabía por dónde empezar a odiar al viejo. No sabía si odiar a sus amigos o creerse la posibilidad de que todo fuera una simple coincidencia. Se retorció en su silla y sintió su cabeza igual de flácida, deforme y pesada que su estómago. Al final, entre tanta confusión, lo único que pudo sentir con claridad fue el puñetazo que le pegó el mismo guardaespaldas que minutos antes lo había tratado de maricón.

La vida en la mafia tenía momentos muy divertidos. Tú sabes que aparte de los aviones, siempre me gustaron los carros. Yo era un hombre de ciudad, no me atraían los caballos, ni las fincas, ni las casas lujosas. Lo que quería era tener una discoteca famosa, un rumbiadero donde todo el mundo fuera feliz y, sobre todo, una colección de carros. Un ferrari, si era posible. Así que entre las cosas de las que más disfrutaba con la gente del negocio estaban las fiestas en la casa del patrón en Tuluá y las carreras de carros que organizábamos alrededor del pueblo. Me volví experto, me aprendí todos los caminos de los alrededores. Al amanecer, cuando ya estábamos bien borrachos, nos parábamos de las sillas, sacábamos de los cuartos a los que estuvieran culiando y nos subíamos en las camionetas para apostar y saber cuál era capaz de llegar primero a alguna vereda y quién era capaz incluso de arriesgar un carro recién comprado para ganar la carrera. A veces nos acompañaban las mujeres y entonces todo era más divertido. Yo tenía una negrita medio fija en el pueblo, Cristina Caycedo, y Cristinita se montaba en la toyota, se sorbía media botella de aguardiente del Valle, me hacía

beber también a mí y se acomodaba a mi lado para animarme. Yo arrancaba de últimas, les daba ventaja y después chancleteaba duro la camioneta, hacía rumbar el motor y salía detrás de los otros manes. La gente del campo ya nos conocía y se apostaba encima de las cercas a ver cómo corríamos por esos caminos y a divertirse observando cómo nos llevábamos por delante los cercados, los sembradíos y hasta los animales que se nos atravesaran. Cristina gritaba como loca, peor que cuando me la tiraba, y a mí la adrenalina se me ponía a cien y pasaba por el lado de los otros arrimándomeles, rozándolos para que me dejaran pasar y hacía saltar el carro en los baches del camino y cerraba a quienes quisieran adelantarme hasta que llegaba a la recta de la autopista. Sabía que ahí nadie me ganaba, si iba a delante ya no me alcanzaban y lo único que faltaba era disfrutar de la velocidad, bajarme vencedor en la entrada de la casa, destapar la botella de champaña y cobrar las apuestas para ir a gastarme la plata con Cristinita, para irme a celebrar el éxito que ella, con su gritería de negra de puerto, me había ayudado a conseguir.

Después de comer una hamburguesa en un puesto callejero instalado junto a Residencias Palmira, Karen siguió a Cachorro y se aventuró por Bogotá. No le fue bien. La ciudad que antes era su fiel compañera mientras compraba aretes a los hipis en las aceras, o se medía zapatos en los almacenes de la Décima para desaburrirse, le pareció agresiva.

Los frenazos ruidosos de las busetas, los pitos de los automóviles, el frío de la tarde, el regreso de la llovizna, y la gritería de los vendedores ambulantes se le convirtieron en una tortura.

Cada vez que la rozaba una ráfaga de viento, sentía que alguien la agarraba para detenerla. Pasó el brazo por la cintura de Cachorro para sentirse más tranquila, pero notó que Cachorro estaba aún más inquieto.

—Tenemos que irnos del centro, estar por aquí es dar mucha papaya —dijo Karen mientras alzaba la mano para detener un taxi.

—Pero ¿a dónde vamos? —preguntó Cachorro.

Karen no contestó. Lo empujó para que subiera al vehículo y se acomodó a su lado.

—A Galerías, por favor —dijo cuando cerró la puerta.

El taxi desvió por la Calle 26, tomó por la avenida Caracas y pasó en frente del Parque Central Bavaria antes de buscar la Carrera 17.

—Deberíamos bajarnos aquí —dijo Cachorro.

—Está loco, Cachorrito, dijimos que íbamos a comprar ropa y eso vamos a hacer —contestó Karen.

Cachorro frunció los labios e hizo el resto del trayecto callado mientras Karen veía caer la llovizna y recordaba los ojos de Ignacio, el cliente que la había llevado por primera vez al centro comercial adonde se dirigían.

—¡Aquí todo debe de ser muy costoso! —dijo Cachorro cuando llegaron.

—¿Cuál es el problema? Sólo vamos a gastarnos lo de los dulces —contestó Karen improvisando una sonrisa.

Cachorro entendió la ironía, se despejó un poco, pagó la carrera al taxista y siguió a Karen.

Era viernes, día de pago, así que la gente se encontraba blandiendo sus tarjetas de crédito y endeudándose hasta el cue-

llo. Globos de colores se reventaban contra techos, anuncios de ofertas colgaban de la entrada de los locales y un grupo de payasos recorría los corredores haciendo monerías y saludando a los visitantes.

El ambiente de fiesta relajó a Cachorro. La luz artificial y las vitrinas sin escasez le recordaron que ya era multimillonario. Ahogado por la música, intuyó que la vida valía la pena.

Las carreras de los niños, las parejas felices, las mercancías brillantes, la alegría de Karen buscando un vestido nuevo y la ilusión de que el dinero le sobraba, le hizo, por primera vez en la vida, respirar sin esfuerzo la bocanada de aire que le correspondía.

Pensaba en lo lejos que había estado de la felicidad cuando vio en la vitrina de un almacén un vestido de seda violeta. La tela brillante ahorcando al pobre maniquí le recordó a su madre. Alguna vez cuando era niño y ella se empeñó en trabajar horas extra para hacerle una celebración de cumpleaños, la acompañó a comprar lo necesario para la piñata. Jamás olvidó la expresión de ella cuando se paró frente a una vitrina y mirando un vestido del mismo color dijo: «Tal vez para Navidad pueda comprarme ese vestidito».

—Mire, cómprese éste —dijo Cachorro deteniendo a Karen.

Karen lo vio tan ilusionado, que traspasó la puerta del almacén sin pensar siquiera si la prenda le gustaba.

—A la orden, flaquito —saludó una mujer que, después de hablar, se convirtió en un hombre.

—Quisiera ver ese vestido —dijo Cachorro.

Haciendo sonar unas llaves, el travesti abrió la vidriera, cogió el vestido y lo puso sobre el mostrador.

—¿Le gusta? —preguntó Cachorro a Karen mientras acariciaba la tela como si estuviera hecha de flores.

—¿Cómo no le va a gustar? Camila siempre escoge lo mejor de la moda para sus clientes —interrumpió el travesti.

Karen era poco amiga de esos colores, pero tomó el vestido entre las manos y caminó hacia el vestier.

—Si fuera usted, no le compraría ropa —dijo Camila al ver el espléndido trasero de Karen.

Cachorro aprobó la ocurrencia de Camila y sacó su fajo de billetes para pagar el vestido.

—¿Y sólo va a comprar eso, flaquito? —preguntó Camila mirando con codicia el fajo de billetes.

Cachorro terminó de contar y revisó a Camila. Era alta, gruesa, y tendría cerca de cuarenta años. Pero los tenía bien vividos, perfectamente maquillados, y bien enfundados en un pantalón de cuero.

—¿Qué más tiene para la venta? —preguntó Cachorro sin guardar el fajo de billetes.

Camila aprovechó para mostrarle que el vestido necesitaba una blusa, y para la blusa un prendedor, y el prendedor unos aretes, sin contar los zapatos, claro está. Así que cuando Karen salió radiante y hermosa enfundada en aquel vestido de cóctel, Cachorro ya tenía negociados tal cantidad de accesorios que ella gastó otra hora en escoger y probarse cosas.

—Quedó como para casarse por lo civil —dijo Camila cuando Karen terminó de vestirse.

—¿No cree usted que un hombre con esa facha no es el acompañante apropiado para esta dama? —preguntó Karen a Camila.

Camila, que estaba dispuesta a conseguir que el fajo de billetes de Cachorro se quedara en su caja registradora, respondió:

—¡Claro! Por enfermo que esté, un hombre debe ir impecable —dijo mientras ponía frente a los ojos de Cachorro un vistoso traje de paño.

Karen empujó a Cachorro, lo metió al vestier, lo desnudó y le puso prenda por prenda una muda de ropa nueva.

—Está como para posesionarse de notario —dijo esta vez Camila cuando Cachorro logró que Karen lo dejara salir del vestier.

—Pero le falta una afeitada —dijo Karen.

Camila llevó su bolso y sacó una afeitadora desechable.

—Ésta es cortesía de la casa —dijo mientras pensaba que esa tarde había vendido más que en todo el mes.

—¿Y qué le pasó en el bracito? —preguntó Camila a Karen mientras Cachorro se afeitaba en uno de los espejos del local.

—Nos atracaron anoche —dijo Karen.

—¡La inseguridad de esta maldita ciudad! —renegó Camila mientras Cachorro terminaba de abotonarse la camisa.

Al pagar la cuenta, Cachorro notó que el dinero que llevaban no era tanto como creían.

—Con razón los ricos tienen que exprimir tanto a los pobres —dijo Karen cuando abandonaron el lugar.

—¡Menos mal que nosotros sólo tenemos que ir a recoger nuestro maletín! —dijo Cachorro.

—Sí, menos mal —dijo Karen para animarlo a pesar de que cada vez que Cachorro mencionaba el maletín a ella le temblaban las piernas.

—Deberíamos ir de una vez a buscarlo —dijo Cachorro.

—No sea aburridor, Cachorrino, mejor vamos a tomarnos un trago, todavía queda un billetico —propuso Karen.

—Bueno, pero antes yo quiero comprarme una loción —dijo Cachorro, animado porque creyó que la cara de emoción de Karen tenía relación con su maletín.

—¡Listo!, y yo quiero ir al salón de belleza —dijo Karen.

Sin mirar el reloj, Karen y Cachorro pasearon todos los corredores de Galerías, y compraron cuanto objeto les atrajo. Cuando los pies no pudieron dar ni un paso más, se sentaron a escuchar un grupo vallenato en una pizzería.

En las horas siguientes, Karen hizo realidad su sueño de estrujarse como un trompo y bailar amacizada con el galán de su propia novela. Entre copa y copa, fue capaz de arrancarle a Cachorro hasta la última gota de sudor, fue capaz de hacer que la rozara y la besara sin ninguna consideración, que le jurara que pasaría con ella el resto de la vida, y que le ayudaría a criar los hermosos niños que con gusto le iba a dar.

Hastados de bebida y comida, y con los tobillos protestando por el exceso de taconeo, salieron del lugar. Revisando sus bolsillos, Cachorro supo que otra vez se habían excedido. Pero no iba a amargarse teniendo la solución tan cerca. En ese momento sólo quería descansar. Así que alzó la mano y detuvo un taxi para ir a Residencias Palmira. Quería gozar de un reposo del que jamás había disfrutado: el reposo del exceso de dinero.

Es triste escribirlo, pero las cosas se jodieron cuando nos fuimos a vivir juntos. Antes todo marchaba bien. Peleábamos y me ha-

ías unos escándalos terribles por mis evasivas para sacarte del Oasis, pero siempre terminábamos pasándola bien y culiando en los mejores moteles. Ya nos conocían, ¿recuerdas? Nos daban siempre la misma habitación, nos servían brandy del que a ti te gustaba y nos conseguían condones de mil colores y formas diferentes. Pero como tú insistías e insistías y como yo estaba tan encoñado no fue nada difícil que termináramos viviendo juntos. «¡Tan güevón!», pensé. Tengo el billete para ponerle un apartamento a esta vieja. Para que no se me aburra la meto a estudiar y seguro que me la paso mejor y me sale más barata. Pero no funcionó. Tal vez porque tú lo que querías era casarte, pasar por la iglesia, y en lugar de tranquilizarte te volviste más desconfiada. Empezaste a medirme el tiempo, a decir que mis viajes a México demoraban más de lo necesario, a averiguar por mis negocios y a pedir explicaciones hasta por los detalles más tontos. No te lo dije, pero tanto acoso empezó a cansarme. No lo entendía. Por eso, cuando apareció Irene, me decidí a ensayar la vida con dos mujeres. Tal vez si hubieras sido un poco menos insegura lo de Irene no habría pasado de ser un capricho y nuestra relación habría seguido adelante. Es cierto que el día que descubriste mi infidelidad llevaba demasiados días sin llamarte y sin ir a casa. Pero no debiste desesperarte tanto, no debiste ponerte a pensar que había pasado alguna tragedia, que se había caído mi avión y ponerte a llamar a todo el mundo. ¿Para qué? Para terminar enterándote, sin necesidad, de que yo no sólo estaba vivo, sino de vacaciones con Irene. Sé que estaba actuando mal, Karen, pero nunca debiste mandar aquel telegrama amenazante. Me enloqueciste, me hiciste perder el sentido de las cosas. Estaba desayunando junto a la piscina, cuando me lo dieron. Se

me atascaron la comida, las letras y toda la vida frente a ese papelito. Me obligaste a despedirme de Irene con excusas absurdas y a viajar a Bogotá en medio de una confusión terrible. No creía posible que cuando llegara al apartamento fuera a encontrarlo vacío, con todo en su sitio, limpio, ordenado y todavía con el olor a ti. La nota de despedida escrita con tu letra apretada donde decías que alcanzaste a pensar que yo era el hombre que podía cambiar tu vida, pero que habías descubierto que estabas equivocada y habías decidido irte para no recibir limosnas ni estorbarme más, me acabó las esperanzas. Crucé como un loco media ciudad, Karen. Maldiciéndote, con el corazón vuelto argamasa y desconcertado al comprobar cuánto te amaba. Si hubieras visto cómo temblaban mis piernas cuando subí las escaleras. Entré al Oasis con miedo de encontrarte y, efectivamente, ahí estabas. Tan linda como te había conocido, sólo que demacrada por la angustia y el llanto, y lo que más rabia me dio, vestida con el biquini que te había regalado para el viaje a Cartagena. Si me lancé a pegarte y me enfrenté con los meseros, si saqué el revólver y los amenacé a todos, fue porque no sabía qué más hacer. Sé que nunca me lo perdonarás, pero o te mataba o te humillaba y preferí lo segundo. ¿Qué podía decirte? ¿Y qué podía salir de la boca de un hombre que había fracasado en su intento de vivir junto a una mujer a la que amaba y al que todos, a pesar de tener un arma en la mano, miraban con lástima?: «Lo sabía, Karen, tú no vales la pena, no tienes remedio, eres una perra, una zorra, la peor de todas las vagabundas».

Pasada la media noche, Karen y Cachorro se bajaron frente a las materas de bambú que camuflaban la entrada de Residen-

cias Palmira. Como todos los viernes de quincena, el lugar estaba lleno. Rocío había asegurado la puerta y se dedicaba a limpiar los corredores.

—No hay cupo —gritó Rocío desde el fondo del corredor cuando timbraron.

Karen oprimió el timbre y mantuvo su mano pegada al botón. Rocío se dirigió a la entrada, dispuesta a enfrentarse con la persona que armaba tanto alboroto, pero cuando vio que eran los huéspedes de Gordobriel y que estaban borrachos, contuvo su furia.

—Quihubo, hija —saludó Karen mientras estampaba un beso en la mejilla de Rocío.

La mujer quedó perpleja. Era la segunda vez que veía a Karen.

—Mire, le compré un detallito —dijo Karen mientras hacía maromas para entregarle un paquetico envuelto en papel regalo sin dejar caer la infinidad de bolsas que llevaba.

Rocío guardó el paquete en el bolsillo del delantal.

—Ábralo, ¿o es que no le gustan las sorpresas? —dijo Karen.

Rocío fue incapaz de negarse. Al rasgar el papel descubrió un estuche que contenía un par de aretes de fantasía. Conmovida y dando las gracias, guió a Karen y Cachorro por el corredor, les ayudó con los paquetes, y les abrió la puerta de la habitación de Gordobriel.

—¿Y el gordo? —preguntó Cachorro al ver la cama de Gordobriel vacía.

—No ha vuelto, ¡quién sabe dónde andará! —contestó Rocío mientras se santiguaba al ver las caricias que en medio de la borrachera daba Cachorro a Karen.

—Llegue a la hora que llegue, dígame que me despierte. Quiero contarle que desde anoche somos millonarios —dijo Cachorro.

Rocío salió de la habitación tratando de descifrar con su mente saturada de versículos bíblicos el mensaje para Gordobriel. Sin saberlo, al cerrar la puerta, Rocío los dejó abandonados, uno frente al otro, y empezando a respirar de nuevo la desolación que se descolgaba con terquedad de las paredes del cuarto de Gordobriel.

Después de reposar un instante sobre la cama como si ésta fuera toda la tierra, Karen se acomodó y empezó a examinar las compras. Feliz, empezó a perderse en los laberintos de sus imaginaciones. Había llegado a tal extremo su frenesí que había comprado la muda de ropa para su primer bebé.

Cachorro se tiró sobre la cama e intentó dormir, pero no pudo. Se sentía perdiendo el tiempo y le preocupaba que Gordobriel no hubiera regresado. Para aplacar la ansiedad, buscó el control remoto y encendió el televisor. No encontró más que una película pornográfica en la pantalla. Estaba agotado, y había tenido un día tan febril que no le interesaba ver a unos seres que más que amantes desbordados de pasión, parecían tartamudos del sexo.

Se levantó. Rompió una bolsa, sacó tres botellas de brandy, repuso la botella que le había gastado a Gordobriel, puso las otras dos en el suelo, sorbió un trago de la que había dejado en la mesa y encendió un cigarrillo.

Por la ventana que daba al patio entraba un frío húmedo. No entendía por qué, pero tenía toda la vida mezclada en un caldero de esperanzas, frustraciones y brandy. Dejando ir el

humo, intentaba serenarse y cada vez que estaba a punto de lograrlo, un grito de Karen lo volvía a desestabilizar.

Al abrir un paquete, Karen lanzaba tal exclamación de felicidad y asombro, que parecía que las compras no las hubiera hecho ella sino algún ángel destinado a satisfacer sus caprichos. Viéndola tan hermosa y feliz, Cachorro no pudo más que recordar a Patricia.

Toda la tarde había tenido la piel blanca de Patricia atragantada en la mente. Por instantes la había dejado a un lado gracias a los besos felices de Karen, a la música y a la alegría del centro comercial. Pero al volver a esa ventana muerta, al ver la inmensa alegría de las ilusiones de Karen, supo que lo único que podía hacer con el dinero del maletín era luchar por el amor de Patricia.

La imagen de Patricia casándose con un criminal, sólo porque él era pobre, se adueñó de su cabeza. La veía diciendo que sí, que aceptaba, en una iglesia toda decorada con rosas blancas. Sudoroso, pensó que, a pesar de que apenas podía sostenerse en pie, debía buscarla inmediatamente para evitar que ella equivocara el rumbo de su vida.

Karen, que lo creía absorto frente al televisor, se levantó y buscó unos cigarrillos en la chaqueta de Cachorro. No los encontró, pero encontró un estuche con una argolla de compromiso.

—Cachorrito, no era necesario —dijo mientras se medía el anillo.

Al ver a Karen con el anillo entre sus dedos, Cachorro dio un salto y lo arrancó de sus manos.

Karen, que apenas pudo ver la reacción de Cachorro porque tenía lágrimas en los ojos, quedó postrada en la desilusión.

Un segundo después exploró la cara de Cachorro y supo que el anillo no era para ella sino para Patricia.

—No me gusta que me esculquen la chaqueta —dijo Cachorro tratando de disimular.

—Usted es el peor hijueputa que he conocido, Cachorro —dijo Karen empezando su protesta.

Pero no pudo continuarlo. Sentándose frente a ella, Cachorro escondió la cara entre sus dedos huesudos y se desvaneció en llanto.

—No puedo, Karen, no puedo vivir sin ella. Usted me quiere, Karen, usted tiene que comprenderme, piense un momento, yo he amado tanto a esa mujer, que durante muchas noches había pensado robar un banco, secuestrar a alguien, llevar algo de droga, o aceptar una propuesta que tenía de lavar dólares, para conseguir el dinero que evitara que Patricia se me escapara de las manos —dijo secándose las lágrimas con la camisa nueva—. Usted bien sabe que desde el día que vi a Patricia empecé a amarla. Con sólo mirarla a los ojos supe que ella era la mujer que Dios había destinado para acompañarme y, por esa razón, jamás dudé de esperarla. Mire, Karen, la única vez que Patricia aceptó dormir en mi cama se dedicó a quererme con tal intensidad, y a entregarme su amor con tanta ternura, que pasé varias semanas llorando y dándole gracias a Dios por haberme hecho conocer el amor verdadero.

Después, y con voz quejumbrosa, Cachorro hizo una enredada disertación sobre el destino, y le dijo que, pensándolo con cuidado, nada era casualidad y que había llegado a la conclusión de que encontrar el maletín no era gratuito sino la oportunidad que le daba la vida para no dejar escapar a Patricia.

Convencido de sus disertaciones, Cachorro lloró y habló tanto de Patricia que, a pesar de la rabia, Karen alcanzó a compadecerlo. Desahogado, Cachorro cogió el anillo, lo limpió con su pañuelo y, pidiéndole el estuche a Karen, volvió a guardarlo.

Luego se levantó en busca de la bolsita de papel de regalo en que se lo habían entregado. Cuando sintió que todo había vuelto al orden, se puso la chaqueta y, sin mirar a Karen, salió de la habitación.

Se fue tambaleándose y dejó a Karen rodeada por una soledad que horas atrás se había dormido y que se despertó cuando sonó el golpe implacable con que Cachorro cerró la puerta.

Estudiantes de artes
o artistas

—¿Usted qué cree, viejo Cristian? ¿Será que esa maleta sí existe?

—No sé, Ángel, no creo.

—Pero es que todo hace pensar que sí.

—Cuando escribí *La crónica de una muerte inventada* comprobé que los protagonistas de la historia sí existieron, pero el maletín nunca apareció, todo puede ser pura imaginación.

—¿Será?

—Es que en este país la gente vive sin plata, y un chisme así la pone a soñar.

—No está mal soñar con un maletín lleno de dólares.

—Yo prefiero soñar con mujeres, hay más chance de que se materialicen.

—Pero los dólares no son tan complicados.

—Ni tan buena compañía.

—Bueno, eso sí.

—Lo del maletín prefiero olvidarlo.

—Yo no, a mí me gustaría encontrarme ese maletín.

—No me diga, Ángel, que ya está soñando en el vacío como todo el mundo.

—Imagínese, podría hacer una instalación bien bacana, po-

dría tapizar la plaza de Bolívar con dólares de verdad, hacer una pradera verde con los verdes y organizar una cabalgata para que los caballos caguen mierda verde encima.

—Eso no se lo perdonarían en un país en el que hay tantos pobres.

—Yo no quiero que me perdonen, sólo quiero ver en pleno centro de Bogotá el sueño máximo de un mafioso convertido en arte.

—No sé, mejor usar ese billete para ayudar a tanto desplazado que ha dejado la guerra.

—Ya empezó a soñar también usted, Cristian.

—Es que es contagioso.

—Pues yo voto por la instalación, aunque terminé con complejo de culpa.

—Yo mejor haría una fiesta, con aguardiente y música llanera.

—Nos vamos acercando, una fiesta no estaría mal.

—Bueno, eso sí, me guardaría un billetico para vivir un par de años y escribir una novela.

—No, Cristian, nada de deseos tan personales, ese billete es de la gente, hay que gastárselo en asuntos públicos.

—Pero unos dolaritos menos no se notarían y sí pueden cambiar el rumbo de la literatura colombiana.

—Eso suena a pretensión de político.

—De verdad, mejor olvidémoslo. Todos los dólares a untarse de mierda de caballo.

—¿Sí ve?, viejo Cristian.

—¿Si veo qué?

—Que el maletín sí existe.

—¿Cómo así?

—Existe o, ¿de qué estamos hablando nosotros?

—Pues sí, como el maletín existe, hagamos la instalación.

—Listo. Hagámosla.

Richar cerró la puerta y no me sentí más tranquila, me sentí peor. Era ridículo. ¿Cómo podía Gordobriel protegerme de Weimar si estaba, igual que yo, encadenado a la cama? Me puse a llorar. Las lágrimas caían con rabia por mis mejillas. Me emputaba ser mujer, sentirme débil, incapaz de protegerme sola. Lloraba y lloraba y entraba como en un delirio y veía pasar por mi mente multitud de imágenes. Me acordaba de mi mamá peleando por todo, veía al güevón del Weimar encima de mí rozando con su verga tiesa y caliente mi piel entumecida y, sobre todo, veía un mundo mal hecho, armado con odio en contra de las mujeres por el capricho de algún dios güevón, caprichoso e injusto. No sé cuánto lloré ni cuánto deliré, pero recuerdo que cuando ya no tuve fuerzas para seguir haciéndolo levanté los ojos llorosos, tropecé con Gordobriel y me pregunté por qué el tipo me había dejado llorar sin atreverse a pronunciar una palabra de consuelo.

—¿Ya está más tranquila? —dijo por fin.

No contesté.

—Mejor que haya llorado así, a ver si apacigua el carácter y no intenta volver a jugar con estos brutos.

—¿Jugar?

—Sí.

—Sólo quería darme un baño.

—Usted no tiene claro que esto no es un juego, aquí puede terminar muerta.

—Es que todo es tan absurdo...

—No, ése es el problema, que no lo es.

—Gracias... ¡qué consuelo!

—Weimar la habría matado si no aparece Richar.

—Pensé que si jugueteaba un rato con él, podría convencerlo de que me soltara.

—Parece una niña.

—Pero intento algo, no me dejo joder sin buscar una solución.

El gordo se rió.

—Aparte de reírse, usted no sabe hacer nada.

El gordo siguió riéndose.

—Pobre güevón, si ese par de manes fueran maricas ya se lo habrían culiado.

—Es mejor que no pelee conmigo, yo no tengo la culpa de nada.

—Puede que sí la tenga, ese hijueputa libro habla de usted y de sus amigos.

—De eso tampoco tengo la culpa.

—Entonces, ¿todo es verdad, esa gente existió?

—Sí.

—¿Y cómo habrán llegado hasta las páginas de esa novela?

—Seguro algún sapo que le contó la historia a un escritor.

—¿O sea que, leyendo esa novela, Richar y Weimar sí pueden saber qué pasó con el man que los contrató?

—Tal vez.

—¡Qué locura!

—Locura la de Weimar que cada vez que lo llama la mamá le cree todo lo que dice.

—Verdad, hoy dijo que iba a buscar una separata de *El Espacio*, que la mamá llamó y dijo que ahí había más datos.

—Por mí, que traiga la Enciclopedia Británica.

—¡Claro, y que yo se la lea!

—Perdóneme, no pensé en ese detalle.

—Pues sea más considerado.

—Bueno, que no la traiga.

—Eso está mejor.

—Sólo hay un detalle que me intriga —reflexionó el gordo.

—¿Cuál?

—¿Existirá ese maletín?

—Sí que la montan con ese puto maletín —contesté incómoda.

—¿Por qué?

—Es el cuento de nunca acabar, llevo meses oyéndolo.

—¿Cómo así?

—En Bogotá se habla a todas horas del maletín. Hasta un novio mío que quiere ser músico y es un man de lo más sensato, estuvo rastreándolo, diz que para invertir los dólares en un estudio de grabación que le evitara negociar con los delincuentes de las disqueras.

—Entonces, la gente se volvió loca con el cuento de la maleta.

—Durante un tiempo.

—Eso debió ser lo que evitó que me mataran.

—¿Quiénes?

—Pues el man que me encerró aquí pensaría que yo podía saber dónde estaba el billete.

—¿Y sabe?

—No, no sé nada.

—No le creo.

—Seguro, caí en esto por güevón.

—Después de lo que me dijo Weimar hoy, hasta le creo.

—¿Qué le dijo ese man?

—Que usted es un dormido, que no tiene ni ganas de irse.

—A lo mejor es verdad.

—¿Cómo así?

—Estoy cansado, no tengo muchos deseos de volver a mi hotel y seguir lidiando con traidores.

—¿Traidores?

—Ya lo vio, ni los amigos ni las mujeres valen la pena.

—¿Está decepcionado?

—Le parecerá raro, pero aquí he descansado mucho, conseguí que me trajeran unas antologías de poesía y he podido meditar sobre mi vida.

—Usted está chiflado.

—No menos que usted, que casi se hace violar por tirárselas de sobrada.

No le contesté, me quedé callada un buen rato. Él tampoco dijo más y aproveché el silencio para intentar dormir. No lo conseguí. Las últimas palabras del gordo me habían puesto triste. Miré hacia el techo, vi las grietas, las manchas amarillas sobre la pintura envejecida y caí en una de esas depresiones repentinas que sólo me curaba un baretico. Pero después del susto

de esa tarde, ya ni podía pensar en que me dieran marihuana. Así que me encogí sobre las sábanas, me dejé llevar por la angustia y volví a llorar.

—¿Y ahora por qué llora?

—Por todo.

—¿Por todo?

—Sí y porque estoy pensando en lo rara que es la vida, en lo rara que es la muerte.

—Tampoco se ponga así.

—Es que también me acordé de un novio que tuve hace dos años.

—¿Un novio?

—Sí.

—¿Y por qué se acordó de él?

—Porque lo traicioné.

—Cuénteme.

—Fue una historia muy tenaz.

—¿Por qué?

—Maricadas, una que es boba.

—Pero ¿qué pasó?

—Pues que yo me enamoré de otro man.

—Eso siempre pasa.

—Sí, pero todo fue una cagada.

—¿Y eso?

—Porque me enamoré de un escultor.

—Suená romántico.

—Pues no lo fue.

—Cuénteme, al fin y al cabo usted ya conoce casi toda mi vida —dijo el gordo para darme confianza.

—Me enamoré de un profesor de escultura llamado Wasserman.

—¿Uno flaco, pálido, con cara de no ver nunca el sol?

—¿Lo conoce?

—Claro, cuando estuve en la universidad, tomé un taller con él.

—Ya ve, cómo es de pequeño el mundo.

—Pero si ese man es marica.

—Sí, pero yo no sabía.

—No le creo.

—Ya ve. Estábamos en una campaña ecológica.

—¿A ese man le gustan esas vainas?

—Sí, era una acampada junto al río Bogotá para llamar la atención de la gente.

—¿Y qué pasó?

—Por esa época yo tenía un novio: Albertico. El Alberto era maniático de la ecología, se metió en el grupo y me llevó a acompañarlo.

—¿Cómo se llamaba el grupo?

—Los luchadores verdes.

—Muy feo el nombrecito.

—Sí, en el barrio se burlaban de nosotros.

—¿Y su novio por qué la metió ahí?

—Alberto era un man comprometido, luchaba por todo lo que creía, hacía manifestaciones contra las corridas de toros, contra el uso de químicos en la agricultura, contra los alimentos transgénicos, mejor dicho, contra todo lo que sonara anti-natural.

—¿Contra los condones también?

—No, contra eso no.

—Espere un momento flaca, ¿no era ese tal Alberto un flaco, muelón, de gafas como telescopios?

—Sí, ¿cómo lo supo?

—Pues, una vez una de esas manifestaciones contra los toros terminó en pedrea.

—Sí, un diciembre, hace casi tres años.

—Pues ese día se escondieron en mi hotel dos muchachitos. La policía venía persiguiéndolos y la camarera les abrió la puerta.

—¿Verdad?

—Seguro, fue muy divertido, cuando los polochos entraron a buscarlos los recibió Valeria, una de las putas que viven en mi hotel, casi en pelota. Al ver las tremendas tetas de Valeria se les olvidó a qué iban, los tombo se pusieron a coquetear y terminaron por irse sin capturar a los pobres muchachos.

—Entonces, ¿fue en su hotel?

—Sí.

—Pues Alberto me habló de usted. Me dijo que era un bacán, que había estudiado en la Nacional y que tenía un hotel lleno de mujeres.

—No exactamente, pero es algo así.

—Pues a mí me pareció repugnante.

—¿Y por qué?

—Nunca he estado de acuerdo con la prostitución, eso rebaja la dignidad de las mujeres.

—Yo les alquilo habitaciones, lo que ellas hagan en esos cuartos no es asunto mío.

—Bueno, ni discutir, que salimos peleando. El caso es que

Alberto me contó la historia y, la verdad, quedé medio agradecida con usted.

—Bueno, al menos.

—Así que con Alberto empecé a meterme en esos enredos ecológicos. Me gustaba. Gritaba, les armaba alboroto a los tombo, tenía sobre qué discutir con mis amigos y hasta peleaba menos con mi mamá porque gastaba las energías fuera de casa.

—¿Y cómo empezó el rollo con el Waserman?

—Pues una tarde Albertico me dijo que iba a protestar contra unas pruebas nucleares frente a la embajada de Francia.

—Creo que sé cuándo fue eso.

—Me imagino, salió en los periódicos.

—Ah sí, ya recuerdo.

—Pues nos hicimos unos carteles y nos fuimos con los amigos del grupo para la embajada.

—¿La de la Once?

—Sí, a ésa.

—Muy finos para protestar ustedes.

—Pero qué culpa si quedaba ahí.

—Bueno.

—El caso fue que al llegar a la puerta de la embajada yo vi por primera vez al Waserman y, de una, el man me gustó.

—Pero si es un calvo güevón.

—Pues a mí me gustó, me pareció muy bacana su calva, su ropita como de granjero y, sobre todo, sus manos de dedos largos. La verdad, si no fuera porque el man me gustó tanto, le habría tenido envidia por las manos.

—¿Y qué pasó?

—No, contra eso no.

—Espere un momento flaca, ¿no era ese tal Alberto un flaco, muelón, de gafas como telescopios?

—Sí, ¿cómo lo supo?

—Pues, una vez una de esas manifestaciones contra los toros terminó en pedrea.

—Sí, un diciembre, hace casi tres años.

—Pues ese día se escondieron en mi hotel dos muchachitos. La policía venía persiguiéndolos y la camarera les abrió la puerta.

—¿Verdad?

—Seguro, fue muy divertido, cuando los polochos entraron a buscarlos los recibió Valeria, una de las putas que viven en mi hotel, casi en pelota. Al ver las tremendas tetas de Valeria se les olvidó a qué iban, los tombos se pusieron a coquetear y terminaron por irse sin capturar a los pobres muchachos.

—Entonces, ¿fue en su hotel?

—Sí.

—Pues Alberto me habló de usted. Me dijo que era un bacán, que había estudiado en la Nacional y que tenía un hotel lleno de mujeres.

—No exactamente, pero es algo así.

—Pues a mí me pareció repugnante.

—¿Y por qué?

—Nunca he estado de acuerdo con la prostitución, eso rebaja la dignidad de las mujeres.

—Yo les alquilo habitaciones, lo que ellas hagan en esos cuartos no es asunto mío.

—Bueno, ni discutir, que salimos peleando. El caso es que

Alberto me contó la historia y, la verdad, quedé medio agradecida con usted.

—Bueno, al menos.

—Así que con Alberto empecé a meterme en esos enredos ecológicos. Me gustaba. Gritaba, les armaba alboroto a los tombos, tenía sobre qué discutir con mis amigos y hasta peleaba menos con mi mamá porque gastaba las energías fuera de casa.

—¿Y cómo empezó el rollo con el Waserman?

—Pues una tarde Albertico me dijo que iba a protestar contra unas pruebas nucleares frente a la embajada de Francia.

—Creo que sé cuándo fue eso.

—Me imagino, salió en los periódicos.

—Ah sí, ya recuerdo.

—Pues nos hicimos unos carteles y nos fuimos con los amigos del grupo para la embajada.

—¿La de la Once?

—Sí, a ésa.

—Muy finos para protestar ustedes.

—Pero qué culpa si quedaba ahí.

—Bueno.

—El caso fue que al llegar a la puerta de la embajada yo vi por primera vez al Waserman y, de una, el man me gustó.

—Pero si es un calvo güevón.

—Pues a mí me gustó, me pareció muy bacana su calva, su ropita como de granjero y, sobre todo, sus manos de dedos largos. La verdad, si no fuera porque el man me gustó tanto, le habría tenido envidia por las manos.

—¿Y qué pasó?

—Pues que hicimos la protesta, trancamos el tráfico y nos la pasamos superbien. Cuando todo terminó, Wasserman nos invitó a Alberto y a mí a su casa y nosotros aceptamos. Era como si el gran jefe nos fuera a dar la bendición.

—Le gusta dárselas de sobrado al Wasserman.

—Bueno... El caso es que llegamos a la casa y mientras hablábamos de los próximos planes, el man nos sirvió un té todo sofisticado que acababa de traer de Londres.

—¿Y eso la descrestó?

—En parte, pero el man a mí me había gustado desde el comienzo.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues el hombre nos sentó en un jardín muy bien cuidado, nos contó parte de su vida y nos dijo que le alegraba mucho contar con gente de empuje como nosotros.

—Mejor dicho, les lavó el cerebro.

—No, tampoco, pero ahí empezó el problema.

—¿Por qué?

—Pues porque Wasserman nos hablaba a ambos, pero yo creía que me estaba hablando a mí sola. Con esa dulzura con la que me miraba y con esos ojos tan limpios que tiene, yo pensaba que tanta cortesía era para mí. Además, cuando estábamos paseando por el jardín, Alberto dijo que iba al baño y Wasserman me dijo que volviera cuando quisiera, que ésa era mi casa.

—Así que usted se entusiasmó.

—La verdad, sí. Imagínese, yo miraba al Wasserman y miraba el jardín con las esculturas, las fotos acompañado de personajes famosos que tenía pegadas en la pared del estudio y mira-

ba a Alberto, y, a pesar de la nobleza y las buenas intenciones, mi novio parecía un pobre güevón.

—¿Y volvió?

—Pues claro, antes de salir Wasserman nos anotó el número del teléfono para que le ayudáramos en futuras protestas y aunque el papelito con el número lo guardó Alberto, yo me lo grabé y esa misma semana llamé.

—Pero usted sí es muy falsa.

—No, falsa no. Yo quería vivir.

—¿Qué pasó cuando lo llamó?

—Nada.

—¿Cómo así?

—Llamé a Wasserman y lo saludé, midiendo a ver qué decía.

—Ajá.

—Y el man pues muy amable, muy cortés, pero nada que me insinuaba que fuera a su casa.

—¿Y entonces?

—Pues yo le dije que quería volver a ver sus esculturas, que me habían gustado mucho.

—¿Y él qué le dijo?

—No se animó demasiado, pero al fin dijo listo, si quieres ven mañana.

—¿Y usted fue?

—Claro que fui. Estaba muy excitada, esa noche me la pasé pensando que el Wasserman me iba a poner las manos encima y que yo iba a alucinar de placer.

—¿Y usted era virgen?

—Claro que no. Tenía 16 años pero ya había salido con el abogado que tramitó el divorcio de mis papás y me había acos-

tado con el tipo un par de veces.

—¡Los abogados!

—Fue muy rico, la verdad. Pero seguía medio inocente porque con Albertico el cuento era otro.

—¿Por qué?

—Pues porque a mí Alberto me parecía chévere pero no me gustaba tanto. Así que lo dejaba acariciarme, morbosiarme un poquito, pero sólo hicimos el amor una vez.

—Ustedes las mujeres sí son raras.

—No es eso, es que el man no me excitaba. Pero yo lo quería, nunca le había sido infiel.

—¿Por qué?

—Alberto era muy lindo, muy buena gente y daba cagada ponerle los cuernos.

—Hasta que apareció Werman.

—Sí, lo peor es que en esos días empezaba a enamorarme de verdad de Alberto. Pensé que la podía pasar bien un par de veces con Werman y después ponerme en la labor de querer a Albertico.

—Pobre güevón el Alberto.

—No diga eso que me hace sentir peor.

—Perdón.

—Además, estaba lo de la promesa.

—¿Cuál promesa?

—Es que Alberto tenía cosas raras. Del colegio nos llevaron una vez al nevado del Cocuy y cuando nos acercábamos a la cumbre, Alberto me sugirió abandonar el grupo para ir a hacer un ritual que había leído en un libro de antropología.

—¿Un ritual?

—Sí, nos escapamos y nos pusimos a andar por la montaña.

—Suenan emocionante.

—Nos metimos en una cueva, y Alberto sacó de la mochila unas cazuelitas de cerámica y echó en ellas una chicha mezclada con polvo de oro que quién sabe de dónde había sacado.

—Pero ese man estaba loco.

—No, simplemente era algo que había leído en un libro y al man le pareció bacano hacerlo.

—¿Usted qué pensó?

—Me divertía, así que tome la pócima esa, nos emborrachamos, empezamos a besarnos y terminamos haciendo el amor.

—¿Ésa fue la única vez?

—Sí.

—Pues divertida sí fue.

—El hecho fue que de ahí en adelante Alberto decía que yo era su mujer y yo no lo contradecía, me parecía parte del juego.

—Hasta lo de Werman.

—Pues sí, cuando conocimos a Werman ya habían pasado seis meses y a mí la historia del nevado me parecía bastante lejana.

—¿Qué pasó entonces?

—Pues esa tarde me fui para donde Werman y me lo encontré con un grupo de amigos.

—¡Qué defraudada!

—Quedé medio confundida porque creía que el man había captado mis insinuaciones, pero lo cierto fue que el man se portó muy amable, me presentó a toda la gente que estaba con él y después se olvidó de mí.

—¡Qué piedra!

—Al comienzo sí, pero después la pasé rico porque los manes eran músicos y empezaron a cantar y a tocar guitarra.

—¿Y ni siquiera en ese momento se dio cuenta de que el Wasserman era marica?

—No, como el hombre no decía nada raro, al contrario, hubo un rato en que estaban cantando boleros y Wasserman empezó a acariciarme el cabello. Así que recosté mi cabeza en sus piernas y me sentí la mujer más feliz de la tierra.

—¿Y entonces?

—Pues esa noche salí de ahí toda ilusionada, pensaba que iba por buen camino y que hasta era posible que Wasserman se enamorara de mí.

—Usted sí es una güevona.

—Era.

—¿Y Alberto?

—Pues resulta que llegué a la casa y como se me había hecho tan tarde mi mamá estaba putísima y el güevón del Alberto la había acabado de cagar porque le había dicho que él tampoco sabía dónde estaba yo.

—¿Y qué dijo su mamá?

—Pues el escándalo de siempre. Pero qué va, me hice la güevona, me inventé una mentira y al marica del Alberto tampoco le armé mucha bronca porque me sentía un poquito culpable de lo que estaba haciendo.

—Y entonces, ¿por qué fue el problema con él?

—Por lo mismo de siempre, por los chismes.

—¿Cómo así?

—Pues sí, como estaba tan entusiasmada, no pude aguan-

tarme las ganas de hablar con alguien de lo que me estaba pasando. Así que cometí el error de contárselo a Jimena.

—¿Y ésa quién es?

—Una compañera del colegio.

—¿Y?

—Que aunque yo era la mejor amiga de Jimena, no sabía que ella estaba enamorada de Alberto.

—Uff.

—Todos los días le iba con detalles a Jimena, que ayer lo llamé, que voy a ir de nuevo a su casa y todo eso.

—O sea, que siguió yendo donde Wasserman.

—Bueno, es que todo se juntó.

—¿Por qué?

—Pues porque yo me entendí bien con los músicos y a Wasserman le pareció fácil seguirme invitando cada vez que alguien iba a tocar a su casa.

—Y usted pensó que el man le estaba caminando.

—La verdad, sí. Es que el man me llamaba con mucha frecuencia y me trataba de un modo muy especial. Un par de visitas y era yo la que hacía el té para los invitados.

—¿Y Alberto?

—Pues empezó a sospechar, me la montaba y me hacía preguntas a toda hora, pero yo siempre encontraba la manera de engañarlo.

—Muy irresponsable, mijita.

—En esos días fue cuando Wasserman me dijo que posara para él, que necesitaba hacer unos bocetos y mis rasgos físicos estaban ni que mandados hacer.

—Y usted le dijo que sí.

—Pues claro, ya llevaba dos meses detrás del man y, la verdad, iba embalada.

—¿Embalada?

—Sí, en muchas ocasiones había tratado de insinuármele a Waserman y el man se me escabullía. Así que pensaba que el man me tenía miedo por la edad, pero conservaba las esperanzas porque en un par de ocasiones uno de los músicos trató de propasarse conmigo y Waserman reaccionó muy violentamente.

—Y usted pensó que el man estaba enamorado de usted.

—Sí, lo pensé. Además, Waserman me excitaba muchísimo. No debería decírselo, pero yo llevaba todo ese tiempo evocando la imagen de Waserman cada vez que me masturbaba.

—¿Y el man le dijo que posara para él?

—Sí, y pensé que el hombre al fin había encontrado una manera de insinuárseme.

—Qué enredo.

—Recuerdo que, aprovechando que mi mamá había tenido que viajar para visitar a unos clientes y yo estaba a cargo de la casa, no fui a estudiar y me quedé toda la mañana en mi habitación, depilándome, haciéndome mascarillas, untándome cremas para estar preciosa.

—¿Y qué pasó?

—Pues que la güevona de la Jimena no se aguantó las ganas y le contó todo a Alberto.

—¡Qué cagada!

—Al enterarse, Alberto arrancó para la casa de Waserman y se escondió en un jardín cercano para vigilar la entrada.

—Pobre man.

—Albertico todavía no creía que yo fuera capaz de hacerle eso.

—Así somos los hombres.

—El pobre me vio entrar a la casa de Waserman.

—¡Qué cagada!

—Yo llegué oliendo a rico, recién bañadita, con un vestido nuevo y con unas ganas terribles de sentir las manos suaves de Waserman por toda mi piel.

—¿Y Waserman?

—Pues el man me recibió con mucha amabilidad, pero lo noté como nervioso y seguí confundiéndome más. Nos tomamos un té, y pasamos al estudio.

—Ajá.

—Ahí, Waserman me dijo con mucha dulzura que esto no era nada malo, pero que si no quería, no lo hiciera. Todavía más confundida, le dije que estaba muy segura de lo que hacía y empecé a desvestirme.

—¿Y Alberto?

—No estoy segura, pero por lo que dedujo la policía, Alberto se las arregló para entrar a la casa y comprobar con sus ojos lo que estaba pasando.

—Juemadre.

—Así que cuando empecé a desvestirme Albertico nos estaba observando.

—¿Y no hizo escándalo?

—No, eso fue lo peor, Alberto no hizo ningún alboroto.

—¿Entonces?

—Pues ya me había quitado toda la ropa. Waserman me había llevado junto a la ventana y me había dicho que me queda-

ra quieta. Le seguí la cuerda siempre tratando de parecer muy sensual y con la esperanza de que al fin se decidiera a tocarme.

—Ya, pero ¿y Alberto?

—Pues cuando llegué a la casa estaba haciendo calor, pero mientras nos tomamos el té, el cielo se nubló y empezó a hacer frío.

—¿Y?

—Ya estaba acomodada para posar pero como soy muy friolenta empecé a tiritar.

—Ajá.

—Al verme tiritando, el Waserman dijo: «Qué pena, voy por una calefacción», y salió de nuevo al patio.

—¿Y?

—Ahí fue cuando oí el grito.

—¿De Alberto?

—No, de Waserman.

—¿De Waserman?

—Sí, me asusté toda y pensé que alguien había entrado a robar a la casa, así que me puse otra vez la bata que llevaba y salí corriendo hacia el patio.

—¿Y?

—Los vi.

—¿Peleando?

—No sea güevón, gordo, vi a Waserman desmayado en el piso y a Alberto colgado del árbol.

—¿Ahorcado?

—Sí, hermano, ahorcado.

Crónica de una muerte inventada

(un informe especial del diario El Espacio)

El día en que, supuestamente, lo desaparecieron, Jimmy Lozano, alias el Cachorro, salió de Residencias Palmira hacia la whiskería el Oasis en busca de Patricia Mejía, una prostituta de la que estaba muy enamorado. Había pasado la tarde soñando despierto que Patricia volvería a quererlo y a dormir con él, y por un buen rato la pasó feliz haciéndose ilusiones, pero llegado el anochecer se bajó de la nube, recordó que Patricia lo había cambiado por un mafiosito de tercera categoría y corrió tras ella para contarle que había conseguido mucha plata y, por tanto, merecía una nueva oportunidad. “Era un güevón sin remedio”, me dijo Gatúbela, otra prostituta del lugar, evocando unos meses después los sucesos confusos de aquel sábado de rumba frustrada. “Llevaba meses buscando a una mujer que se iba a casar con otro”, me dijo. Gatúbela se había ganado a pulso una fama de lengüilarga, envidiosa y faltona, por eso ni los meseros, ni las otras chicas, ni el administrador de la whiskería tomaron en serio sus palabras cuando esa noche con la voz quebrada por las lágrimas dijo: “Esa zorra va a ser la perdición del pobre Cachorro”.

Tampoco Cachorro le hizo caso. Había dormido poco por estar paseando y haciendo compras y tirando con Karen, otra prostituta del mismo burdel, y como estaba entusiasmado con la posibilidad de reconquistar a Patricia, tomó la advertencia como una más de las frecuentes rencillas que enfrentaban a las chicas de la whiskería. Es más, la gente con que se cruzó desde que salió de Residencias Palmira hasta que desapareció como si fuera sindicalista, se acordaban de que el hombre estaba muy

borracho y todos creyeron que al día siguiente sería fácil localizar a Cachorro porque pensaban que amanecería dormido en la barra del Oasis como solía hacerlo cada vez que se excedía de tragos. Ninguno pensó que estando tan ebrio fuera capaz de ir muy lejos de la whiskería. Algunos juraron y comieron tierra asegurando que la noche se estaba yendo sin novedad, como ocurría siempre que el pago quincenal caía entre semana y la gente no alcanzaba a llegar con billete hasta la tradicional rumba del viernes. Pero la mayoría estaba de acuerdo en que fue una noche especialmente violenta, con las calles pobladas de atracadores, y que en el momento del supuesto asesinato la Carrera Séptima estaba llena de ladrones y desechables como la vio siempre Cachorro en sus cuatro años de taxista nocturno. Yo estaba echándome el último polvito de la noche con una secretaria del periódico y no contesté la llamada urgente del jefe de redacción porque pensé que los muertos no eran tan importantes como decía el mensaje del beeper, sino unos muerticos más de entre las decenas que las rumbas de fin de semana dejan en Bogotá.

Como el cuerpo nunca apareció, es difícil precisar las ropas que vestía Cachorro, pero por los testimonios recogidos, se puede afirmar que Cachorro llevaba un pantalón de paño comprado en una lujosa tienda de Galerías y una camisa de colores rechinantes confeccionada con seda falsa. Era una ropa costosa como la que soñaba usar desde niño, pero que jamás se había podido comprar a causa de la pobreza. De no haber encontrado el maletín con los supuestos dos millones de dólares, se habría vestido con el bluyin viejo y la camiseta desteñida con que solía conducir y hacerle mecánica al carro que, de mala gana, le

había alquilado su cuñado para que se ganara la vida. Acostumbraba trabajar acompañado de una buena varilla para enfrentarse con los otros taxistas, un destornillador de quince pulgadas que era magnífico para espantar desechables y un cuchillo de carnicería fabuloso para dirimir los altercados con los pasajeros. En época de batidas dejaba las armas en casa para evitar que se las confiscaran y se negaba a llevar gas paralizante en la guantera del carro porque decía que esos gases eran cosa de gringos, de viejas miedosas y de maricas. Al igual que su padrastro, siempre llevaba encaletado un revólver comprado en el mercado negro de la calle del Cartucho, pero aquel día iba sin arma porque hacía un mes se la habían robado. “Quería volverme a comprar una pistolita para desquitarse de los atracadores”, me dijo Gatúbela. Yo lo confirmé en mis averiguaciones y supe además que el revólver lo había perdido en un callejón de ciudad Bolívar y que los ladrones no sólo le habían robado el producido del día, el arma y un proveedor de repuesto, sino que lo habían obligado a quitar el radio, los espejos y las farolas del carro, amenazándolo con su propia arma. Cachorro sabía que eran integrantes de una banda muy peligrosa, pero estaba dispuesto a demostrar que era un varón y a tomar venganza.

La última imagen que Gatúbela tenía de él era la de su conflictivo paso por el Oasis. Lo había visto entrar tambaleándose, poco después de la medianoche, en el mismo momento en que ella terminaba un show de estriptis, iba vestido con una ropa oscura que lo hacía parecer un pingüino desnutrido y ella se le atravesó para insinuarle que se sentara a su lado, pero él dijo que no, la miró con esa cara de desvalido con que habría de re-

Crimen
Robo

cordarlo el resto de su vida y fue derecho hacia la barra donde estaban sentadas Patricia Mejía y sus amigas.

—Todas las perras tienen suerte —dijo.

Lo vio tratar de besar a Patricia desde la misma poltrona sucia en que la encontré cuando la secretaria del periódico me cambió por un redactor más joven y decidí investigar esta historia como una terapia para curar las penas de la traición. Apenas sí distinguía las formas porque en esos pocos meses el alcoholismo se le había vuelto crónico y le bastaba un sorbo de brandy para estar demasiado ebria y empezar a llorar la muerte de Cachorro. A pesar de su gordura incontrolable, tenía las piernas cruzadas y trataba de parecer deseable con su cara mal maquillada, con su ropa remendada y con el aroma enfermo de un perfume barato comprado en San Victorino.

Apenas subí las escaleras y entré por la puerta de la whiskería me confundió con el recuerdo de Cachorro. “Por ahí entró —me dijo—. Tenía el vestido de paño inglés comprado en Galerías quién sabe con qué plata, porque, la verdad, siempre vivía sin un peso.” Estuvo un largo rato llorando, sin descruzar las piernas ni dejar de forzar las costuras de su estrecho vestido hasta que el efecto del brandy se apaciguó y se dio cuenta de que yo no era Cachorro porque estaba demasiado calvo. Entonces gimió: “Hubiera sido el hombre de mi vida, pero esa traidora de la Patricia lo convirtió en un malparido ambicioso”.

Yo lo vi en sus delirantes recuerdos. Había cumplido treinta años poco antes de que Patricia lo dejara, era flaco y ojeroso y llevaba el pelo largo a la usanza de los futbolistas de barriada y (la misma mirada llena de resentimiento de la mayoría de los taxistas bogotanos) Era el hermano menor de una familia

numerosa donde ninguno de sus padres tuvo tiempo para atenderlo, pero él había conseguido hacerse un lugar en el mundo tumbando a patadas los obstáculos de la vida y simulaba ser un hombre feliz junto a su padre hasta que éste murió atropellado por un bus en la avenida Caracas cuatro años antes y siguió pareciéndolo con la madre amargada hasta que ésta murió en aquel inexplicable accidente de flota intermunicipal. De ella heredó los caprichos. De su padre aprendió el amor por los revólveres comprados en el mercado negro, la afición por los taxis y las busetas de servicio público y los trucos para hacer trampa jugando a la rana, de su padre también aprendió el arte de sobrevivir al acoso de los enemigos incluso si éstos vivían bajo el mismo techo que uno y las artes de pedir fiada la comida y de irse de las viviendas debiendo varios meses de alquiler. No solían hablar entre ellos, pero delante de la madre parecían buenos amigos para evitar que alguno de los dos tuviera que irse de la casa. Nunca se los vio juntos en la ciudad y la única vez que jugaron rana en el mismo bar fue el día que la selección colombiana de fútbol perdió la final de una Copa América y la pena moral los unió momentáneamente en una borrachera que sirvió para consolar el triste final del encuentro. El accidente de su padre le abrió el camino en la compañía de taxis de su cuñado y tuvo que abandonar la pandilla de amigos del barrio para ponerse a trabajar y mantener el hogar. Por su carácter irascible, Cachorro era problemático y complicado y de corazón confuso.

El día en que supuestamente lo desaparecieron, a Gatúbela le costó trabajo creer que era él quien entraba en la whiskería vestido de modo tan elegante. “Pensé que era algún ejecutivo despistado o sin plata”, me dijo. Pero al oír la manera como dis-

Crimen
No pagar
arrivado

cutió con uno de los meseros supo que era Cachorro y presintió que iba a rogarle a la mona Patricia que volviera a su lado. Gatúbela casi se muere de la rabia.

“No lo va ni a voltear a mirar —pensó—. Lo va a despreciar como a un perro y, como siempre, se irá a culiar con el Siamés.

Cachorro sabía que Patricia era una mujer interesada, pero había decidido pasar por alto ese detalle y amarla con todos sus defectos. “Es que está muy rica”, vivía diciendo. A Gatúbela, en cambio, lo único que le interesaba de la despedida de soltera que celebraba Patricia, era que se terminara rápido. Esa noche, Gatúbela creyó que, después de las muestras de indiferencia que le había dado Patricia a Cachorro, por fin iba a tener una oportunidad con el taxista, pero jamás imaginó que de la whiskería Cachorro caminaría derecho al vacío, al secuestro, a la desaparición.

Gómez, el administrador del Oasis, estaba seguro de que la noche había sido tranquila, sólo un poco violenta, como todas las noches de Bogotá. “Al contrario —me dijo cuando fui a verlo, poco antes de que lo tirotearan detrás de la barra de la misma whiskería—. La gente que es quejetas, ésta es una ciudad tranquila.” Estaba revisando las fichas de sanidad de las chicas, rodeado por la mirada curiosa de todos los meseros, cuando Cachorro apareció. “Ya llegó otra vez este hijueputa” recordaba haber dicho con rabia Edwin Gómez. Tabaco, uno de los meseros del Oasis, que tampoco soportaba la presencia de Cachorro, se atravesó en la entrada para no dejarlo pasar. El Oasis medio lleno, con la música tronando sin descanso, con las luces intermitentes esforzándose por animar el lugar y con unas pocas chicas poniéndole cara de esperanza a la noche, tenía un falso ambiente de fiesta. Cachorro se encaró con Tabaco.

—Se le están subiendo mucho los humos, Tabaquito —le dijo.

Gómez decidió salir de detrás de la barra.

—No se las tire de sobrado, Cachorro, recuerde que si no queremos, no tenemos obligación de dejarlo pasar.

Había sido chófer de uno de los taxis del cuñado de Cachorro y un chisme salido de la boca de Judith, la hermana de Cachorro, lo había dejado sin trabajo, sólo una recomendación de una de las prostitutas lo había colocado como administrador del Oasis. Tabaco era su mejor amigo y las luchas entre los tres hombres por conquistar el afecto de las chicas habían terminado por enfrentarlos. “Cachorro era un abusivo —me dijo Tabaco, con cara de satisfacción, cuando la muerte prematura de Gómez lo hizo ascender al cargo de administrador del Oasis—. Gómez siempre me dijo que era igual que su hermana. Un metido y un chismoso.” Pero no pudo evitar poner cara de trascendencia al recordar el amor terco que Cachorro fue capaz de mostrar durante largos meses por Patricia.

—Usted no es capaz de querer con esa verraquera ni a su propia madre, Tabaco —le dijo Cachorro alguna vez.

Tabaco necesitó apenas un fin de semana para empezar a mostrar respeto y devoción por la actitud del taxista. “¡Qué man tan loco! —exclamó admirado—. Perderse de todo el mundo solo porque una vieja no fue capaz de corresponderle en el amor.” Sin embargo, tenía tanta rabia acumulada esa noche, que no se quitó de la entrada y obligó a Cachorro a empujarlo para poder entrar. En ésas estaban cuando yo dormía con la secretaria de redacción en el apartamentico que un amigo me había prestado para que al fin me sacara la espina de tirármela.

El Oasis era el último piso de un antiguo edificio de oficinas, de paredes vestidas con retazos de espejo, una pista de baile levantada a cuarenta centímetros del suelo, y un montón de poltronas improvisadas alrededor de pequeñas mesas cubiertas con fórmica alrededor de las cuales las prostitutas esperaban con cara de desconsuelo a los ingenuos clientes. Había sido construido en la época que el centro de Bogotá era la sede principal del gobierno colombiano y los empresarios y leguleyos que tenían negocios con el Estado se instalaban alrededor de aquel ámbito de poder. Cuando Gómez llegó al lugar, después de su abrupto despido como taxista, ya el centro de Bogotá era una destruida y decadente zona de guerra para quienes luchaban por la supervivencia diaria, por la Carrera Décima transitaban toda clase de ladrones, avivatos y desechables y la primera planta del edificio se había convertido en un billar para vendedores ambulantes, las plantas dos y tres en locales donde se vendía bisutería de contrabando. Gómez recibió del esmeraldero dueño del Oasis el encargo de remodelar el sitio porque últimamente estaban perdiendo mucha clientela. Al fondo levantó otra tarima para que se hiciera estriptis simultáneamente en dos pistas, puso unas duchas para que las chicas se ducharan desnudas frente a los clientes, hizo instalar una pantalla gigante para ver cine porno. Las sillas apenas alcanzó a tapizarlas porque el esmeraldero se enfureció y le dijo que estaba gastando demasiada plata. Lo único que se salvó de aquella remodelación fueron las chicas y los meseros: siguieron siendo los mismos pelagatos de siempre. En el fondo del lugar, donde antes había estado la oficina de Ramón Arbeláez, un importante político de los años cincuenta, construyó unos reservados. Un poco pequeños y sin

ventilación, pero tampoco le importó porque sabía que esa atmósfera asfixiante ayudaba a impedir que las chicas se demoraran mucho con los clientes. En la fachada conservó el aviso de neón que identificaba el lugar, pero mandó pintar todos los vidrios de negro para que la luz de la calle no alterara el ambiente oscuro del local cuando, por algún evento especial, debía funcionar a plena luz del día. Conservó la iluminación roja de las escaleras que iban desde la entrada hasta el cuarto piso donde funcionaba la whiskería porque quería que los clientes se sintieran en ambiente festivo desde la misma entrada. Esas escaleras, con sus tres descansos, fueron siempre lugar de besos furtivos y muchas sorpresas y, a pesar de ser tan estrechas y empinadas, fueron las que tuvieron que utilizar los hombres que se llevaron a Cachorro la noche que el taxista salió desesperado de Residencias Palmira a recobrar el amor perdido de Patricia.

Nadie puede entender todavía cómo tanta gente subió y bajó esas incómodas escaleras sólo para meterse en problemas. El juez instructor que nombró la misma policía tuvo que pensar que si alguien se tomaba la molestia de llevar a cuestas a un hombre a lo largo de treinta y nueve resbalosos escalones lo hacía porque detrás había un asunto gordo, pero como su interés era dejar libre de sospecha al mayor Carmona, no apuntó este detalle en el informe que sobreescribió la investigación. Las escaleras sólo aparecían para sostener todo lo contrario: que había sido imposible sacar a Cachorro alzado y maniatado por varios hombres por un lugar tan estrecho. En realidad, la única persona que dijo la verdad fue Gatúbela, que, sin abandonar la tristeza, afirmó: "Si el mayor Carmona hubiera necesitado tirarlo por la ventana para poder llevárselo, lo habría hecho". Era un

testimonio tan contundente que el juez lo eliminó del sumario.

Gómez, por su parte, fue terminante al decir que no reconoció a los hombres que se lo llevaron. Como lo tirotearon antes de que pudiera rectificar sus declaraciones, nadie pudo aclarar quiénes fueron las personas que entraron por Cachorro en la whiskería. No sabía qué clase de problemas tenía el taxista, pero la ropa cara y un anillo que llevaba esa noche el taxista le hicieron sospechar que había cometido algún delito. “Ese man estaba hace tiempo tramando secuestrar a alguien”, me dijo. No obstante, Tabaco me confesó cuando a Gómez ya lo habían asesinado que éste había recibido una llamada sospechosa al final de la tarde, y que al hombre le dio mucha alegría cuando vio entrar a esos hombres tan agresivos al local, porque tenía envidia de pensar que Cachorro hubiera coronado algún negocio sucio pero grande. En cambio, él no lo previno porque le pareció imposible que Cachorro estuviera metido en negocios raros y cuando se le atravesó, lo vio tan borracho que ni siquiera se imaginó que fuera capaz aquella noche de hacer algo distinto a quedarse dormido.

Cachorro cruzó la entrada del Oasis envuelto por las miradas burlonas de las prostitutas y perseguido por una canción de Diomedes Díaz. Tabaco lo dejó pasar porque al final sintió lástima del taxista y lo siguió mientras caminaba por el corredor, y empezaba a buscar a Patricia entre las chicas que estaban esa noche en el Oasis. Quería incomodarlo un rato, pero Cachorro se volvió y le preguntó: “¿Necesita trabajo de guardaespaldas? —me dijo Tabaco—. Era lo que me decía siempre que lo acosaba en la whiskería, pero ese día no me dio piedra sino que sentí una lástima la hijueputa por la cara de abandonado que traía el

man”. Se apartó para que Cachorro viera a Patricia sentada entre Vanessa y Samantha. Entonces el taxista vio los dientes blancos y apretados de Patricia y el par de tetas untadas de talcos que siempre la acompañaban, pero no pudo ver más. “Sacó un estuche del bolsillo y se acercó a ella —me dijo—. Era una argolla grande, con una esmeralda muy bonita y pensé que era de fantasía porque me parecía imposible que Cachorro tuviera plata para comprar algo tan caro.” Lo único que él podía haber hecho para ayudar a Cachorro era asociar la llamada recibida por Gómez con el anillo, pero estaba tan preocupado por cobrarle la altanería al taxista que no tuvo tiempo de hacerlo. Vanessa le había dicho que la llamada tenía que ver con un maletín lleno de dólares y había añadido que el maletín lo tenían Karen y Cachorro y que los dólares eran propiedad de Luis González, un antiguo cliente del Oasis que había hecho fortuna con la coca y que ahora sólo visitaba las whiskerías del norte de la ciudad o, para evitar los chismes, se hacía llevar las mujeres a un apartamento que había comprado para tal fin. Vanessa le juró a Tabaco que de eso trataba la llamada, pero a él le pareció tan ridícula la historia, que sólo la tomó en serio tiempo después, cuando Karen y Cachorro desaparecieron del todo y la historia sobre el maletín se convirtió en un chisme que circulaba por toda la ciudad.

Eran las tres de la mañana y la llovizna había llegado para entristecer el amanecer. En la Carrera Décima estaban tirados los cartones en que venía envuelta la mercancía de las tiendas de electrodomésticos del sector y los desechables se apresuraban a recogerlos porque si se mojaban mucho no se los compraban en las bodegas de reciclaje de la calle del Cartucho. Con la lloviz-

na, las calles parecían vacías y el brillo del agua sobre las calzadas le daba un toque romántico a una avenida por la que ningún cristiano con un poco de sensatez sería capaz de aventurarse a esas horas. Cuando los primeros supuestos policías llegaron al Oasis, un grupo de atracadores se movió entre las sombras, pero al percatarse de que los dueños de las camionetas iban tan bien armados, se parapetaron de nuevo en los portales de los edificios.

El único lugar abierto en la toda la Carrera Décima era un puesto callejero de comidas que se instalaba junto a la puerta del Oasis. Marina Rojas, la dueña del negocio, fue la primera que vio llegar “a unos tipos con cara de policías” que se pararon junto a la puerta de la whiskería y se pusieron a esperar a alguien entumidos del frío. Hablaban con misterio entre ellos e incluso mencionaron a un taxista, pero Marina tampoco fue capaz de imaginarse que buscaban a Cachorro.

—Esto está muy raro —murmuró Marina Rojas.

“Mejor recojo mis ollas y me abro”, cuenta ella que dijo. En efecto, la situación estaba complicándose, pero no pudo irse. Al oírla, uno de los recién llegados le dirigió una mirada agresiva que la dejó petrificada y prefirió no moverse de su sitio. El hombre pidió una empanada y ella se la sirvió y le alcanzó el ají con presteza. No sabía en busca de quién estaban allí aquellos hombres, pero sintió lástima de quien fuera el pobre condenado al que estuvieran buscando. “No tenían cara de querer arreglar nada por las buenas”, decía Marina Rojas. Los ladrones, los porteros de otras whiskerías y las prostitutas que estaban comiendo algo en el lugar sí se marcharon sin pensarlo dos veces al ver la cara de pocos amigos que traían los tipos.

Gatúbela tuvo razón: Patricia ni siquiera se dio la vuelta para mirar a Cachorro. Bochorro, ‘un taxista que conocí después y que por casualidad estaba esa noche en el Oasis, me dijo que en la whiskería la mayoría de las putas querían a Cachorro porque, a pesar de su mal humor permanente, era un man generoso, que sabía escucharlas y consolarlas cuando sufrían por algún encacorramiento. Esa noche había llegado al Oasis temprano porque era su día libre y tuvo tiempo de hablar con casi todas las chicas e incluso vio entrar al pobre taxista muy borracho. Me contó que Patricia llevaba más de dos millones de pesos en la cartera y que el plan era estar un buen rato en la whiskería, ir a seguir la fiesta en Rubens, un amanecederó de la Carrera 13 con la Calle 60 y terminar la noche en una pequeña orgía con Vanessa y Samantha porque a Patricia, aunque no era lesbiana, de vez en cuando también le gustaba tirar con mujeres. Dijo que a pesar de todo lo ocurrido, el programa de las tres chicas continuó su marcha y que al día siguiente él mismo había recogido a Patricia al mediodía en Residencias los Cristales y que incluso le había prestado el teléfono móvil del carro para que llamara al Siamés y le mintiera sobre dónde y con quién había dormido. No hubo nadie que se enterara de estos detalles, pero tal vez Cachorro los presintió y por esa razón reaccionó con tanta violencia aquella noche funesta y tomó la decisión de desaparecer para siempre.

—Yo haré que Patricia tenga una despedida de soltera de verdad verdad —dijo—. Toda la gente del Oasis va a comprobar que no soy ningún chichipato.

Algunos de los que estaban en el Oasis sabían que a Cachorro lo buscaba la policía. Albatros, un cuentero y escritor de libre-

tos para televisión, estaba escuchando las conjeturas que Jennifer, otra chica del lugar, hacía sobre la presencia de los supuestos policías en la entrada del lugar. “A mí el loco me pareció tan despistado que no le encontré veracidad a la historia que me estaba contando esa damita”, me dijo. John Jaime, un vendedor de calzones y brasieres brillantes de los que usaban las chicas para el show de estriptis, tampoco creyó en el cuento. “Cuando vi la cara de desamparo que traía ese man pensé que un tipo así no podía tener escondido ningún maletín con dos millones de dólares”, me dijo. Nadie se preguntó siquiera si Cachorro estaba prevenido, porque a todos les parecía evidente que los policías iban en busca del hombre equivocado.

En realidad, Vanessa, que había oído hablar por teléfono a Gómez, era una de las pocas personas que sabían con certeza que Cachorro estaba en peligro. “Yo de esa noche no me acuerdo, estaba demasiado borracha”, le dijo tranquila al instructor del caso. Fue lógico que el hombre le creyera y que se negara a incluir en el sumario la declaración en contra del mayor Carmona hecha por Gatúbela. La pobre mujer tenía muy mala fama. Todas las chicas del lugar evitaban contarle sus confidencias o decir algo importante en presencia de ella, porque si se enteraba de algo, pronto lo sabría todo el mundo. En cambio, yo aprecié mucho esas virtudes detectivescas de Gatúbela cuando logré descifrar el significado de las palabras que balbuceaba durante sus recurrentes borracheras en la whiskería. La frecuenté algunos días y la veía servirse el primer trago de brandy de una botellita que llevaba siempre en la cartera. Estaba pálida y deshecha y entre sorbo y sorbo de brandy logró contarme hasta los últimos detalles de los hechos que sucedieron en Bogotá

esa noche de lluvia mientras los demás dormíamos tranquilos. Aunque parecía perder cualquier indicio de lucidez con el segundo trago, la verdad era que tenía una memoria prodigiosa y conocía muy bien el ambiente, lo suficiente para predecir cómo podían terminar la mayoría de los enredos que se tejían en las vidas de los habituales del lugar. Aquella noche, sin embargo, a pesar de presentir la supuesta tragedia que se gestaba alrededor de Cachorro, no tuvo la rapidez necesaria para evitarla. Estaba muerta de la rabia por los desplantes de Cachorro y después del show de estriptis se había encerrado a llorar en uno de los vestieres. Cuando Vanessa entró a buscar un lápiz labial la vio tratando de tomarse una pastilla para tranquilizarse. “Se iba a quedar en el viaje con esas mezclas que hacía.” Pero nunca relacionó la idea del viaje al más allá de Gatúbela con el viaje sin retorno que después emprendería el taxista.

Pero cuando ocurrió el primer incidente con Cachorro y todos vieron el anillo que le ofreció a Patricia, el chisme sobre el maletín tomó forma de certeza para quienes estaban en el lugar. Fue cuando Vanessa decidió hablar con Gómez y confirmó lo complicado del asunto. Cachorro estaba implicado junto con Karen en un tiroteo sucedido en el Parque Nacional donde habían muerto dos policías y dos hijos de un reconocido mafioso y, se rumoreaba, había escapado con un maletín que contenía dos millones de dólares. “Sentí envidia en un primer momento—dijo Vanessa—. Pero mientras más miraba a Cachorro, menos entendía cómo era posible que ese man tan bobo pudiera tener algo que ver con un negocio de tanto billete.” Lo único que sabía con seguridad era que unos supuestos policías esperaban en la entrada para llevárselo.

Cuando al fin subieron, Vanessa corrió al vestier. Encontró a Gatúbela mirando una ajada fotografía de Cachorro. Sintió lástima y le contó todo. La vio intentar meterse en una falda azul fluorescente y cambiarse los tacones por unos zapatos deportivos porque había decidido sacar a Cachorro de ese sitio y llevárselo para Residencias Palmira. Pero aquel asunto fue superior a las fuerzas y buena voluntad de Gatúbela. A Cachorro le habían puesto ese apodo la primera vez que llegó al Oasis y ella misma le había dicho que ni se le acercara porque tenía cara de niño. El hombre que vigilaba los vestieres y había oído las palabras de Vanessa a través de la puerta, se atravesó en el camino de Gatúbela y le preguntó como quien no sabe nada, que cuál era el afán.

—Voy a sacar a Cachorro de este nido de víboras. No es justo que todo el mundo sepa que lo están esperando unos polochos y que él no se haya enterado.

Con la gritería armada por Cachorro, las otras prostitutas habían empezado a salir de los reservados. Gatúbela no les hizo caso, y, por una vez en la vida, decidió enfrentarse con el destino.

—Espere y la acompaño —dijo el hombre de los reservados—. Quiero pillarme el brinco.

El hombre corrió detrás de Gatúbela sin perderla de vista. “Iba hablando sola —me dijo—. Cachorro es un marica, decía en voz muy baja, tenía que encoñarse de la peor de las perras, habiendo tantas mujeres con ganas de quererlo.” No se daba cuenta siquiera de que yo iba detrás. “La gente de la whiskería debió pensar que al fin la había enloquecido el trago —añadió—. Lo único que recuerdo es que había un montón de gente alrededor de la pista y que todo el mundo parecía como hipno-

tizado.” Gatúbela empezó a repartir codazos con toda la fuerza que tiene una mujer cuando está en juego el hombre que ama, y se metió en el centro del corrillo, pero no encontró a Cachorro y ese vacío le causó tal impresión que permaneció allí parada, como detenida en el tiempo, hasta que el hombre que la seguía se compadeció de su angustia.

—Se le hizo tarde, mi vida, ya se lo llevaron.

El Siamés, el mafioso de Medellín que se iba a casar con Patricia, había ido por primera vez al Oasis el año anterior: trece meses antes de la desaparición de Cachorro. Llegó en una de esas camionetas de vidrios oscuros, ruedas de tractor y parachoques cromados que hacían juego con los espejos y los estribos del vehículo y acompañado del Conavi, otro mafioso también de Medellín con el que nunca pude hablar porque unos días después de la fallida noche de rumba lo mataron cerca de Puerto Boyacá, en pleno Magdalena Medio...

—¿Cómo, muerto? —interrumpió Weimar.

—Sí, eso dice, muerto...

—¿Sí ve, Richar? ¡Qué maricada! El güevón del Conavi está muerto; muerto, hermano, ¡muerto ese hijueputa! —dijo Weimar, todo acelerado.

—Ya, hermano, ya, fresco.

—Cuál fresco, Richar —replicó Weimar levantándose y empezando a darle patadas a cuanta cosa encontraba por ahí.

—Tranquilo, Weimar, al menos salimos de la duda.

—¡Sí, claro! Qué verraquera —añadió Weimar acelerándose aún más.

—No se ponga así. Weimar, usted tenía razón, con esta lectura resolvimos el problema —insistió Richar.

—No, cuál resolvimos el problema, todavía falta lo más importante —dijo Weimar cogiendo la ametralladora que estaba en el suelo.

—¿Cómo así? —preguntó Richar.

—Falta matar este par de hijueputas, eso falta —contestó Weimar.

—No, Weimar, hermano, espere un momento —dijo Richar sorprendido.

—Cuál espere un momento, me gasté casi un año de mi vida en este puto páramo, cuidando a ese gordo hijueputa que ya no vale ni un peso, y no me voy a ir hasta asegurarme que nadie me puede denunciar y acabarme de joder.

—No, espere —dijo Richar poniéndose delante de nosotros—, pensemos las cosas con calma.

—Quítese, Richar.

—No, Weimar, déme el arma.

—No, Richar, ya me mamé de hacerle caso, todo esto es culpa suya —replicó Weimar.

—Pero ¿qué pasa, Weimar?

—Usted con sus maricadas, Richar, que hay que ser correcto, que el negocio es seguro, que hay que pensar con cabeza fría.

—Pero si hasta ahora no hemos tenido problemas.

—Eso piensa usted, pero yo no. Su método no funciona, por una vez quiero hacer las cosas a mi manera —añadió Weimar y nos apuntó con la ametralladora.

—No, no —dijo Richar mientras se acercaba a Weimar y trataba de raparle la ametralladora.

Weimar alcanzó a evitar que se la quitara y empezaron a forcejear por la posesión del arma. Parecían dos orangutanes flacos peleando por una banana negra y gigante. Luchaban todos descoordinados mientras Gordobriel y yo nos mirábamos muy asustados porque a veces, en medio del forcejeo, el cañón de la ametralladora apuntaba hacia el lugar donde estábamos sentados nosotros.

—Deje el acelere, hermano —repetía Richar, pero Weimar estaba como enloquecido y no sólo seguía forcejeando, tratando de evitar que Richar le quitara el arma, sino que maldecía y vociferaba diciendo que Richar era un güevón, que nadie tenía derecho a robarle su vida, que a él le valían mierda todos esos personajes de la historia, que él no era ningún marica y que nosotros a lo único que teníamos derecho era a estar muertos.

Qué caos y qué confusión. Yo seguí sentada, encadenada, sudando, mirando la cara de miedo de Gordobriel y pensando que ahí habían terminado mis días cuando sonó una ráfaga seca, instantánea y del griterío más espantoso pasamos a un silencio absoluto. “Nos mataron”, pensé. Pero no, alcé la cara y vi a Richar caer al suelo y después lo vi levantarse con una cremallera de sangre muy roja que le empezaba en la cara y le terminaba debajo del vientre.

—Jueputa, lo maté —dijo Weimar, asustado, y soltó el arma.

Richar quiso dar otro paso, pero no tuvo fuerzas y volvió a caer. Entonces Weimar se echó encima de su hermano y empezó a hablarle, a decirle que no se fuera a morir, a tratar de reanimarlo y a taparle las innumerables heridas del cuerpo con las manos y con las hojas amarillas del periódico que yo estaba leyendo.

*Crimen:
Weimar
asesino
a Richar*

—No, no, Richar, miijo, no se me vaya a morir —repetía cuando vio que Richar dejó de moverse.

En ese momento noté que en el forcejeo las llaves habían caído cerca de Gordobriel y, dándole una patadita para sacarlo de la tragedia, le hice una señal para que las cogiera. Todo asustado, el gordo quitó la vista de los dos hermanos, acercó las llaves con el pie y, con los dedos temblorosos, soltó el candado con que tenían asegurada la cadena que lo ataba a la silla. Yo estaba muerta del miedo, veía a Weimar llorando abrazado a su hermano y no sabía en qué momento el man se iba a levantar y a empezar a dispararnos. El gordo tuvo un arranque de valentía y, arrastrándose, se acercó hasta mí y me soltó. Nos ía jugamos toda, nos enderezamos y empezamos a caminar en busca de la salida.

Al ver que estábamos libres, Weimar se sobresaltó, soltó el cuerpo de Richar y agarró el arma. Gordobriel y yo quedamos tiesos, parados junto al muro mientras el man nos apuntaba.

—Fue por culpa de ustedes —dijo.

—No más muertos, viejo Weimar —balbuceó Gordobriel.

—¿Lo maté? —preguntó Weimar.

—Sí —dijo el gordo.

—Déjenos ir —dije yo.

—¿Lo maté? —repitió Weimar, y antes de que pudiéramos contestar, soltó el arma y volvió a caer llorando y gimiendo sobre el cadáver de su hermano.

Aunque trabajaba duro, viajaba mucho y cada vez que regresaba al lado de Irene ponía cara de hombre feliz, la verdad, Karen,

era que vivía vuelto mierda. Cada segundo del día pensaba en ti, me preguntaba dónde estabas, a quién le sonreías, qué hijueputa te tenía cerca, te estaba morboseando o te estaba culiando. Caminaba por cualquier lugar y los restaurantes, los bares, los hoteles, las tiendas, todo, todo me traía la evocación de lo que tú y yo habíamos compartido y parecía que ahora que estábamos separados pasaba mucho más tiempo junto a ti que antes. En casa era peor, abría el armario y tropezaba con la ropa de Irene y se me revolvía el estómago. A veces abría el cajón de la ropa interior y empezaba a oler, a buscar en esas telas suaves y lavadas con detergentes aromáticos el olor íntimo de tu cuerpo. Era como un sonámbulo. En las noches, cuando Irene se quedaba dormida y yo tropezaba con su rostro hermoso iluminado por la luz tenue de la lámpara, me quedaba mirándola fijamente, la acariciaba y empezaba a llorar. Me sentaba a su lado y me perdía en el color canela de la piel, en las pequeñas e imperceptibles señales que dan vida a un cuerpo dormido, y entendía que esas señales y esos suspiros no valían nada para mí sino no llevaban a la piel firme y a la mirada fiera que tú tenías. Entonces me desvestía, me metía en la cama y le hacía a Irene el amor con rabia. Con una furia que Irene pensaba que era pasión y que para mí no era más que la manera de agotar las fuerzas y tener el cuerpo débil para poder acabar el día, para poder quedarme dormido. Pero tampoco podía resistir mucho en ese plan, cuando pasaba mucho tiempo sin salir, inventaba viajes ficticios y, después de improvisar una maleta, bajaba al garaje, encendía el carro y, con el corazón atravesado por la amargura y el resentimiento, buscaba la autopista y conducía sin detenerme hasta que llegaba al hotel de algún pueblo perdido en los ca-

lores del trópico. Ahí me iba por los putiaderos, a beber, a llenarme el cuerpo de aguardiente, a bailar con las putas; primero, a tratarlas bien, a acariciarlas y a contarles mi tragedia y, después, a maltratarlas, a pegarles hasta que alguien se enfurecía conmigo y me sacaba a patadas del burdel. Ya calmada la rabia, buscaba donde comprar más licor y me encerraba en el cuarto del hotel a emborracharme y a reventarme la cabeza con basuco hasta que se me acababan las maldiciones y las lágrimas y caía en un abismo que nada tenía que ver con el sueño ni con el reposo. Días enteros caminando por aquellos caminos, evitando mirar a los ojos a la gente de aquellos pueblos perdidos, hasta que el rumor corría por el lugar y en la cara de lástima o de terror que ponían los lugareños al cruzarse conmigo, entendía que si quería salir de ese abismo lo que debía hacer era perdonarte, ir al Oasis y pedirte que volvieras a mi lado. Pero no, el orgullo me ganaba la batalla y lo que hacía era volver a casa, poner cara de felicidad y acostarme otra vez al lado de Irene, a hacerle el amor entre mentiras y a prometerle que jamás me separaría de ella.

Nos subimos en el mismo carro en que Weimar me había llevado hasta el lugar. El gordo no sabía conducir así que la camioneta la llevé yo, y el viaje se me hizo larguísimo, no sólo por los nervios sino también porque a mí no me gusta conducir. Primero bajé por una carretera destapada hasta un caserío muy pequeño, y después de llegar a Choachí y cruzar la plaza del pueblo buscamos la carretera que conduce a Bogotá. Siempre imaginé que los secuestrados cuando se han salvado de la muer-

te y van camino de su casa lo hacen a toda velocidad, pero en mi caso no fue así. Llevaba el carro despacito, tomando las curvas con calma y viendo pasar con toda tranquilidad los carros que iban en dirección contraria.

—¿Verdad que por esta carretera lo asalta a uno la guerrilla?

—Sí, esta carretera es la mierda, ponen retenes los guerrillos, los asaltantes comunes y los paramilitares.

—Qué peligro, y nosotros a esta hora por aquí.

—Tampoco seríamos tan de malas.

—Uno nunca sabe.

—Mejor no hablemos de eso.

—Qué cobarde es usted, gordito.

—Es que todo ha sido muy verraco.

—Sí, pero ya vamos para casa.

—Usted que tiene casa.

Me quedé callada.

—¿Va a ir a la policía? —dijo él un rato más tarde.

—Con este cansancio, no me llevan a la policía ni amarrada, tal vez mañana.

—Yo no pienso ir.

—¿Por qué?

—No vale la pena, los tombos nos arman un lío, nos empa- pelan y no tengo ganas de eso.

—Pero hay que poner la denuncia.

—¿Para qué?, al final me dio mucha lástima con el pobre Weimar.

—Sí, pero fue una hijueputada lo que nos hicieron.

—Por mi parte, como callado.

—Pues sí, lo que pasó, ya pasó.

Mientras hablábamos llegamos a la Circunvalar y al ver la bajada que lleva al Externado, mi universidad, me metí como por instinto por allí y terminamos paseando por la Candelaria.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Pensaba llamar a mi mamá.

—¿Estará preocupada?

—Un poco, pero como yo siempre me le pierdo los fines de semana, se le habrá hecho normal que no haya aparecido.

—En todo caso, llámela.

—Ah, verdad, se me olvidaba que usted sufre de complejo de Edipo.

Detuve el carro. Iba a bajarme a comprobar si alguno de los teléfonos de la plaza del Chorro de Quevedo funcionaba, cuando Gordobriel me agarró el brazo.

—Oiga, flaca.

—¿Qué?

—No, mejor no.

—¿Qué? —le repetí.

—¿Por qué no me acompaña esta noche? No me gustaría quedarme solo.

Me quedé mirándolo. Estaba confundido, sin rumbo, y entonces pensé que mi mamá sí estaría preocupada, pero que la vieja ya se había resignado a que yo me le perdiera días enteros, así que con una llamada la arreglaba. Además, ¿a qué me iba para la casa? De pronto a oír música, o a contarle a mi mamá una historia que no me iba a creer.

—Me quedo con usted, hermano, pero sin compromisos.

—Gracias —dijo el gordo.

Me volví a subir al carro y busqué la Novena.

—¿Para dónde vamos?

—Para su hotel.

—No, no me gustaría.

—¿Y entonces?

—¿Tiene plata, flaquita?

—Creo que sí, algo me quedaba cuando me secuestraron.

—Entonces vamos a Chapinero, allí hay unas residencias con bañera. Me sentaría del putas meterme en una tina con agua caliente.

—Ahora ya sé por qué lo quieren tanto las mujeres, gordo.

—¿Por qué?

—Porque usted es como un niño, muy caprichoso.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que así nos gustan los hombres, indefensos y tercos a la vez.

—¿Vamos?

—Dígame por dónde es.

Cogimos toda la Séptima y cuando pasé por el Parque Nacional pensé en Karen y en Cachorro.

—Todavía no me creo el cuento de esa novela.

—A nosotros nadie nos creería lo que pasó este fin de semana.

—Pues sí.

Después bajé hasta la Quince por la 60. La ciudad estaba vacía pero las putas de siempre esperaban sus clientes en la Caracas. El gordo me dio un par de indicaciones más y terminamos hospedados en un hotel horrible, lleno de espejos, pero de habitaciones amplias y bien amuebladas.

—¿Así es su hotel?

—Ya quisiera yo.

—Éste a mí no me gusta, aunque el baño sí está chévere —dije mientras empezaba a quitarme la ropa.

Al ver mi tranquilidad el gordo hizo lo mismo y vi las huellas que le habían dejado las cadenas durante esos meses de cautiverio. Pero preferí no ponerme melindrosa. No estábamos ahí para quejarnos, sino para darnos un baño con agua caliente y caminé hacia la tina, abrí la llave del agua caliente y cuando empezó a salir humo, me sentí muy feliz.

—¿Me puedo bañar con usted? —preguntó el gordo.

Me quedé mirándolo y me dio risa.

—Sí, quiero que me cuente algo más sobre su vida.

Nos metimos en la bañera. El gordo me contó la vida de su padre, me hizo reír con unas estrofas de sus terribles poemas y terminó consolándome, porque cuando ya me sentí fresquita dentro del agua tibia me entró el desamparo y me largué a llorar. Después salimos de la bañera. Tenía mucho sueño, pero me dieron unas ganas terribles de que alguien me hiciera el amor.

—¿No que era sin compromisos? —dijo el gordo cuando se lo propuse.

Animada, le acerqué mis tetas que todavía eran infalibles y él me pasó las manos por todo el cuerpo con una sabiduría que agradecí.

—Oiga, loca.

—¿Qué?

—Me hace un favor.

—Claro.

—¿Me termina de leer la novela? Quiero oír de su voz lo que pasa al final.

A mí me dio un poquito de piedra, pero también sentí ternura y hasta me pareció rico el programa. El hombre quería terminar la lectura antes de echarse su primer polvo después de meses de secuestro. Saqué la novela de la bolsita donde la llevaba, me recosté desnuda en las carnes fofas del gordo y empecé a leerle.

Engome

El taxista que recogió a Cachorro frente a Residencias Palmira y lo llevó al Oasis, lo conocía.

—No se afane, hombre, me paga la próxima vez que nos crucemos —le dijo al verlo enredado buscando el dinero.

Cachorro cruzó la acera tambaleándose y saludó a Juanca, el portero, con un abrazo y un beso. Juanca no se quejó porque creyó que Cachorro iba drogado y esa noche no quería problemas. Para quitárselo de encima, le ayudó a entrar y subir los primeros escalones y le mostró la manera de alcanzar el salón principal del Oasis agarrándose del pasamanos.

Cachorro estuvo a punto de rodar por las escaleras en tres ocasiones, pero consiguió llegar vivo hasta el cuarto piso. Al acercarse a la entrada, oyó una canción que le rompía el alma a Patricia y vio que la noche estaba más o menos animada. Sobre la pista, los hombres se aferraban a las cinturas de las muchachas y ellas disfrutaban de este pequeño renacer del negocio, mezclando sus tetas y su olor a pachulí con el tufo y el sudor de sus clientes.

En la puerta, Cachorro se tropezó con Tabaco, un mesero gordo, oscuro y de muy baja estatura, con el cual jamás había

podido congeniar. Intentó empujarlo pero como no pudo lo empezó a insultar. Iba a seguir gritándolo, pero la lengua se le enredó y en vez de palabras, salió de su boca una llovizna de saliva sucia que humedeció la cara de Tabaco.

Tabaco se secó el rostro con el mismo trapo con que limpiaba las mesas, y se mantuvo bloqueándole la entrada. Entonces se acercó Gómez, el administrador del lugar, y dijo algo que Cachorro no entendió pero que sirvió para que lo dejaran entrar.

Cachorro se paró en la pista, esquivó una prostituta que se acercó a saludarlo e inspeccionó el lugar buscando la figura de Patricia.

Patricia aprovechaba que el Siamés estaba de viaje para exhibir su cara de ángel por última vez en el Oasis y brindar por el futuro con Samantha y Vanessa, sus dos mejores amigas.

—¿No les dije que yo saldría de aquí bien casada? —decía, empalagada con su triunfo.

—De buenas que estuvo —dijo Vanessa con cierto tono de envidia.

—No, hija, no es suerte, es saber administrar lo que Dios le da a una —dijo palmoteándose las nalgas—. Fíjese, nos vamos a casar en una finca de Rionegro, habrá más de mil invitados, artistas de la televisión, y hasta una corrida de toros. Ya nunca más volveré a trabajar. Mi Siamesito me prometió llevar a toda mi familia a vivir con nosotros para que yo no tenga que moverme de la casa. Él se va a encargar de todos los gastos, porque yo sólo quiero dedicarme a sembrar margaritas, a montar los caballos de la hacienda y a criar los niños. Lo único malo es que yo quería que las primeras vacaciones las pasáramos en Miami,

pero me toca ir sola porque mi Siamesito, la última vez que estuvo en Gringolandia, se voló de una prisión y ni modo de ir a la embajada a pedir una visa.

Cachorro, que no oía el discurso de Patricia, pero que al verla se sentía prisionero de una iluminación mística, se retorció como un alambre y pidió a Dios que el equilibrio le alcanzara para llegar hasta donde estaba ella. Tardó una eternidad en acercársele y en el camino tropezó otra vez con Tabaco, porque a pesar de la gordura y la fortaleza del mesero, le pareció irreal comparado con el fulgor que emanaba del cuerpo de Patricia.

Antes de saludarla, se llevó la mano al bolsillo, sacó el estuche y, despidiéndole su tufo en los oídos, puso el anillo ante los ojos de ella. Patricia, que estaba acostumbrada al trajín de la whiskería, sólo descubrió a Cachorro cuando la mano con el estuche le interrumpió una carcajada.

Iba a protestar por la intromisión, pero no tuvo tiempo. Vio tan hermoso el anillo, que sintió rabia porque el Siamés no le había regalado uno igual.

—Yo también tengo suficiente dinero para hacerla feliz —dijo Cachorro.

Patricia no lo escuchó. Buscaba una explicación para lo que ocurría y habría sido capaz de encontrarla si Cachorro no hubiera intentado besarla. Al verlo tan borracho, Patricia se asustó y retiró sus pechos, o sea, la mitad de su cuerpo, de la barra.

Al no hallar a Patricia en el lugar indicado, Cachorro pasó de largo, cayó contra el tablón de madera.

Se destrozó la cara, se partió un par de dientes y rompió las copas y la botella de brandy de la que bebían Patricia, Vanessa y Samantha. Asustadas, las tres mujeres empezaron a gritar.

Los meseros rodearon la barra para que el asunto no espantara a los clientes. Uno de ellos alzó el estuche con la joya. Patricia saltó y se lo rapó:

—Ya te lo vas a robar, mejor ayúdale al pobre hombre —dijo guardando el estuche dentro del bolsillo de su blusa.

El mesero no tuvo más remedio que ayudar a sus compañeros a alzar al accidentado. El golpe dejó a Cachorro aturdido y la hemorragia le envejeció su ropa nueva. Los meseros, en su afán de disimular el alboroto, lo arrastraron con rapidez, pero Cachorro empezó a forcejear.

—Sólo quiero que Patricia me atienda, sólo quiero que Patricia me mire, sólo quiero que Patricia me bese, sólo quiero que Patricia me confirme cuándo quiere que nos casemos —gritaba.

Patricia se sintió halagada, pero pensó que el anillo era falso. No imaginaba que Cachorro tuviera un peso y menos pensaba cambiar sus planes. Sin embargo, se le acercó, lo acarició un segundo y sintió lástima de él.

Cachorro entendió mal esta señal, y otra vez intentó besarla.

—Espéreme aquí, papito, que tengo que ir al baño —dijo Patricia, incómoda porque Cachorro le estaba dañando la noche.

Tengo suficiente dinero para que se quede conmigo —dijo Cachorro mostrando el dinero que le quedaba en los bolsillos.

Ofendida, Patricia le dio la espalda para irse, pero Cachorro logró agarrarla de un brazo.

—Usted, aparte de ingenuo, es un bruto —dijo Patricia, y, sacudiendo el brazo, se soltó.

Cachorro logró levantarse, la alcanzó, alzó la mano y le pegó un puñetazo en la cara.

—Y a este marica qué le pasa —gritó Patricia.

Tabaco, que había estado atento a la situación, intervino y dio un fuerte empujón a Cachorro. El taxista intentó pegarle y el mesero respondió con brutalidad. De un buen puñetazo lo arrojó al suelo y empezó a patearlo. Cachorro no paraba de maldecir, y de intentar levantarse para seguir la pelea.

—Ya, güevón, ¿no ve que el hombre está que no puede de la borrachera? —dijo la misma Patricia.

Otros dos meseros agarraron a su compañero y lo alejaron para finalizar el incidente.

—Eso le pasa a uno por ponerse a defender a estas putas —dijo Tabaco.

Patricia quiso responderle, pero vio tan maltrecha la cara de Cachorro, que decidió ayudarlo. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal, porque Cachorro estaba muriéndose y pesaba el doble de lo normal. Con la ayuda de Vanessa y Samantha, lo volvió a sentar en unas de las sillas del Oasis.

Cachorro apenas sintió que lo movían. Abriendo la boca inflamada y semidestruida, trató de volver a declarar su amor a Patricia, pero no pudo. Sus palabras se convirtieron en un quejido incapaz de ir más allá de sus labios y cayó inconsciente sobre la misma silla que la noche anterior había hospedado el trasero y las ilusiones de Karen.

El avión no se cayó por mi culpa, Karen, te lo aseguro. El problema fue que ya había muchos chismes y no encontraron a nadie más a quien montársela. Yo sé que era un viaje importante, aplazado muchas veces porque la policía nos tenía superacosa-

dos y que debíamos hacerlo sin falta porque estábamos perdiendo credibilidad con la gente de México. Llegué al lugar indicado al anochecer. No había casa, llovía mucho y la pista estaba anegada en agua. Así que nos tocó meternos en un cambuche hecho con plástico y cuatro varas cortadas en el monte. Pasaron los días. El clima se puso frío, teníamos los helicópteros del Ejército sobrevolando permanentemente la zona y el avión a medio esconder entre unos matorrales. Yo estaba desesperado porque en esa época acababa de tener la última pelea con Irene y sabía que ella no iba a volver a vivir conmigo. De ti ni hablar. Me sentía incapaz de perdonarte. Además, la gente del negocio había empezado a hacer ciertos comentarios sobre mi vida y no quería darles más motivos para que hablaran de mí. Nadie, Karen, nadie aguanta una semana pensando que las mujeres que quiere son unas traicioneras, metido en un cambuche en la selva, comiendo frijoles fríos, esperando que escampe y el Ejército se retire de la zona, sin un poco de ayuda. «Fú-mémonos un baretico que esto está muy aburrido», le dije al man que me acompañaba. El man me miró con extrañeza. «Fú-meselo usted, a mí con el aguardientico me basta». Conocía al hombre y todo pensé menos que fuera un sapo. Así que saqué el basuco y me puse a armar el cosito. El man frunció los hombros y ahí me dio desconfianza, pero ya había dado el paso y no quería quedarme iniciado. Cuando recibimos la orden de arrancar yo estaba retrabado y el man todo borracho, muerto de la risa y hablándome de unas amigas mudas pero superarrechas que tenía en Pereira. Sin pensarlo dos veces, nos pusimos a trabajar. Sacamos la droga de la caleta y la fuimos acomodando en la bodega del avioncito. La verdad, no me acuerdo de mucho,

pero estoy seguro de que no tuve la culpa de lo que pasó porque ese trabajo lo hacía hasta con los ojos cerrados. El hecho fue que arranqué el avión, le puse toda la velocidad y vi al man todo borracho haciéndome señales de despedida. De pronto algo falló. El avión había despegado pero se negaba a tomar altura. Entonces vi que la pista se acababa y la selva se me venía encima. Las alas del avión se destrozaron contra los árboles. Cuando al fin nos detuvimos y comprobé que estaba vivo di gracias a Dios. Pero la tranquilidad no me duró mucho. En ese momento me envolvió la humareda y supe que debía salir de la cabina si no quería morir quemado. No sé cómo lo hice. Sólo recuerdo que más tardé en brincar y correr entre la maleza, que el avión en estar envuelto en llamas. Buscaba un camino entre la maleza para volver al cambuche cuando me crucé con el man que me acompañaba. A pesar de estar todo borracho, el hombre me miró como si hubiera sido un delito haberme salvado. «¡Marica!, cómo se le ocurrió ponerse a manejar todo trabado.» «Yo no hice nada malo», le dije todavía muy asustado. «Ah, yo no sé, hermano —dijo el hombre—, lo cierto es que se están quemando treinta toneladas de coca.»

Karen jamás se sintió tan humillada ni miserable. Sentada en la cama, hojeaba una revista que había comprado para escoger su traje de novia y humedecía con sus lágrimas los satenes, las perlas y la felicidad de las modelos. Cada vez que veía un nuevo modelo pensaba en lo amable y tierno que había sido Cachorro mientras hacían compras. Recordaba cómo la había besado cuando salió vestida con su ropa nueva del vestier, cómo había

acariciado su pelo, cómo se había preocupado por los aretes y la pañoleta que debía usar y cómo ella, viéndolo dispuesto a complacerla, se había sentido la mujer más feliz del mundo.

Dichosa, había pensado que al fin el Señor había oído sus oraciones y le había otorgado al hombre que tanto solicitó en sus peregrinaciones domingueras a la iglesia de Monserrate. Pero en ese momento, los recuerdos de la tarde más dulce de su vida no sólo le enturbiaban los ojos, sino que estaban dedicados a oprimirle el corazón. No entendía por qué el simple hecho de querer a alguien, que alguien la quisiera a una, le propusiera matrimonio, le hiciera el amor, le hiciera hijos, le comprara una casa y le permitiera realizarse, llegaba fácilmente a todas las otras mujeres y para ella era siempre una ilusión que crecía, crecía y crecía y al final, cuando lograba coparla, terminaba estallando y destrozándole todo dentro del pecho.

Limpiándose las lágrimas para no dañar la revista, seguía pensando en la sonrisa de Cachorro y no podía entender que la hubiera traicionado, que la hubiera engañado de esa manera tan infame. Su desgracia le recordó que desde que había nacido, desde que su madre se había negado a criarla, desde que en la vereda todos los hombres la perseguían para hacerle caricias sucias, desde que el viejo del supermercado había intentado manosearla, desde que había tenido que dedicarse a atender borrachos sólo por algo de dinero, ella había soportado la desgracia porque alimentaba la esperanza de que tarde o temprano llegaría un hombre que la iba a atender, que la iba a querer y que se iba a preocupar hasta por el menor de sus deseos.

Un hombre ardiente que la besara, que la acariciara, que le llorara en el pecho, le llevara dulces, durmiera a su lado todas

las noches y que, si estaba dispuesta, le hiciera el amor hasta que ella gritara extasiada que no más, por favor, no más, por favor, ¡no más! Un hombre que se levantara por las mañanas a preguntarle qué deseaba, no sólo de desayunar, sino qué deseaba de la vida. Que le preguntara qué había soñado, si había visto ángeles en sus sueños, si quería dormir otro rato, si quería ir a Galerías, si quería ir a comer pizza, si quería ir de compras, si quería un vestidito nuevo para la niña, o si quería dinero para comprarle un carrito al niño.

Frotando su cabello contra la sábana y refregándose la cara con las manos sucias, se preguntaba por qué era tan difícil que Dios entendiera que sólo quería un hombre sincero y que la amara de verdad. Acaso ella, por ser fruto de una violación, no tenía derecho a ser feliz. Pero era humana. Sentía. Y le dolían tanto las mentiras, sobre todo las mentiras de Cachorro. Él la conocía, ella le había hablado muchas veces de sus ilusiones, y no tenía derecho a jugar con sus esperanzas, y a mentirle sólo porque había encontrado un maletín lleno de dinero.

Por primera vez, al sentir una traición no se llenó de ese odio visceral que siempre la consumía, por primera vez no sintió que debía matar al traidor. Esta vez le dolía. Le dolía hasta lo más hondo de su ser, y cuanto más bajaba al dolor, y más buceaba dentro de sí misma para convertir el dolor en odio y poder olvidar al traidor, más se perdía en los recuerdos de esa hermosa tarde y más veía frente a ella la cara de felicidad de Cachorro.

Lo seguía amando. No entendía cuál era la preocupación de Cachorro, si a ella no le importaba que fuera pobre. Cachorro tenía claro que ella sacrificaría su vida por tenerlo. Si era nece-

Crimen
violación

sario, seguiría trabajando de prostituta para mantenerlo, incluso se iría al Guaviare, a trabajar donde los coqueros y le enviaría dinero para que se comprara un taxi.

Podían hacer muchos planes y juntos llegarían muy lejos, con tal de que él la esperara todas las noches viendo televisión y deseoso de consentirla cuando llegara rendida a casa. Pero el destino no tenía buenos sentimientos. Ni su nobleza, ni su consideración, ni su complicidad, ni ese maldito maletín, habían sido capaces de comprarle el amor. Y si el dinero no servía para comprar la felicidad, ¿para qué podía servir?

Pensando que encontrarse un maletín lleno de dólares era una maricada, alzó la cara y se vio ante el espejo. Entre lágrimas, empezó a desnudarse y recompuso la imagen de su cuerpo hermoso y vibrante. El brillo de su piel era tan intenso y alegre que anulaba la calidez y la belleza del vidrio. Pero tal vez ese cuerpo era su mayor enemigo. Tal vez esas caderas que le habían producido tanta plata, le habían negado la posibilidad de que los hombres miraran su alma. Volvió a llorar y mientras lloraba se acariciaba y mientras se acariciaba su piel se endurecía y se llenaba otra vez de recuerdos.

A pesar del odio, su desnudez la hizo recordar al taxista. Lo vio en el espejo como si estuviera junto a ella. No pudo más. El recuerdo del minuto en que él la había amado se le hizo insostenible y estiró la mano hacia la mesita de noche, cogió un cenicero lleno de colillas y apretándolo como si apretara toda su furia, lo lanzó contra la pared y vio caer los fragmentos de espejo igual que la noche anterior había visto caer el parabrisas del taxi ante el impacto de las balas.

El sonido de los cristales cayendo la distrajo de la angustia.

Pero terminó demasiado rápido. Cuando el último vidrio se apagó contra el suelo supo que el silencio era un colaborador del trabajo sanguinario de la soledad. Entonces sí, desde lo más íntimo de su corazón lo odió. Pudo hacerlo, porque lo asoció con su padre y con todos los hombres. Pensando que lo único que le quedaba era la venganza, vio el teléfono. Estiró la mano, levantó el auricular, y marcó el número de la estación de policía.

La voz al otro lado de la línea contestó con rigidez.

—El teniente Jiménez, por favor.

No lo encontró, pero cuando dijo que tenía información sobre los muertos de la noche anterior en el Parque Nacional pasaron la llamada a otra dependencia y la atendió un policía que intentaba ser mucho más amable que el anterior. Sin darle tiempo para que la interrogara, Karen dijo que Mauricio Lozano alias Cachorro era el chófer del taxi donde iban los muertos. Que él sabía todo lo ocurrido y que en ese mismo momento estaba en una whiskería llamada el Oasis, en la calle 19 con Carrera Décima.

Con las pocas fuerzas que tenía, Karen repitió el nombre, la descripción de Cachorro y la dirección del lugar. Después, arrepentida de lo que estaba haciendo, colgó el teléfono.

Aquel fin de semana, Karen, Irene había decidido irse para Cali a visitar a sus papás. Llevaba semanas pensando hacer la llamada. Me había enterado de que habías aceptado una propuesta del administrador del Oasis para hacer servicios a domicilio y me dije: «Pues si esa perra se deja comprar, la compro». Cerrado el negocio con la whiskería, contrarié mis principios, encendí

un cigarrillo de basuco dentro de casa y me puse a fumar hasta que sonó el timbre. Abrí la puerta con miedo, pensando que te ibas a poner grosera. Pero no, empalideciste y casi que pude ver a través de ti la puerta del apartamento de enfrente. Había ganado la primera batalla. Sin embargo, te compusiste rápido. «¿Pidió un domicilio?» Sí, balbuceé. «¿Y por qué no me deja pasar?» Me retiré de la entrada creyendo que serías incapaz de seguir. Pero lo hiciste. Caminaste por la sala de mi nueva casa, vestida otra vez como una bandida, con tus tacones blancos, con una chaqueta de falsa piel de culebra y una blusita transparente. Te sentaste en uno de los sillones de cuero blanco que Irene había comprado para amoblar el apartamento y alcancé a pensar que el color del sofá era idéntico al de tus zapatos. «¿Dónde quiere, aquí o en la habitación?» Me acerqué a ti, convencido de que sería capaz de enfrentar tu arrogancia, pero más tardaste en terminar la pregunta que yo en empezar a maldecirte. Aún no entiendo por qué, pero tenía la esperanza de que al terminar con mi andanada de insultos y humillaciones ibas a comprender mis razones, a arrepentirte de todo y a pedirme perdón. Pero no quisiste ceder. Desesperado, sin oírte pronunciar una palabra, sentí que se agotaba mi saliva. La rabia y el basuco se aliaron y enredaron mi lengua. «Entonces, ¿no quiere nada?», dijiste, mirándome con lástima. Decidí que no iba a dejarte ir con un triunfo. Por eso saqué el fajo de billetes. Podías haber sido menos cruel y haberte ido sin seguir el juego. Pero cogiste dos billetes de diez mil, me devolviste el resto y empezaste a desvestirte. ¡Vida hijueputa! Seguías igual de linda, tenías la misma piel radiante, las mismas curvas impecables, no importa cuántos hombres te hubieran tocado, eras la misma.

Me dio mucha rabia, muchos celos y me lancé a pegarte. Me sentí feliz y vengado cuando empezaste a patear, a tratarme de hijueputa, a hacerme reproches. Eso me dio fuerzas y creí que si lograba doblegarte, podía tranquilizar mi espíritu. Por eso empecé a ahorcarte. Quería que vieras hasta dónde era capaz de llegar. Ya casi te iba a soltar, cuando alguien abrió la puerta. Quedé confundido y tampoco tuve el tiempo ni los reflejos necesarios para soltarte. Fue entonces cuando oí la voz temblorosa de Irene. «Eres un hijueputa, Caliche, adelanto mi regreso para estar contigo y mira, te encuentro con otra», dijo y cerró la puerta de un fuerte golpe. Entonces recapacité y me volví a mirarte, Karen. Estaba muy excitado y trabado, pero justo en ese momento comprendí que lo único que buscaba era tu ayuda para ser capaz de perdonarte. Pero fue demasiado tarde, tú me mirabas con odio, sin esperanza y te habías sentado desnuda sobre la alfombra a llorar.

Era medianoche. Preocupado, el mayor Carmona reposaba frente al televisor. No veía las imágenes en la pantalla, apenas advertía un juego de luces rayándole los pensamientos. Nervioso, frotaba el control remoto, y reconstruía paso a paso lo ocurrido la noche anterior. ¿Cómo podía haber sido tan bruto?

Si el asunto trascendía, debía quedarse quieto por un tiempo, y olvidar sus ganancias extras. No le preocupaba la cárcel, jamás un oficial de su rango había pisado un penal. Pero le fastidiaba pensar en la posibilidad de perder el consulado que le correspondía cuando le dieran la baja.

Crimen
Violación

Crimen
Impunidad

Durante toda su carrera había actuado con prudencia, y había acumulado peso a peso una fortuna. Pero la semana anterior, al enterarse de aquel pago, se apresuró, tal vez le ganó la ambición, tal vez se sintió demasiado fuerte.

Todo había salido mal. Jamás pensó que los mensajeros serían los propios hijos del viejo, y que iban a oponer tanta resistencia antes de matarlos. Mucho menos pensó, que él, que era un profesional, fuera a cometer el descuido de dejar escapar el carro donde estaba el dinero.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía inseguro. Durante años había negociado con el viejo González. Habían hecho carrera simultánea a cada lado de la línea. De tanto tratarlo, sabía que la reacción de González sería difícil de controlar.

Sentado en la poltrona que su hijo le había regalado el día del padre, estiraba los pies y buscaba soluciones al lío. Pero todo lo que se le ocurría sólo servía para empeorar la situación. Alzaba la cara para reconocer el rostro de una mujer que gritaba dentro del televisor cuando sonó el teléfono.

No habló, sólo escuchó. Guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió a su cuarto a ponerse los zapatos.

—¿Para dónde va tan tarde? —preguntó Carmen, su esposa.

Carmona no contestó. Se encogió de hombros y se dirigió al garaje. Al encender el auto tuvo la primera alegría del día. Se sintió mejor y pensó que tener hombres de confianza en lugares clave de la organización policial de la ciudad le daba una gran ventaja.

Un policía le abrió la puerta del conjunto militar en que vivía. A pesar del frío, la noche estaba clara y el tráfico movido. Como todos los viernes de quincena, la ciudad sacaba del cajón

su vestido de cabaretera, salía de fiesta e intentaba sacarle unos cuantos chispazos de placer a la vida.

A gran velocidad y manejando con espíritu criminal, Carmona llegó al lugar que le habían indicado. Ya lo esperaban sus hombres. Le confirmaron que el portero había visto llegar al taxista una hora antes. Carmona encendió un cigarrillo y revisó desde lejos la puerta del Oasis.

No le gustó el lugar. Tenía que moverse en tierra de su enemigo. Si alguno de los que se hallaban en el Oasis descubría quién se había llevado a Cachorro, el primero en enterarse sería el viejo González. Pero por riesgos que hubiera, no podía darse el lujo de que alguien encontrara antes que él al taxista.

Además, debía recuperar el dinero. No valía la pena tanto problema si no lograba hacerse con esos dólares. Después se preocuparía por González. La experiencia de algunos de sus compañeros de armas le decía que, una vez eliminados los testigos, una filtración a la prensa y un par de allanamientos serían suficientes para negociarlo en condiciones ventajosas.

Los hombres de Carmona entraron en el local simulando ser clientes. Pero los meseros adivinaron que ocurría algo extraño cuando vieron ingresar al segundo de ellos. La cara de policías y la costumbre de frecuentar esos lugares los delataba.

—Qué se les habrá perdido a estos cabrones —dijo Tabaco a Gómez.

El administrador había recibido una llamada esa tarde para contarle una extraña historia sobre Cachorro, pero como aún no terminaba de crearla, buscó entre los clientes una cara que justificara el operativo. El lugar estaba concurrido, pero aparte

*Criminología
corrupción*

de un par de estudiantes, la gente era conocida y ninguno de los presentes era hombre capaz de movilizar a la autoridad.

—No veo a nadie raro. Como siempre, llegaron tarde —contestó Gómez.

—Vendrán a la despedida de Patricia —dijo Tabaco.

Uno de los policías se acercó a la barra. Gómez no esperó a que llegara. Dio la vuelta y se acercó al tocadiscos para apagar la música.

—No la quite, no quiero revuelos —dijo el policía.

Extrañado, Gómez le hizo caso.

—Busco a un taxista, le dicen Cachorro —dijo.

La música se apagó dentro del cerebro del administrador. Patricia, que estaba junto él, alcanzó a oír.

—¿Es urgente? —dijo Gómez para medir la gravedad del asunto.

El hombre permaneció impasible. Gómez miró a Patricia y ella esquivó la mirada para no comprometerse.

—Está allá, en las sillas del fondo, pero no creo que pueda hablar. Acaba de sufrir un accidente.

El policía siguió mirándolo. El administrador salió de la barra y buscó el fondo del local. El policía lo siguió. Patricia los vio ir en busca de Cachorro.

—Nos lo llevamos. Y espero que esta captura quede entre nosotros —dijo el agente.

Al ver cómo cargaban a Cachorro, Patricia acarició el estuche con la joya que estaba dentro de su monedero. Los hombres arrastraron a Cachorro por el corredor.

Cruzaban enfrente de la barra cuando Cachorro despertó e hizo un movimiento demasiado fuerte, cogió mal parados a los

hombres y cayó al suelo. Los hombres de Carmona se apresuraron a agarrarlo, pero Cachorro vio el rostro de Patricia y empujado por su obstinación dio un salto y quedó fuera del alcance de los policías.

Fue en vano tratar de evitar el escándalo. Jennifer, que se desnudaba en la pista, quedó sin público porque los clientes cambiaron de espectáculo. La gente de Carmona rodeó al taxista, pero el sueño le había repuesto algunas fuerzas, y lanzaba puñetazos y patadas de tal manera que tuvieron que recibir más de un golpe antes de sujetarlo.

—¿A dónde lo llevan? —dijo Jennifer, que aunque detuvo su espectáculo aún estaba desnuda.

El policía la miró con rostro amenazante. Al tiempo, tronchó el brazo de Cachorro para doblegarlo y sacarlo lo más pronto posible del lugar.

—No pueden llevarme, no estoy haciendo nada malo, ¡sólo vine a proponerle matrimonio a esa mujer! —dijo señalando a Patricia.

Se formó un pequeño silencio y todos miraron a Patricia. Por un minuto y viéndola dudar, Cachorro pensó que Patricia se había arrepentido de haberlo tratado mal, que le iba a perdonar que le hubiera pegado y que iba a aprovechar el tumulto para intervenir e impedir que se lo llevaran.

—A ese güevón ni lo conozco —dijo Patricia y le dio la espalda.

Cachorro volvió a sacudirse y a jugarse la vida. Pero esta vez lo tenían bien asegurado. Un culatazo de revólver en la frente fue suficiente para mandarlo a dormir de nuevo.

El golpe le dolió a todos los presentes y los volvió mudos.

En silencio vieron cómo los agentes alzaban a Cachorro y lo arrastraban para llevárselo. Después vieron cómo lo bajaban alzado por la escalera como si fuera un niño obstinado y su padre hubiera mandado a buscarlo.

La calle es dura, pero se aguanta con orgullo y con rabia. No tenía donde vivir, Irene me había abandonado, la gente del cartel me había perdonado la vida pero me había dicho que me perdiera y el basuco se había convertido en el eje de mi vida. No sabes cuánto agradezco que hubieras intentado volver a vivir conmigo. Lástima que no funcionó. Era que no podía aceptar lo que me estaba pasando. No podía creer que ya no tuviera billete, que fueras tú la que pagara el alquiler, la que comprara la comida, la que me comprara ropa, la que me diera dinero para el basuco. Me daba rabia verte, sentirme humillado por tu ayuda y humillado al tener que vivir con una mujer que me había traicionado. No podía con el alma, Karen. Por eso te armaba esas peleas tan tremendas, porque a pesar de estar contento de tenerte, no aceptaba que fueras la única posibilidad que le quedaba a mi vida. Hasta la última noche, cuando te volví a golpear, y tuviste que llamar a un policía amigo tuyo para que me echara de la pieza donde vivíamos. Todo golpeado y embasucado empecé a caminar la cuidad. Aguantando el viento frío de la noche en la cara, maldecía, lloraba y me atravesaba al paso de los carros. Quería que me mataran o que, al menos, muriera alguien. Un grupo de pandilleros me asaltó y me quitó el dinero, la ropa y los zapatos. No sé ni dónde, ni cómo amanecí, pero estaba entumido de frío, la cabeza me daba vueltas y necesitaba

urgentemente fumarme otro basuquito. Desesperado, entendí que tenía que hacer lo mismo que habían hecho conmigo: robar. Fue una decisión dura de tomar. Yo, que era piloto, que había tenido forma de comprar media ciudad, tenía que ponerme a atracar para pagarme el vicio. Pero empecé. Ese mismo día aprendí a pararme en las esquinas a vigilar a los más débiles, a buscar la manera de robarle los aretes a una pobre estudiante universitaria, o a una pobre vieja que trabajaba de secretaria y que tal vez había ahorrado años para comprarse la cadena que, finalmente, fue mi primer trofeo y por la que no me dieron ni la décima parte de lo que valía. Pero pude fumar algo y aunque en la resaca tuve ganas de arrepentirme, de ir a pedirte perdón, decidí seguir en la calle. Aprendí todos los trucos, conseguí compinches, me volví como un lobo para buscar presas y volví a sentirme como preso, sólo que con toda la ciudad como cárcel. El resto lo sabes, los permanentes robos, las golpizas que me daba la policía cuando me agarraba y las visitas que te hacía al Oasis para que me dieras dinero los días que no conseguía nada. Era humillante soportar la mirada de desprecio de un portero que no me dejaba entrar y era triste ver tus ojos llorosos, rogándome que aceptara tu compañía para ir a un centro de rehabilitación o que al menos llamara a mi casa y le pidiera ayuda a mi mamá. Pero yo te decía que no. Me ponía agresivo, te pedía el dinero y tú, desesperada por mi ansiedad, me lo dabas para que volviera al Cartucho y siguiera fumando basuco. Ese día te pegué de la rabia, pero ahora te lo agradezco. Estuvo muy bien que me engañaras diciendo que no tenías dinero y que ibas a llamar a un amigo para que te lo llevara. Al verte caminar hacia la cabina telefónica me entró un mal presentimiento

crimen:
robo

y te seguí. Te oí preguntar por mi mamá. Tuve ganas de dejarte hablar, de no poner problema. Pero me ganó el orgullo. Por eso te arranqué el teléfono de la manos y me lancé con tanta furia sobre ti. Por eso, por orgullo, seguí pegándote y mientras lo hacía, no paraba de gritarte que eras una falsa, Karen, una faltona, una traidora.

Al colgar el teléfono las frases que le había soltado al agente le carcomieron la conciencia y Karen se sintió sucia y traicionera. Arrepentida, alzó de nuevo el teléfono, pero el frío del auricular le hizo entender que lo hecho no se podía remediar.

Lloró de nuevo. Encendió el televisor pero fue incapaz de soportar el zumbido del aparato y lo apagó. Probó con la grabadora, puso un casete de Darío Gómez, se sentó en la cama, se perdió en ese ritmo quejumbroso, pero tampoco así consiguió tranquilizarse.

Ni acostada ni sentada ni abrazándose las rodillas ni recostándose contra la cabecera ni metida debajo de las sábanas ni mirándose las heridas ni caminando hacia el baño ni vaciando su cuerpo ni levantando los pedazos más grandes del espejo roto para amontonarlos en una esquina ni parándose a mirar la calle junto a la ventana pudo descansar.

Temblando de desesperación, vio los paquetes de las compras. Alcanzó el primero y sin mirar lo que contenía, lo rompió. Cuando la bolsa se convirtió en un montón de basura y dejó al descubierto la ropa, buscó en la cartera de los cosméticos unas tijeritas taiwanesas, alzó una blusa y empezó a rasgarla.

Sollozando y balbuceando maldiciones, deshizo costuras,

daño dobladillos, arrancó botones, rasgó sedas y cuellos y, finalmente, tiró todos los fragmentos al suelo como si fueran víctimas de un terrible accidente.

Siguió con otro paquete. Con cada nuevo destrozo su rabia fue creciendo y la atascó, otra vez, en el tráfico enrevesado de sus recuerdos. Con amargura recordó a cada uno de sus pretendientes. Desde el niño que la había besado en la escuela, los peones que trataban de forzarla detrás de su casa, el compañero del colegio que le hizo el amor la primera vez en una tarde de álgebra, cerveza y confusiones, hasta al Caliche, el hombre al que más había querido y que la olvidó por la ansiedad de llenar su cerebro de basuco.

Olvidando por instantes a Cachorro, vio al hombre de la Si-jin que la amaba entre los blindajes de una camioneta, vio a muchos clientes que la habían tratado con cariño, vio a un estudiante de la Universidad Nacional que siempre le pedía rebaja y vio incluso a una compañera de trabajo que vivía proponiéndole que la amara un rato, que ella le pagaba el doble.

Maldiciendo a todos cuantos se habían cruzado con su cuerpo, terminó de despedazar las compras, y cuando no hubo más que retazos de ropa que romper, destrozó el poco amor que había recibido en su vida y odió a su padre por concebirla con violencia, odió a Cachorro por haberla engañado y se prometió no volver a confiar en ningún hombre.

Sus votos de soledad, la arrojaron de nuevo al mundo frío de aquella habitación de hotel. Como era imposible superar la sensación de ahogo que transmitía el cuartucho, estiró la mano y alcanzó la botella de brandy. Alcohol era lo único que bebía porque ella jamás fue viciosa. Siempre se dijo que la dro-

ga podía ahuyentar a los hombres que la persiguieran con fines serios.

El primer sorbo de brandy le calentó no sólo la garganta sino todo el cuerpo, e hizo que la música adquiriera sentido. Entonces, agarró la botella con las dos manos y empezó a beber de un modo tan salvaje que la garganta fue demasiado estrecha y buena parte del brandy se escurrió por sus labios; manchó la alfombra y transformó el olor a ambientador de la habitación en un rancio olor a cabaret.

Cuando se le acabó la primera botella, Karen buscó otra. Esta vez se sentó en la cama, subió el volumen de la grabadora y empezó a beber sorbo a sorbo y paladeando el licor. Un rato después, se había acabado la música, Karen había decidido que el único ser bueno en el mundo era su abuelita y había llegado al final de una borrachera que no le permitía distinguir el presente de los recuerdos.

Un sudor helado la cubrió. Las lágrimas se le acabaron y el vacío del patio del hotel se coló en su habitación. En esta fiesta desdichada, ya no hubo más invitados. Su odio se perdió en un vacío absoluto, y su dolor se deslizó hacia las sábanas. Acurrucándose, sintió que el mundo desaparecía y que el cansancio empezaba a poseerla como si fuera una especie de muerte y llegara con el peso de todo lo malo y de todo lo bueno que había hecho durante su existencia.

Una vez, los evangélicos me salvaron la vida. Tenían una casa grande, bonita, donde intentaban regenerar a los desechables. Todos sabíamos que estaban allí, pero a mí no me llamaban la

atención y pasaba por el lugar con indiferencia, como quien va para una fiesta y de casualidad se cruza con un convento. Pero atracar se puso duro y como no podía recurrir a tu ayuda, un día me metí en un problema. Me acordé de que días atrás había visto el lugar donde el Alce, un jíbaro duro del Cartucho, escondía la droga. Pensé en ir y sacar un poquito, seguro que el man ni lo notaba, pero me dio miedo. Seguía tirado en el corredor de una casa a medio derrumbar, muerto de la ansiedad, sin tener quien me echara una mano cuando decidí hablarle del escondite a un desechable que estaba tirado junto a mí. «¡Qué va! uno todo embalado y ese hijueputa del Alce escondiendo el vicio», dijo el man. Se levantó y caminó en busca del lugar donde estaba el escondite. Nos tocó entrar con cuidado en la casa, romper el candado de la pieza del man haciendo el menor ruido posible y arrastrarnos para que nadie nos viera salir con el paquete de basuco. Buscamos un lugar seguro donde fumar y empezamos a meternos el basuquito. Pero, de pronto, nos entró un embale todo raro y al ver el paquete tan grande de basuco empezamos a gritar y a invitar a todos los que pasaban por nuestro lado a trabarse. Se armó una fiesta la hijueputa, la gente dejó de ser agresiva y empezó a reírse, a contar historias y hasta un man trajo una grabadora y no faltó quien se pusiera a bailar. Con la felicidad olvidamos las precauciones y seguimos fumando sin recordar que ese basuco tenía dueño. Unas horas después, no quedaba casi nada de vicio. La gente empezó a irse y, cuando vi que ya no quedábamos sino el man que me había ayudado en el robo y yo, la calle me empezó a oler a muerto. Estaba muy trabado, llevado, pero tenía el instinto vivo. Era como un perro olfateando el peligro. Levanté la cabeza y vi una figu-

*Crimen:
Caliche
roba
basuco*

ra conocida moverse al final de la calle. Salía como del humo de las hogueras que hacemos los desechables para calentarnos durante la noche, y, a pesar de las sombras, supe que el que se acercaba era el Alce. Eché a correr en dirección contraria a donde lo veía. Hice bien porque con la traba lo veía muy lejos y la verdad era que estaba cerquita. Tenía tremendo chuzo en la mano y yo, que llevaba dos días sin comer, no me sentía con fuerzas para pelear con él. Bajé por toda la Doce y cogí por la Octava. Creo que se me pasó la traba. En una calle de esas casi me coge un carro y por evitarlo perdí el equilibrio. El Alce me alcanzó y me mandó la puñalada. Alcancé a esquivarlo, a levantarme del suelo y a seguir corriendo. No sabía por dónde meterme, porque mientras más me metiera en el Cartucho, más fácil era que el man me matara. Seguí corriendo, pero, la verdad, ya iba sin esperanza. Fue entonces cuando vi la casa de los evangélicos. Un letrero escrito sobre blanco decía: «Cristo es el camino». Con mis últimos alientos apuré el paso y recapacité. «Claro, güevón, Cristo es el camino», dije en voz alta, y me metí de un salto por la puerta ancha que servía de entrada a la misión evangélica.

Agarrándose de imágenes de sueños, y de recuerdos confusos, Cachorro dejaba pasar la borrachera. La única imagen completa que tenía en la mente era la de Patricia. La belleza de la mujer le daba vueltas en la cabeza como un carrusel.

Había sido un pendejo. Cómo se le había ocurrido pegarle. Definitivamente el brandy le sentaba mal. Estaba seguro de que si no la hubiera golpeado ella no se habría echado a un lado

mientras los hombres del mayor Carmona lo golpeaban y lo arrastraban por el suelo de la Whiskería.

Ansioso de escapar de ese recuerdo, su cabeza buscaba un poco de luz. Alzaba los ojos, pero su mirada no lograba ver nada porque la oscuridad era tan densa que no tenía distancias. Además, no oía voces, no sentía murmullos, ni sonidos lejanos.

¿Dónde estaba? Era incapaz de moverse. Entonces pensó que estaba muerto. Tal vez eso era la muerte. Un encierro en un cuarto sin luz, pensando en la forma estúpida como se había comportado con Patricia mientras seguía amándola a pesar de saber que jamás volvería a verla.

Intentó moverse y descubrió que estaba amarrado con lazos a un catre de hierro como si fuera un escapista y lo estuvieran preparando para presentar el número de lanzarlo por las cataratas del Niágara.

En la quietud, pensó en Karen. Vio su cuerpo empapado de jabón aquella mañana y le dolió haberla engañado. Seguro que esta vez no lo perdonaría. Pero tal vez eso sería lo mejor porque seguía recordando la sonrisa de Patricia, sus manos limpias, su voz de muñeca, sus carcajadas diabólicas y su modo salvaje de hacer el amor.

Patricia merecía otra oportunidad. Tal vez ella no alcanzó a entender sus intenciones, tal vez, si no hubiera estado tan borracho y se hubiera tomado un tiempo para explicarle la situación, ella no se habría enfurecido y otra sería la realidad. No había por qué perder la esperanza. Podía seguir luchando, escaparse, recuperar su maletín y el amor de Patricia.

Disfrutaba de la esperanza que le transmitía este último pensamiento cuando se abrió una puerta y la luz que tanto extra-

ñaba le estalló en los ojos. A pesar de estar encandelillado, vio a un hombre entrar, alzar un balde lleno de agua, y tirárselo en la cabeza. Entumido por el frío del agua quiso gritar, pero el segundo balde de agua le apagó las palabras.

—Desátenlo y métenlo al carro —dijo el mayor Carmona entrando al lugar.

Los hombres obedecieron. Al sentirse otra vez alzado como un niño de brazos, Cachorro empezó a dar patadas y a revolverse.

—No le peguen más, güevones, necesito que hable —dijo Carmona al ver la manera como sus hombres castigaban a Cachorro.

—Usted sabe dónde está un maletín que nos pertenece, vamos a recogerlo —dijo Carmona acercándose a Cachorro.

—No sé de qué maletín me habla —dijo Cachorro y se acomodó sobre el baldosín como si así pudiera evitar que los hombres volvieran a alzarlo.

El mayor se impacientó.

—No se las tire de macho, tenemos métodos para hacer hablar a cualquiera.

—Igual me va a matar. Hágalo de una vez —respondió Cachorro.

Carmona no se inmutó.

—Puede ser... pero si no canta, va a conseguir que nos ruegue que lo matemos.

—¿Y?

—En cambio, si se porta bien, hasta le damos su comisión.

Cachorro tambaleó. El mayor podía estarle mintiendo, pero tenía razón, allí no tenía oportunidad, lo práctico en ese momento era acompañarlos.

—Métenlo al carro —ordenó Carmona.

Cachorro volvió a patear. Pero lo hizo sin fuerzas ni convencimiento.

Salieron a una avenida. La ciudad estaba casi muerta. Cachorro observó las calles y en la soledad de la noche lo único que pudo hacer fue respirar un poco de aire fresco y volver a pensar en las carcajadas de Patricia.

Cuando mi mamá se enteró por tu llamada de que me había convertido en un desechable le entraron una amargura y un complejo de culpa los hijueputas. Yo me sentía muy traicionado por ti y todo quería menos que mi mamá viera el estado al que había llegado. Esa llamada tuya me tenía inquieto y empecé a sentir movimientos sospechosos a mi alrededor. Y estaba en lo cierto. Mi papá, después de un escándalo que le armó la vieja en el club militar, dejó el orgullo y decidió poner a toda la inteligencia del ejército a buscarme. Si no me hallaron antes fue porque en esos mismos días desapareciste y no lograron encontrar a nadie que les diera una información fiable sobre mi paradero. Pero una madrugada iba todo embalado por la Décima y vi a un man calvo esperando el bus en una esquina. Me le voy a meter a este hijueputa, se ve como debilucho y con eso me gano otro billete antes de irme a dormir. Me le fui acercando con cuidado al man, para ver si se aculillaba o si tocaba esperar una reacción dura. El man se movió un poquito pero no dio muestras de tenerme miedo. Cuando se movió le vi un reloj bueno en la muñeca y me dije: «Toca trabajar, así el trabajo se ponga difícil, hay que trabajar». Me le tiré encima. Al tenerme tan cerca,

vi que el hombre sacaba un arma y unas esposas y entonces me di cuenta de que el hijueputa era policía. Traté de retroceder, pero aparecieron los otros, en montonera, y supe que mi papá los había mandado porque tenían esa misma cara de chulos hambrientos que tienen todos los malparidos que andan con el viejo y me dio tanta rabia acordarme de mi papá que tuve fuerzas para soltarme del man al que había intentado atracar y logré echar a correr por la Calle Once. Me sentía perseguido por la muerte, igual que cuando le había robado el basuco al Alce, sólo que estos manes estaban bien entrenados, tenían carros de dotación oficial y no les importó nada saltarse los andenes para poderme capturar. Al final me sentí como perseguido por mí mismo, me faltó el aire y cuando me rodearon en una de las esquinas de la plaza de San Victorino, entendí que lo único de lo que tenía ganas era de que me cogieran, que a pesar de todo lo que había pasado en los últimos años, lo único que quería era volver a ver a mi mamá. Me hice el que apuraba el paso, pero en verdad me estaba deteniendo porque sabía que no tenía escapatoria y porque entendí que esa última carrera me iba a llevar, por fin, a un sitio tranquilo donde descansar.

Los sicarios de González llegaron a Residencias Palmira, bajaron de los carros gritando tal cantidad de groserías que obligaron a la camarera del lugar a santiguarse muchas veces e interrumpieron con su bullicio el amor de las parejas que, con sus besos y sus estremecimientos, refrescaban el aire enfermizo del hotel.

Santiguarse le sirvió de poco a Rocío. Al verla titubear para

responder cuando le preguntaron por Karen, la arrastraron del pelo por los corredores y la obligaron a indicarles cuál era el cuarto del gordo.

Después de muchas amenazas, porque el terror le hacía temblar las manos y era incapaz de meter la llave dentro de la cerradura, pudo abrirles la habitación.

Los hombres se abalanzaron sobre el estrecho lugar con tanta saña que terminaron estrellándose unos contra otros. Alzaron la cabeza en busca de sus víctimas, pero sólo encontraron una mujer desnuda e inconsciente tirada sobre la cama y durmiendo en medio de un reguero de retazos, de vidrios, y de botellas vacías.

El viejo González, que se había retrasado, atravesó el corredor de la residencia. El tapete rojo, las puertas de color caoba, el olor a ambientador de pobre, y las lámparas desalentadas, le hicieron sentir nostalgia. En otros tiempos había sido huésped de esos lugares.

Al entrar, y ver la cara de decepción de sus hombres, supo que no estaban de suerte. Habían tardado demasiado en sacarle la verdad a Gordobriel.

Se consoló viendo a Karen durmiendo sobre la cama. Los pedazos de vestidos destrozados, los aderezos retorcidos y las bolsas picadas le hicieron comprender que no era el único que perdía batallas contra el tiempo.

—Métanla bajo la ducha, necesitamos que esa niña hable —dijo González.

—Puedo ayudarles a bañarla —dijo Rocío al ver que uno de los jóvenes aprovechaba la orden de su jefe para rozar los senos de Karen.

—Hágalo, pero no se demore —dijo el viejo González que ya masticaba la venganza más con la fuerza de la tristeza que con la del odio.

—Quítense de aquí, bestias del demonio —dijo Rocío mientras daba empujones a los hombres que la habían golpeado y que habían dado muestras de querer abusar de Karen.

—Tranquila, mijita, confíe en Dios que todo saldrá bien —dijo Rocío al oído de Karen cuando los tuvo lejos de la cama.

Después acomodó a Karen en la posición en que la encontraron como si esto le restableciera el respeto. Ya con la conciencia tranquila, recuperó su habilidad de abeja, quitó la sábana de la cama, y la cubrió para sacarla al baño.

Uno de los sicarios trató de ayudar al verla trastabillar. Rocío lanzó un gemido que despertó la tristeza del viejo. Un gesto de González hizo entender al hombre que debía dejar a Rocío actuar sola.

Rocío llevó a Karen al baño. Aprovechó para cerrar la puerta con llave y tener al fin un instante de respiro para recapacitar sobre la situación.

—La queremos despierta en diez minutos o la violamos para que se le pase la borrachera —dijo uno de los acompañantes del viejo cuando movió la cerradura y vio que la mujer había asegurado la puerta.

Rocío entendió que si quería cumplir con su caridad, lo que tenía que hacer era lavarla y despertarla lo más pronto posible. Abrió la ducha. Tuvo que meterse con ella para sostenerla y recibir con resignación la brisa de humedad que despedía el cuerpo de Karen al contacto con el agua.

Soñando que descuartizaban a Cachorro, Karen recobró la lucidez. Con la cabeza dándole vueltas, sintió el agua que le mojaba los sueños y con la frente a punto de reventar, empezó a amarrar la realidad con los azulejos del baño y la cara angustiada de Rocío.

—Yo no quería que lo mataran, yo sólo quería que lo capturaran —dijo cuando pudo tenerse contra la pared y recuperó el sentido.

En el cuarto el viejo miraba su rostro en el pedazo de espejo que aún se sostenía sobre la pared y no encontraba la forma de enfrentarse a la lástima con que lo miraban sus hombres.

Uno de ellos se acercó y encendió el televisor. El viejo gruñó:

—Mejor búscate un Alka-seltzer. Necesitamos que esa niña hable —dijo.

Rocío salió del baño y vio al viejo y a sus hombres cansados y aburridos, como si fueran un grupo de desempleados a la espera de una oferta de trabajo.

—Así bañadita es más rica —insistió uno de los sicarios.

El viejo lo miró con rabia. No estaba de humor esa noche.

—Usted es un santo —dijo Rocío mientras escarbaba entre los restos de las compras de Karen.

Pensando que era un pecado romper toda esa ropa, encontró un panty y un vestido sin deshacer. Regresó al baño, vistió a Karen y le secó las lágrimas.

—Rápido, que no tenemos toda la noche —tronó el viejo cuando vio que Rocío volvía a cerrar la puerta.

Rocío salió acompañada de la borrachita y la sentó en la cama.

El viejo observó con satisfacción a Rocío y extendió el vaso burbujeante a Karen.

—Será mejor que se lo tome, necesita claridad para decir quién mató a mis hijos.

Cogiendo el vaso entre las manos temblorosas, Karen se lo acercó a la boca, y viendo la cara angustiada de Rocío a través del cristal, dejó que el sabor a soda y la efervescencia empalagosa de la pastilla le humedecieran la garganta.

Del sanatorio donde me metió mi mamá me escapé varias veces. Es que era muy verraco vivir con tantos locos. La gente dice que el Cartucho es muy duro, pero qué va, en el Cartucho uno es libre, anda con quien quiere, come lo que se le ocurre y si necesita algo puede salir a atracar en la Carrera Décima. Pero el sanatorio es muy jodido, todas esas monjas declamándole a uno oraciones sin sentido, hablándole de un Dios que uno ha confirmado que no existe y metiéndole a uno cuentos sobre la bondad y la caridad cuando lo que uno quiere es salir corriendo de allí para ir a meterse un basuquito y poder calmarse y controlar las ganas tan hijueputas que le dan de ahorcar a esas rezanderas uniformadas. A mí me tenían amarrado, atado a una cama en una habitación donde había otro loco que no hacía más que llorar. Yo levantaba la mirada y tropezaba con los ojos del pobre hombre empañados por las lágrimas y perdidos en un viaje muy horrible por los fármacos y me daba risa pensar que mis papás estuvieran tan seguros de que ésa era la solución a mi problema. Pero qué va, qué solución ni qué nada, si ha habido días en los que estuve inconsciente de mi existencia, de mis deseos, de mi ser, fue en los primeros días que pasé en esa clínica de reposo. Jamás me sentí tan inútil, tan perdido en un mundo donde lo

único que tenía valor eran los recuerdos y eso si uno estaba lo suficientemente lúcido para recordar. Por la ventana entraba el sol del verano limpio de Bogotá, pero el edificio era viejo y la humedad y el frío no desaparecían nunca. A veces, en las mañanas, el enfermero iba, me amarraba con mi propia ropa y me llevaba a caminar por el jardín. Bonito, no lo voy a negar, pero con tanto loco suelto, con tanto enfermero vestido de blanco y con ese párroco repartiendo bendiciones por ahí, no me sentía en el lugar donde iba a enderezar mi vida, sino en el descanso de la filmación de alguna película sobre Jesucristo, sólo que con el tropiezo de que el director había desaparecido y por esa razón todos los actores se habían vuelto locos.

Cachorro ingresó al Parque Central Bavaria, a la misma hora y en las mismas condiciones del día anterior: de pasajero y custodiado por la muerte. Detrás de él, el mayor Carmona caminaba con prisa. Quería acabar rápido el asunto. Sabía que debía ocuparse lo más pronto posible del viejo González. Cuanto más tiempo tardara él en resolver el problema, más tiempo tenía el viejo para preparar la venganza.

Cada vez que daba un paso, Cachorro sentía la mirada de los hombres del mayor Carmona vigilándolo a la espera de que cometiera algún error para reventarle la cabeza de un balazo. El camino se le hizo largo, estaba tan sensible que oía minuciosamente el ruido de sus pasos en la hierba, sentía el olor a cemento fresco, el olor a pintura. El aire enrarecido de la obra le llenó la cabeza de fantasmas, vio el rostro de Karen y el rostro de su madre y sintió el aroma de la piel de Patricia.

Borracho por los tragos, los golpes y los recuerdos, Cachorro se metió en la construcción y rompió la pared de silencio que a esas horas solía formarse en las estructuras de concreto. El edificio, todavía escaso de muros exteriores, dejaba entrever una ciudad relampagueando en la distancia y producía a los hombres una fuerte sensación de vértigo a pesar de que estaban tan sólo en un segundo piso.

De un salto, Cachorro entró en el lugar en que Karen había escondido el maletín. Lo encontró extraño. Todo había pasado tan rápido que olvidó que no había acompañado a Karen a esconder el maletín. Ni siquiera le había preguntado el sitio exacto del escondite.

Jamás pensó que iría a buscar ese maletín solo. Mucho menos pensó que era tan difícil adivinar dónde se guardaba un maletín con dos millones de dólares en un edificio a medio construir.

—No intente ganar tiempo, es un billete que ha costado demasiados muertos —dijo Carmona.

Cachorro vio su barriga prominente y sus ojos manchados y supo que estaba trabajando para el enemigo. Sin embargo, empezó a reconstruir mentalmente los movimientos de Karen. Pero cada vez que intentaba concentrarse en la búsqueda del maletín, terminaba viendo el cuerpo de Patricia meciéndose desnudo en su mente.

Rascándose los párpados para quitarla de su memoria, se paró en el centro del lugar. Vio las paredes sin pintar, los techos descubiertos, las ventanas sin instalar y los closets a medio armar.

—A este hijueputa hay que apretarlo —dijo uno de los hombres de Carmona.

El mayor hizo una seña a su hombre de confianza. El hombre se acercó a Cachorro y le pegó una fuerte patada en el estómago. Cachorro lanzó un quejido y se dobló hacia el suelo.

No gastó más tiempo del necesario en recuperarse. Viendo la intención de los matones se esforzó en buscar. Estaba perdido, y no había que añadirle una tortura al fracaso. Recorriendo con las manos los pedazos de muro contruidos, trató de ubicar el escondite. Recorrió tres veces el cuarto, removiéndolos unos baldes con pintura que había en un rincón, quitó cemento fresco de un muro, pero no encontró nada.

Entonces, se dirigió hacia la pared, se detuvo frente a un closet a medio construir y empezó a revisarlo. Retirando los cajones, metió la mano en el pequeño espacio que quedaba entre la pared y el espaldar, movió otra tabla y tocó el maletín.

Al agarrarlo, sintió deseos de empujar a sus guardias y salir corriendo. Pero alzó la cara y vio que no tenía ninguna posibilidad de éxito. Los hombres de Carmona lo cercaban completamente y hacían las veces de los muros que le faltaban al salón.

—¡Ábralo. No quiero engaños! —ordenó Carmona.

Cachorro hizo una pequeña fuerza. El maletín se abrió, los billetes brillaron como si tuvieran luz propia e hicieron el amago de que iban a caer en el suelo. Cachorro sonrió al ver a Carmona y a sus hombres hacer movimientos automáticos como si de esta manera pudieran impedir que los dólares cayeran.

Iba a alargar su sonrisa cuando sonó el primer disparo. Sólo oyó con claridad el primero porque los siguientes salían tan rápido que no podían distinguirse los unos de los otros.

Le costó trabajo cerrar el maletín por el afán de esconderse y la certeza de haber sido herido de nuevo. Cuando lo pudo ce-

rrar, cayó empujado por una bala, y el maletín le sirvió para no romperse la cara contra el suelo. Arrastrándose para no quedar en pleno centro de la balacera, volvió a pensar en Patricia. Las balas siguieron sonando y dañando el trabajo que los obreros habían adelantado esa jornada.

—González, aquí tengo su dinero y al asesino de su hijo —dijo Carmona cuando comprobó que quienes lo atacaban eran los hombres del viejo.

A las palabras de Carmona las siguió un pequeño silencio. Todos los hombres que estaban dentro del lugar aprovecharon para parapetarse. Por un minuto, Carmona creyó que el viejo iba a ceder.

—No negocio con faltones —gritó González.

Las palabras sonaron como música en la noche y a su pequeño sonido le siguió una nueva ráfaga de plomo. Carmona entendió el mensaje y empezó a vaciar el proveedor contra el lugar por el que entraban las balas. Sus hombres también entendieron que debían abrirse paso como fuera si querían tener alguna posibilidad de salvar la vida.

Con un miedo que más bien parecía valor, se levantaron, y disparando hacia la oscuridad, intentaron escapar. Protegido por los suyos, Carmona cogió a Cachorro del brazo y lo arrastró para buscar la salida.

Caminando, ya no en busca de la vida sino de la muerte, Cachorro siguió detrás del mayor y se aferró más al maletín. Cuando alcanzaron el corredor, Carmona trastabilló y fue alcanzado por un disparo. Cachorro se soltó y corrió hacia otro cuarto. El mayor intentó agarrarlo de nuevo, pero al ver cómo caían los hombres que los cubrían, olvidó a su prisionero y el

maletín, y también intentó alcanzar una salida que le sirviera tan sólo para salvar la vida.

Pero González no lo iba a dejar ir. Sus hombres estaban listos y dispararon todo el plomo posible hacia ese cuerpo gordo que, sin quepis ni uniforme, parecía el cuerpo de un gordo inocente.

El mayor Carmona cayó al vacío empujado por una ráfaga de ametralladora que lo hizo retorcerse en el aire como si el alma estuviera saliendo lo más pronto posible para no tener que acompañar al cuerpo en el impacto que le esperaba al reventarse contra el suelo.

Cachorro alcanzó a recoger una de las ametralladoras de los hombres de Carmona y a meterse detrás de un muro que lo dejaba completamente a cubierto.

Una vez muerto Carmona, los hombres de González lo rodearon, pero cuando el primero asomó la cabeza, Cachorro disparó y los sicarios se enteraron de que sacar a Cachorro de ese agujero podía demorarlos más de lo prudente.

González renegaba cuando recordó que tenía la solución a la mano.

—Taxista, le cambio la maleta por la mujer —dijo.

Cachorro no supo qué hacer. Lo mejor era negarse, pero se sintió incapaz de volver a traicionar a Karen.

—¿Y cómo sé que ustedes la tienen? —dijo.

—Ya se la mando traer —respondió González en un intento de ganar tiempo y poder acomodarse para sorprender a Cachorro.

A una señal de González, Modelos volvió a buscar a Karen, que estaba amarrada en una de las camionetas.

Cuando el hombre la agarró del brazo para llevarla hacia el edificio, Karen ya tenía el dolor y el resentimiento bien despiertos.

—Yo no me voy a meter entre ese tiroteo —dijo.

El hombre la cogió más fuerte. Karen manoteó y mordió el brazo del joven. El muchacho la soltó y ella, al sentirse libre, echó a correr. Enfurecido, el sicario alzó el arma y le apuntó.

Le habría descargado todo el proveedor en la espalda si el teniente Jiménez, que también había sido informado de la llamada de Karen, no lo barre a plomo.

El grito de Karen y el ruido de las balas hizo pensar a Cachorro que la habían asesinado. El dolor y el miedo que le recorrían el cuerpo se convirtieron en amargura y frustración. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué peleaba? Aunque hubieran acercado a Karen, ambos habían terminado muertos. Volvió a pensar en Patricia. Entonces, se revisó a sí mismo, y descubrió que estaba herido en varias partes y supo que a pesar de todo lo que luchara, de allí sólo saldría muerto.

Miró hacia la oscuridad por la que en cualquier momento podía entrar uno de los hombres de González. Se restregó las heridas. No tenía dolor. Pensando que alcanzar la muerte era tan sencillo como comprar un dulce, tiró la maleta contra la pared, se alejó un poco y empezó a disparar su ametralladora contra el maletín.

—¡Hijueputas, si no es para mí, no es para nadie! —gritó.

Pero los hombres de González no lo oyeron. La ráfaga de Cachorro sólo fue una ráfaga más que se perdió entre el tiroteo que habían iniciado los sicarios de González para abrirse paso y poder escapar de Jiménez y sus hombres.

Cuando terminó de dispararle a la maleta, notó que algo extraño estaba ocurriendo. Nadie lo buscaba, nadie parecía haber escuchado su última frase y nadie parecía interesarse por él. Pensando que se había equivocado al disparar sobre los billetes, se arrastró hacia ellos y trató de cogerlos.

Pero le fue imposible. De los dólares tan sólo quedaba un montón de papелitos desparramados que acabaron de dañarse cuando Cachorro se tiró sobre ellos y los bañó con su sangre. Tocando esos residuos, Cachorro maldijo su suerte, sintió remordimiento porque en las últimas horas se había olvidado de su madre y notó que la frustración se le iba convirtiendo en un inmenso mareo; sin embargo, agradeció el silencio y se alegró de no tener que conducir nunca más el taxi de su cuñado.

Entonces, mientras intentaba sonreír, la cabeza terminó de oscurecerse y en ella no tuvo más la ansiedad de ser millonario, ni la imagen de Patricia.

Karen, yo te quería, me hacías falta, me costaba irme de tu lado, dejarte. Te extrañaba cuando tenía que viajar a cerrar algún trato o a meterme en los aviones. Cuando volaba y veía el mar o la llanura o la selva, pensaba en ti, en la suavidad de tu piel, en el sabor de tu boca, en tu olor, en esos vellos chiquitos y rizados que tenías en la cuca y que a mí me gustaba morder, partir con los dientes. Ah, Karen, ahora que no sé si estás viva o estás muerta te extraño más que nunca. Pero tenías que ser tan necia, tenías que vivir amargándome la vida sólo porque no quería casarme, sólo porque me sentía demasiado joven y tenía miedo de llevarte al altar. Tenías que estar armándome esos escándalos

y llorando y gimiendo para empañar los pocos ratos que alcanzamos a vivir juntos. Te quise tanto, Karen, cuando levanto la cabeza y veo las paredes verdosas de este sanatorio pienso en ti, recuerdo el acelere que me cogía cada vez que terminaba un viaje, cada vez que coronaba. Salía del avión y en lo único que pensaba era en ir a buscarte, en irme para Bogotá. Si estaba en el Vichada pues me conseguía un jeep, si estaba en la Guajira pagaba una flota o iba a buscar un vuelo a Santa Marta, si estaba en las selva me subía en las canoas y pagaba lo que me pidieran por conseguir puesto en una avioneta, todo por ir a buscarte, Karen, todo por llegar al Oasis y enfrentarme con tu mirada agresiva, con tu cabello rizado, tus labios finos, tu culo hermoso, redondo, trigueño, tus tetas chiquitas y puntudas y, sobre todo, para enfrentarme con tus palabras y con tu mirada de fiera acorralada, tus groserías, y tu insoportable malhumor. El Oasis fue durante esos meses mi único destino. Mi punto de partida y de llegada. Cuando entraba y veía revolverse la chicas me sentía grande, me sentía feliz. Porque a todas les gustaba verme aparecer por allí. Y yo lo sabía. Pero también sabía que si volvía a Bogotá era por ti. Me encantaba ver cómo brincabas al descubrirme y comprobar que, así estuvieras con algún cliente, te ibas a levantar y correr derechito hacia mí. Sin vergüenza, sin importarte las burlas y la envidia de las demás. «Este hombre es mío, ni me lo miren», les decías con tus movimientos mientras buscabas mesa y palmoteabas para pedir al mesero la primera botella de brandy. Y el otro man, el otro cliente, pues de malas, ahí estaban Gatúbela, Vanessa o Samantha para atenderlo y si no le gustaba, pues a joderse. Yo ponía el revólver sobre la mesa y los meseros se apresuraban a advertirle al pobre

marica que yo era un duro y lo mejor era que se quedara quietico. Después, te me echabas encima, me agarrabas de la cintura con fuerza, me empujabas, me tanteabas la verga y las güevas y me mordías el cuello para marcarme, para poner el sello de tus diecisiete años en mi cuerpo. Y yo, feliz, más brandy, Tabaco, no se me haga el güevón, Marlboro, Tabaco, marlborito, nada de cigarrillos chimbos. Y el Tabaco se reía, pero me miraba con envidia; cómo se veía que le gustabas, Karen, cómo se notaba que el pobre mesero se moría por ti. Y sin pensar en él, sin importarte cuánto le dolía, tú seguías besándome, abrazándome, bailando conmigo y sirviéndome trago porque decías que el brandy me ponía arrecho, me endurecía la verga y me volvía un verraco en la cama. Ya pasaba la euforia, salíamos, y tú ni cobrabas el turno ni las fichas del licor; «pal Tabaco, para que se compre pañuelos y deje de babilar, que incomoda a los clientes». Yo sentía lástima del güevón pero te cogía de la mano y sabía que ahora tocaba coger para el aeropuerto, a Coconito, al culiadero más famoso de esta ciudad para pichar, para perderme en tu piel, para intentar comprender el misterio de tus groserías y para verte gemir mientras yo te daba verga y tú me gritabas te amo, maldito, te amo, malparido. Por eso ahora, cuando abro la ventana y veo pasar los carros por la Calle Trece y me recuesto en esta camilla ruidosa y veo mis brazos enflaquecidos y mi piel amarilla y triste frente al espejo, pienso en que la vida es una mierda. Pienso que lo tuve todo y ahora sólo me quedan unos recuerdos que a veces terminan confundiéndome. Y también pienso que estos hijueputas enfermeros tienen güevo, ¿quién los autoriza a negarme el basuco?, ¿quien los autoriza a negarme lo único que me alivia?, ¿quién los autoriza a

salvarme la vida?, ¿quién?, ¿mi papá?, ¿ese viejo marica?, ¿mi mamá, que aparte de llorar no sabe hacer nada?, ¿porque a mí quién me devuelve todo lo que perdí?, y, sobre todo, ¿quién te reemplaza a ti?, ¿quién me va a llenar este vacío que me dejó haber probado el sabor de tu cuerpo?

Al ver caer a su acompañante, Karen quedó tiesa. No sabía si volverse a mirar, o si echar a correr cuando el brazo de Jiménez la empujó para evitar que otro de los sicarios de González le pegara un tiro.

Escondido detrás de su patrulla, Jiménez ordenó a sus hombres rodear el lugar. El viejo González, que ya había vengado la muerte de sus hijos, no quiso problemas y decidió retirarse.

Jiménez hizo una señal a su hombre de confianza, cruzó la entrada de la obra, vio el cuerpo del mayor, subió las escaleras y entró en el lugar donde González y Carmona habían medido sus fuerzas. Karen lo seguía.

La linterna de Jiménez iluminó los cuerpos de varios muertos. Karen buscó a Cachorro. No le costó trabajo encontrarlo porque al igual que en la leyenda de Pulgarcito, Cachorro había dejado un rastro para que lo encontraran.

Al ver su cuerpo y el maletín y los billetes deshechos, Karen se tiró hacia él y lo abrazó.

—Es mejor que se vaya, china, yo no la he visto por aquí —dijo Jiménez alzándola por los hombros cuando ella hizo una pequeña pausa en sus lamentos.

Karen lo miró y no supo qué hacer. Irse, pero ¿para dónde?

—Hágale caso a mi teniente, hija, ese man ya está muerto,

esos billetes no sirven para nada y en cinco minutos esto va a estar lleno de sapos —dijo Sarmiento, el policía flaco que la noche anterior había intentado esculcarla.

Karen entendió. Acariciando la cabeza de Cachorro, dijo: —¿Sí ve? Cachorrito, tanto engome por ese billete para terminar así.

Después, llorando, obedeció la sugerencia de Jiménez y Sarmiento, bajó las escaleras y echó a correr.

Corrió un buen rato como si con la fuerza de su taconeo pudiera olvidar el rostro ensangrentado de Cachorro. La fiesta que había animado la ciudad ese viernes de quincena estaba agonizando. En las calles sólo quedaban los mismos indigentes, y los mismos ladrones de la noche anterior.

Cuando no pudo más, Karen se detuvo para tomar aliento. Un taxi pasó velozmente a su lado y estuvo a punto de atropellarla. Temblorosa, volvió al mundo y se dio cuenta de que había corrido en dirección al Oasis y que sólo necesitaba cruzar la calle para encontrarse con sus compañeras de oficio.

Las chicas, con su tradicional bullicio, salían de trabajar. Las vio tan felices despidiéndose unas de otras, que supo que ya no era una parte de ellas. Temerosa de que la reconocieran, dio media vuelta y detuvo un taxi.

—Al terminal de transportes —le dijo.

Durante el camino, en la mente de Karen se mezclaron de forma simultánea la cara muerta de Cachorro y la de una amiga que muchas noches le había hablado del Guaviare y que se extasiaba soñando con aquel lugar sin documentos de identifi-

cación ni antecedentes policíacos, donde el dinero de la coca era derrochado sin medida.

Después de humedecer sus ropas para quitarles las manchas de sangre y de lavarse la cara en uno de los baños del terminal, Karen buscó las taquillas.

—¿Buses para San José del Guaviare?

La mujer de la transportadora la miró fijamente antes de asentir con la cabeza. No le parecieron raras las heridas ni el rostro moribundo de Karen. Tenía el tipo de la gente que viajaba para la selva.

—Treinta y dos mil pesos —contestó.

Asimilando la suma, Karen pagó. Le dieron las vueltas y, al guardarlas, supo que lo que le quedaba apenas le alcanzaría para comer mientras llegaba a su destino. Volviendo a contar, se hizo la ilusión de que, si lograba tasarlo, podía comprarse un vestido apropiado para tierra caliente.

Cuando el bus rompió la madrugada y empezó a escalar los barrios del suroriente, y a dejar atrás la ciudad, Karen se olvidó del dinero y quiso llorar, pero no pudo, así que recostó la cabeza contra el vidrio y se durmió.

—¿Y cómo le fue?

—Bien.

—¿Qué dijo su mamá?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Sí. Nada.

—¿Y por qué?

—No le conté.

—¿Y eso?

—No sé, como llegué a la casa bien bañadita y con cara de alegría, pues a mi vieja lo único que se le ocurrió preguntarme fue que dónde había dejado la ropa.

—¿Y usted qué le contestó?

—Le dije qué había estado en una finca y como no tenía con que cambiarme un amigo me había prestado la camisa y el pantalón que llevaba.

—Pero usted está loca, debió haberle dicho algo.

—No, ¿para qué? Ahora que pienso ponerme juiciosa a estudiar, no quiero que la vieja se ponga toda paranoica y me amargue la vida.

—Y entonces, ¿ha pensado volverse juiciosa?
—Volverme no, ponerme juiciosa.
—¿Y eso en qué consiste?
—Voy a estudiar duro, a terminar el semestre.
—¿Y de resto?
—También voy a llamar a Juan Diego.
—No me diga.
—Sí, me entró como la culpa.
—¿De qué, del polvazo que nos echamos?
—No sea bobo, usted sabe que de eso jamás me arrepentiría.
—¿Lo quiere?
—No sé, pero voy a intentar quererlo.
—Ojalá tenga suerte y lo consiga.
—¿Y usted qué? ¿Cómo le fue, cómo se sintió?
—La verdad, bien.
—¿Sí?
—Sí, imagínese que llegué a las Residencias y encontré todo en orden, como si jamás me hubiera ido.
—¿Cómo así?
—Pues sí, resulta que Rocío, la camarera, decidió hacerse cargo del hotel, habló con las chicas, lo organizó todo y mantuvo el hotel abierto.
—¿Ah, sí? ¡Qué bacano!
—Sí, imagínese que cuando llegué me pegó un susto el verraco porque entré y no encontré a nadie. En la entrada había un muchachito que hacía las veces de portero y que yo no conocía. Me hizo seguir con desconfianza y después de caminar por todos los pasillos al fin encontré la gente en mi cuarto.

—¿Y qué hacían ahí?
—Rezando.
—¿Cómo así?
—Sí, como lo oye. Le habían hecho un altar al Divino Niño justo en la repisa donde yo mantengo el brandy y estaban un montón de viejas del Oasis y Rocío rezando.
—¿Y por qué rezaban?
—Pues imagínese que apenas desaparecí, la Rocío se fue a donde una bruja y le preguntó por mí.
—Qué pila, esa Rocío.
—Pues sí, la pobre decía que presentía que yo no estaba muerto y que la bruja se lo confirmó, así que armó el altar y durante estos meses reunió a todas la viejas a rezar por las tardes en mi cuarto, a rezar porque yo regresara sano y salvo.
—Y usted, ¿cómo se sintió?
—Me entró una comezón y me puse a llorar, jamás creí que la gente me quisiera tanto, me sentí como si tuviera familia.
—¿Qué chévere! ¿Y les contó algo?
—No me atreví, preferí inventar una excusa.
—Ya ve, es que no es tan fácil contar algo así.
—Sí.
—Yo he pensado en una forma de contar las cosas.
—¿En cuál?
—Voy a escribirlo.
—¿A escribirlo?
—Sí, de pronto queda bien y hasta me gano un premio.
—¿Entonces se va a volver escritora?
—Ayer se me ocurrió.
—Usted está loca.

- No, ¿por qué? La historia está chévere.
—Eso sí.
—Bueno, es apenas una idea.
—Inténtelo, de pronto nos volvemos famosos.
—Sí, de pronto...

Gordobriel = amigo de Cachorro
Luis González R = padre y mafioso de los
dos muchachos que mueren
en el taxi de Cachorro.

Caliche = piloto (pasado) de Karen
Cachorro = taxista (presente)